



OLIVER
NOCTURNE

se

LA FOTOGRAFÍA DEL VAMPIRO

KEVIN EMERSON

Lectulandia

Es adolescente, tiene problemas en la escuela y además le están

La infancia de Oliver Nocturne es bastante típica... para un vampiro. Pero Oliver es diferente a quienes lo rodean: sus sanguinarios compañeros de clase, sus macabros padres vampiros y su detestable hermano mayor, Tormento. Y es que, aunque él no lo sabe, es un poco más humano que los demás. Y se acerca todavía más al mundo de los humanos cuando Emalie, una chica obstinada con un pasado turbulento, consigue hacerle una fotografía. Pronto tratará de destapar la verdad sobre sus orígenes y su especial destino en el mundo de los vampiros.

Lectulandia

Kevin Emerson

La fotografía del vampiro

Oliver Nocturne - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.09.18

Título original: *The Vampire's Photograph*

Kevin Emerson, 2008

Traducción: María Sánchez Salvador

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Annie, Chloe y Hannah, mis primeras lectoras.

Prólogo

En el centro de todo, había una Puerta.

La Puerta nunca había sido abierta. Se había construido y luego se había cerrado. Algunos decían que el ruido que hizo al cerrarse fue el comienzo del universo. Nadie sabía qué había al otro lado. Ni tampoco qué pasaría si la Puerta se abriese. Ni siquiera nadie sabía con certeza lo que hacía la Puerta, aunque todos coincidían en que era muy importante, tal vez lo más importante del universo. Sin embargo, el porqué de su importancia era un tema de debate tan antiguo como la propia Puerta.

La mayoría creía que la Puerta no estaba hecha para ser abierta; que mantenerla cerrada era lo que daba sentido a todo. Creían que abrirla causaría el fin del universo, trastornaría todos los mundos y los haría colisionar unos con otros. Quienes creían esto solían ser los mismos que consideraban el universo aceptable tal y como era. Y lo tenían fácil: como la Puerta parecía estar cerrada para siempre, eran pocos los que se preocupaban.

Pero otros se preguntaban: ¿por qué construir una puerta? ¿Por qué no, simplemente, un muro? ¿No se suponía que una puerta debía abrirse? Así, creían que abrir la Puerta era lo que daba sentido a todo; que si se abría, el universo comenzaría de verdad por fin y todos los injustos sufrimientos se acabarían. Quienes creían esto solían ser los mismos que sufrían, ya fuese a causa de líderes implacables, de sociedades retrógradas o del destino.

Sin embargo, habían estado muy ocupados. Habían intentado abrir la Puerta muchas veces y habían fracasado, pero llevar a cabo lo que parecía imposible requería una buena cantidad de aprendizaje, perseverancia y precaución. Así que estudiaban los signos y los oráculos, y esperaban.

Hasta que por fin llegaba el momento de intentarlo de nuevo.

Por primera vez en un período de tiempo más largo de lo que nadie podía calcular con exactitud, alguien se aproximó a la Puerta. Avanzó por el único camino que existía. El primer sonido que se produjo cuando alcanzó la Puerta fue el de ruedas de madera pisando trozos de cristales volcánicos. Las ruedas se detuvieron.

Una diligencia negra había llegado.

De ella descendió un hombre alto ataviado con un impecable traje de raya diplomática. Llevaba una pajarita y un sombrero de fieltro de ala curva, y tenía el aspecto de quien acaba de salir de una respetable institución bancaria. Sus ojos, viejos y marchitos, estaban rodeados sin embargo por el rostro de un hombre joven con unos rasgos tan impecables y limpios como su sombrero y su traje. Desde luego, no presentaba el aspecto deteriorado que cabría esperar después del largo viaje hasta Nexia, el planeta centro del universo, donde estaba la Puerta.

El caballero inspeccionó su asombroso color bronce, cuyo intenso brillo

contrastaba con el telón de fondo, de un negro puro y tenuemente iluminado por las estrellas. En Nexia no había atmósfera, así que las densas concentraciones de galaxias, novas y planetas centelleaban en la oscuridad como adornos de cristal y casi parecían estar al alcance de la mano. Anillos de polvo y erupciones solares formaban arcos allá arriba; agujeros de gusano se perdían en la negrura formando espirales.

El caballero se asomó a ambos lados de la Puerta. Un ondulado terreno de color rojo intenso se extendía hasta el horizonte. Columnas de mármol y chapiteles de jade y amatista sobresalían de la rojiza roca, como si la tierra se hubiese congelado en mitad de un movimiento. Una civilización había habitado antes allí, en una época que nadie podía recordar. Algunos creían que había sido esa civilización la que había creado la Puerta para después marcharse a través de ella. Algunos incluso denominaban a aquella gente «los arquitectos». Quienes trataban de abrir la Puerta también querían formular a los arquitectos unas cuantas preguntas, a poder ser apuntándolos con algún instrumento mortífero.

El caballero se volvió hacia los dos caballos zombis que habían conducido su coche hasta allí y les dio una palmada que los hizo salir corriendo. Los observó mientras se alejaban, con la diligencia traqueteando tras ellos, hasta que no hubo más que silencio. Entonces se volvió y se dirigió hacia la Puerta. Se detuvo justo sobre su brillante aura e hizo una gran reverencia, quitándose el sombrero con respeto.

Pasaron treinta años.

Entonces la Puerta habló en la mente del caballero: *¿Por qué habéis venido?*

El caballero sonrió. *Quiero abrirte*, pensó.

¿Y quién sois vos?, preguntó la Puerta.

Soy Illisius, respondió él.

Ya veo, dijo la Puerta.

Illisius dejó su maletín en el suelo y se sentó en la carretera con las piernas cruzadas.

Transcurrieron otros veinte años.

Eres paciente, para ser un demonio, observó la Puerta.

Espero a alguien, dijo Illisius. Entonces retiró su manga impecablemente planchada y consultó su reloj de plata. Siete esferas giraban a diferentes velocidades. *Llegará enseguida*.

Ah, sí, respondió la Puerta. *El joven vampiro*.

Illisius asintió.

De nuevo se produjo el silencio. En lo alto, un agujero de gusano extrajo los detritos de uno de los anillos de Nexia, los lanzó contra un planeta y lo envió lejos. Luego se produjo un estallido, mientras un mundo se partía en dos.

Illisius aguardaba a la sombra de la Puerta de Nexia.

La intrusa del espejo

Oliver Nocturne tenía problemas para dormir, razón por la que oyó a la intrusa por primera vez. Había permanecido despierto como de costumbre, una mañana de noviembre, dando vueltas y revolviéndose, cuando una tabla del suelo habría crujido en el piso de arriba. La idea de ir a investigar se presentaba mucho más interesante que la de quedarse en la cama con los pensamientos que lo asaltaban. Ahora era diciembre y la intrusa regresaba por tercera vez. De momento, Oliver era el único miembro de su familia que lo sabía.

Oliver había tenido problemas para dormir hasta donde le alcanzaba la memoria. La cosa empeoraba especialmente en torno a su cumpleaños y a la Navidad. Faltaba muy poco para ambas fechas, pero este año estaba siendo peor que nunca. Se pasaba el día perfectamente despierto y se levantaba exhausto cada noche.

A Oliver le inquietaba especialmente un pensamiento en particular: *hay algo en mí que no encaja*.

El problema era que Oliver no sabía qué era ese «algo». Tan solo sabía que no congeniaba del todo con quienes lo rodeaban, ni en casa ni en la escuela. Oliver mantenía este sentimiento en secreto, fundamentalmente porque se sentía avergonzado. Se suponía que los vampiros no tenían ese tipo de problemas. Y si su hermano mayor, Tormento, llegaba a averiguar algo, bueno, entonces el suplicio sería interminable.

Lo que Oliver sí sabía acerca de su problema era que parecía tener que ver con su futuro. Tenía trece años humanos, lo que significaba que no le quedaba mucho para recibir a su demonio. Pero eso les ocurría a todos los vampiros jóvenes, y la mayor parte de los niños ansiaban crecer. Los niños de la escuela hablaban sobre ello como si fuese lo más fantástico del mundo. ¿Qué clase de vampiro no querría tener su propio demonio? ¿Poder hacer las cosas que hacían los vampiros adultos, como poseer animales y salir de caza los viernes?

Así que tenía que haber algo más acerca del futuro que lo mantenía despierto día tras día. A veces casi llegaba a sentir que sabía de qué se trataba... pero nunca conseguía dilucidarlo con exactitud. Perseguía sus pensamientos sin cesar, uno tras otro, siempre con la sensación de que alguna verdad quedaba fuera de su alcance.

Sin embargo, esta mañana su espantoso insomnio había traído consigo algo interesante: la intrusa había vuelto. Oliver podía oír las pisadas resonando en el piso de arriba. Se deslizó con sigilo fuera de su ataúd hasta el suelo de piedra. El silencio reinaba en la cripta subterránea, únicamente iluminada por un tenue resplandor

carmesí. Los padres de Oliver, Polemonia y Sebastian, dormían juntos en un amplio ataúd situado al lado del suyo. El ataúd de Tormento estaba junto a la pared contraria, bien cerrado. Oliver había oído acostarse a sus padres unas horas antes y después oyó a Tormento entrando a hurtadillas.

Atravesó la habitación y miró hacia una escalera de caracol de piedra que salía de la cripta, situada en la planta más baja del hogar subterráneo de su familia. Caminaba con los pies descalzos sin más ruido que el de su pijama agitándose con suavidad. La luz de magma de los faroles de las paredes, globos de cristal en forma de lágrima, sostenidos por ornamentados apliques de plomo, se había agotado, por lo que la escalera estaba oscura como la boca de un lobo, pero aquello no suponía un problema para los ojos de un vampiro.

Subió hasta la planta principal y escudriñó la oscura cocina. Los electrodomésticos de titanio emitían un suave zumbido.

Arriba sonaban más pisadas.

Oliver continuó subiendo hasta llegar al siguiente rellano y se encontró ante una brillante puerta de acero. Pegó la oreja a ella y oyó el crujido de más pasos al otro lado. Técnicamente no se le permitía estar allí arriba... Pero Oliver apretó un botón rojo y la puerta se abrió silenciosamente.

Había un angosto hueco entre la puerta y la parte posterior de un frigorífico destartado y oxidado. Estaba apoyado en una esquina contra la pared, con los cables y los muelles colgando como si una bestia lo hubiese abierto a zarpazos. Oliver se escurrió por uno de los laterales...

Y vio a la humana.

Una chica permanecía en el centro de una gran estancia. Aquella era la planta baja de la casa abandonada que había sobre la casa de Oliver. Las paredes que en su día habían dividido las habitaciones de la casa habían sido derribadas, por lo que no había quedado más que un enorme espacio vacío atestado de escombros. Se suponía que todo aquel lugar debía parecer decadente y peligroso. Polemonia se había preocupado mucho de conseguir que no solamente pareciese abandonado, sino también prohibido: los sin techo podrían dormir allí, pero ¿por qué iban a querer hacerlo?; una pandilla de chicos podría merodear por los alrededores, pero ¿no habría tal vez un sitio más guay adonde ir?

Dos rayos de la lúgubre luz matinal de Seattle se colaron en el interior, a través de las dos ventanas rotas que flanqueaban la puerta principal. Un papel color burdeos caía de las paredes y dejaba al descubierto el yeso desconchado y lleno de moho. Un inmenso agujero se abría justo ante la puerta. No era un agujero de verdad, sino una artimaña visual que Polemonia había perfeccionado. Sin embargo, la chica no había usado la puerta; siempre entraba por la ventana usando un par de gruesos guantes de horno de cuadros escoceses para protegerse de los dentados fragmentos de cristal.

Ahora estaba de pie, con los guantes bajo el brazo, observando en silencio el contenido de la habitación. Había mucho que mirar: además del papel medio caído y

del agujero sin fondo, había una vieja bañera en el rincón, llena de un agua asquerosa que apestaba a putrefacción. Una gota procedente del ruinoso techo, del que pendía una destartada y torcida lámpara de araña, caía lenta y constantemente en su interior. En el rincón opuesto había un tocador volcado, y la ropa mugrienta estaba desparramada por los charcos marrones del suelo.

Sobre el tocador, un lúgubre cuadro colgaba de la pared en un marco sucio y destartado. Era el retrato de un adusto y enjuto anciano que vestía un traje de *tweed*; tenía muy poco pelo y, visto de cerca, todavía menos piel que pelo. Pero el moho impedía apreciar estos detalles. Sin embargo, sus ojos penetrantes, que parecían resplandecer con una luz ámbar nada natural, no habían perdido el brillo; una vez más, parte del plan de Polemonia al redecorar la estancia. El retrato era de Renfeld, el fallecido tío abuelo de Oliver.

Y a pesar de todo, de todos aquellos objetos inquietantes, la chica, cada vez que entraba allí, se pasaba la mayor parte del tiempo observando una cosa a la que, como Sebastian le había explicado a Oliver una vez, ningún humano podía resistirse: el gran espejo que había apoyado contra la pared, justo frente al escondite de Oliver tras el frigorífico. Papá había dicho que a los humanos les encantaba verse reflejados en un espejo; que lo adoraban, de hecho. Un espejo cautivaba a un humano del mismo modo que la luz a las mariposas. La chica se encontraba ahora frente a aquel sin tan siquiera imaginarse que Oliver la estaba observando, ya que él no se reflejaba. Y aunque se hubiese reflejado, habría resultado difícil percibirlo. Una espesa película de mugre cubría el espejo, excepto en una zona circular que la chica había limpiado en su primera visita. Alargó el brazo y volvió a frotar el círculo con el puño.

Era algo más baja que Oliver; vestía pantalones vaqueros con el chaleco acolchado y el gorro de punto de siempre. Hoy, además, llevaba un jersey de cuello vuelto con brillantes listas que llamaban enormemente la atención en contraste con el monótono mundo que la rodeaba. Estaba de pie con los brazos en jarra, girándose de un lado a otro, llevándose de vez en cuando la mano al pelo para jugar con su gruesa trenza de color castaño. Le hizo una mueca al espejo, enseñando sus dientes humanos, romos y redondeados, y levantando los regordetes dedos humanos como si fueran garras. Casi le dio la risa, pero entonces suspiró y dejó caer los hombros.

Mientras Oliver la miraba, sintió una punzada de culpabilidad: debería haberles hablado a sus padres sobre aquella chica tras su primera visita. Pensaba hacerlo, pero ahora ella ya había venido más de una vez y, además, Oliver acabaría metiéndose en problemas. Polemonia y Sebastian querrían saber por qué no se lo había contado inmediatamente, y ¿qué iba a responderles? ¿Que había sentido curiosidad sobre qué hacía allí y quería averiguar por qué seguía yendo? ¿Qué clase de vampiro pensaría así?

Tormento disfrutaría mucho más con aquello que con el insomnio de Oliver. También cabía la posibilidad de que los padres de Oliver decidiesen que aquella intromisión debía ser atajada de un modo más permanente, y entonces Oliver se

quedaría sin nada que lo distrajese durante sus vigiliias. Además, esta chica era inofensiva, ¿no? Lo único que hacía era ir allí, echar un vistazo durante un rato y marcharse...

Solo que entonces ella hizo algo distinto. Buscó bajo su chaleco y extrajo un gran objeto negro que pendía de su cuello sujeto con una correa de cuero gastada. Oliver tardó un momento en identificar aquello como una cámara. Le habían hablado sobre ellas en la escuela: eran unos aparatos que los humanos usaban para capturar imágenes. Los vampiros nunca utilizaban cámaras; pintaban retratos en óleo o dibujaban esbozos con carboncillo. De hecho, los padres de Oliver le habían dicho que evitase en todo momento que le hiciesen una fotografía, pero él no estaba seguro del porqué. Aquello no podía hacerle daño, como la luz solar o una estaca, al menos que él supiera.

La chica se acercó la cámara al ojo mientras giraba despacio la lente para enfocar, y entonces apretó un botón; sonó un clic. Levantó una pequeña palanca y volvió a mirar a través de ella.

Oliver observó cómo ella giraba sobre sí misma lentamente mientras la cámara seguía haciendo clic. ¿Por qué estaría tomando fotos de aquel lugar? La familia de Oliver había vivido allí, en el Camino del Crepúsculo, desde que él era muy pequeño. Era una de las calles de la ciudad en las que casi todas las casas presentaban un aspecto abandonado y ruinoso desde fuera, pero tenían una casa de vampiros debajo. Estas casas nunca se expropiaban ni se demolían ya que la empresa de Sebastian, el Consorcio de la Penumbra, empleaba a vampiros que se infiltraban en importantes puestos humanos como empleados municipales. Siempre que algún humano hacía un llamamiento para el derribo de las decrepitas casas del Camino del Crepúsculo, se invalidaba algún permiso o documento legal y el proceso se paralizaba durante años. Con artimañas como aquellas los vampiros habían construido una sociedad en las narices de los humanos. Sebastian decía que no había resultado tan difícil, ya que los humanos tenían una habilidad especial para no darse cuenta de las cosas que ocurrían delante de ellos. También decía que la principal razón por la que los humanos no sabían de la existencia de los vampiros era que, en realidad, no querían saberlo.

Pero esta chica parecía ser bastante curiosa. Tal vez simplemente le gustasen los lugares fríos y abandonados. Aquello sería raro para un humano, aunque interesante.

Mientras ella seguía haciendo fotos, Oliver se deslizó tras el frigorífico y dio un paso hacia la pared. Colocó ambas manos contra el yeso húmedo, y tomó aire, profunda y pensativamente... Una serie de susurros en antiguas lenguas vampíricas atravesaron su mente. Sintió que sus pies se aligeraban y comenzó a escalar por la pared como una araña.

Hasta hacía muy poco no había aprendido a manejar las fuerzas. Escalar paredes era una de las primeras técnicas: un preludio de la levitación. Los vampiros podían hacer ese tipo de cosas porque eran capaces de percibir fuerzas de otros mundos. Desde los primeros años de escuela, se les enseñaba que el mundo en el que vivían

era uno de los muchos existentes, la mayoría de los cuales no eran tan lamentablemente mortales y físicos. Cada mundo tenía su propio conjunto de dimensiones y reglas: algunas muy parecidas a las de la Tierra y otras muy distintas. Las fuerzas de los mundos cercanos se mezclaban las unas con las otras y, si bien los humanos no tenían la capacidad de detectarlas, los vampiros sí. Como siempre decían los profesores de Oliver, esa era una de las muchas ventajas que los no muertos tenían sobre los vivos.

Cuando Oliver alcanzó lo más alto de la pared se detuvo, se concentró más y se deslizó hasta el techo. Avanzó lentamente reptando alrededor de la cuerda raída de la que pendía la destartada lámpara, hasta situarse justo sobre la chica. Entonces pudo oírla respirar; era un extraño sonido, muy delicado. Como si fuera a detenerse en cualquier momento. Desde tan cerca también pudo olerla claramente.

Los humanos apenas eran conscientes de que emitían un aroma, pero, para la sensible nariz de un vampiro, tal aroma era una completa guía sobre sus actitudes, esperanzas y miedos. En visitas pasadas, Oliver había detectado que aquella chica se sentía frustrada; esta noche, sin embargo, estaba concentrada en lo que hacía. Le encantaba hacer fotografías. Pero también estaba nerviosa; Oliver podía sentir su pulso acelerándose.

La chica avanzó un paso y se quedó un poco por delante de él. Cuando dirigió la cámara al destartado frigorífico, Oliver se concentró profundamente, soltó las manos y se quedó colgando de las rodillas. Su cabeza se encontraba tan solo unos centímetros por detrás del hombro de la chica. Quería ver la habitación del modo en que ella la veía, aunque del revés. Entonces vio el pendiente plateado en forma de lágrima y alargó la mano para cogerlo. No pensó en lo que estaba haciendo; para los vampiros, reunir artefactos y cachivaches que llamaban su atención era un acto reflejo. Se consideraba un comportamiento de lo más natural. Acababa de empezar a quitar con cuidado el pendiente del lóbulo...

—¡Aaah! —gritó ella, estremeciéndose.

Oliver volvió rápidamente al techo. La mano de la chica atravesó como una flecha el espacio que él acababa de ocupar, se sacudió su propia oreja y se arrancó el pendiente, que cayó en una mohosa grieta que había en el suelo. Oliver se pegó completamente al techo, con la espalda contra el yeso y los brazos y las piernas extendidos.

Entonces se oyó la voz de un chico que susurraba desde el exterior:

—¡Emalie! ¿Te encuentras bien? —Hasta entonces nunca nadie la había acompañado.

—Sí —respondió la chica (Emalie). Se percibía miedo en su voz, aunque también vergüenza.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada! —Emalie seguía curioseando por la habitación—. Estúpidas arañas —musitó.

Entonces su cuerpo se quedó quieto, contuvo el aliento en la garganta y comenzó a levantar la cabeza hacia el techo.

Oliver se pegó aún más a él, luchó contra las fuerzas y comenzó a desvanecerse. Los verdaderos maestros de la espectralización eran capaces de desaparecer por completo. Enviaban literalmente su materia a un mundo paralelo, existían como espíritu por un instante y luego recuperaban su forma sólida. Oliver acababa de empezar a aprender esta técnica, así que lo mejor que podía hacer era convertirse en poco más que una sombra. Con suerte, en medio de aquella penumbra, con eso bastaría.

La vista de Emalie alcanzó el techo; miró directamente a Oliver.

Entonces agitó la cabeza y miró hacia otro lado. Se llevó la mano a la oreja:

—¡Jobar! —dijo, al descubrir que le faltaba el pendiente. Bajó la vista hacia el mugriento suelo y le dio una patada a un bulto de ropa mohosa.

Oliver se relajó y reapareció sobre ella. Ella no tenía ninguna posibilidad de encontrar aquel pendiente; él apenas podía verlo.

El chico volvió a llamarla desde el exterior:

—¡Vamos a llegar tarde!

—¡Dean! Espera... —respondió Emalie.

Oliver oyó que Dean resoplaba fuera.

Emalie dejó de buscar el pendiente, se sacó otro artilugio del chaleco y lo fijó en la parte superior de la cámara: era un *flash*. Miró por el visor, giró la lente y apretó un botón. El *flash* se disparó y llenó la estancia de una cegadora luz blanca. Oliver se estremeció al sentir como si le hubiesen abierto demasiado los ojos. Pestañeó una y otra vez mientras un verde brillante le obstruía la visión. La chica apuntó al tocador con la cámara y enfocó. Esta vez Oliver entrecerró los ojos, pero el *flash* se los chamuscó de todos modos.

A pesar de las manchas verdes de sus ojos, se volvió a descolgar tras ella y observó, fascinado, como ella fotografiaba toda la habitación. Era una suerte que utilizara una cámara antigua; como tenía que mirar a través del visor, la imagen que ella viera rebotaría en un espejo diminuto. Así que, incluso aunque lo apuntara directamente a él, Oliver sería invisible para ella. Aun así, no tenía la intención de dejar que eso ocurriera...

Entonces Emalie dio un paso atrás y a Oliver casi no le dio tiempo a moverse. Salió disparado de nuevo hacia el techo apartándose con dificultad por la izquierda de la chica. Consiguió esquivarla, pero se le enredó el pie con la cuerda que sujetaba la araña y se produjo un estridente tintineo de cristales...

Emalie se volvió de nuevo y, todavía con el ojo pegado a la cámara, apuntó directamente hacia Oliver sin darle tiempo a reaccionar.

El *flash* se disparó y bañó la habitación con su luz.

¡Tsss! Oliver se tapó los ojos con un brazo. Trató de mantener la concentración, aferrarse a las fuerzas, pero se estaba debilitando. Sus pies comenzaron a despegarse

del techo. Se lanzó a ciegas, describió un arco sobre la habitación, se golpeó contra la pared opuesta y fue a caer directamente en la bañera, lo que provocó un sonoro chapoteo.

Tocó fondo y permaneció allí, muerto de miedo, mientras el agua se agitaba. Una vez se hubo calmado, Oliver pudo ver a Emalie paralizada en el sitio, recorriendo con la mirada el espacio que separaba la bañera del techo y también el resto de la habitación.

—¿Hay... hay alguien ahí? —preguntó con voz temblorosa a la estancia desierta.

Quédate quieto, pensó Oliver. Observó, desde la protección que le otorgaba la oscuridad del agua turbia, cómo Emalie retrocedía lentamente hacia la ventana mientras se guardaba la cámara bajo el chaleco. Como no necesitaba respirar, podía permanecer en la bañera todo el día, aunque el frío resultaba desagradable.

—¡Emalie! —volvió a oír a Dean. Ella se enfundó sus guantes de horno, retrocedió y, cuando se topó de espaldas con la pared, se volvió y se precipitó al exterior, sin prestar atención a los fragmentos de cristal.

—¡Ay! —gritó al tiempo que sus vaqueros se rasgaban por la rodilla.

Oliver salió despacio de la bañera y fue dejando las huellas de sus pies empapados por el suelo mientras atravesaba la habitación hasta llegar al límite de la grisácea luz del día. Incluso en una mañana oscura y brumosa como aquella, la luz le hizo parpadear.

Al fondo del jardín, repleto de maleza y surcado de telarañas, vio a Dean parado en el estrecho hueco del gran seto que rodeaba la casa de los Nocturne. Era un chico alto, larguirucho, y llevaba dos mochilas colgando como si fuera un perchero. A pesar de la distancia, Oliver podía oler la incertidumbre (y la preocupación) que sentía Dean. Emalie lo alcanzó; Dean le tendió una de las bolsas e inmediatamente desapareció calle arriba, pero Emalie miró con recelo hacia la casa.

Oliver se ocultó de nuevo entre las sombras. Cuando volvió a mirar, ella se había ido. Se situó a un lado de la ventana, desde donde podía ver la concurrida intersección en la que desembocaba el Camino del Crepúsculo. Emalie y Dean habían llegado a la esquina.

—¿Qué te ha ocurrido allí dentro? —oyó preguntar a Dean.

—Nada —respondió Emalie con la respiración entrecortada—. Vámonos ya. —Lo tomó por el brazo y lo arrastró hacia la calzada, a pesar de que el semáforo estaba en rojo.

—Emalie... —El quejido de Dean se perdió entre el ruido de los motores y el chapoteo de los neumáticos.

Hileras de coches pasaban a toda velocidad salpicándolos. El jersey de listas de Emalie contrastaba con el mundo, gris y húmedo, como si fuese el único objeto dotado de color. Oliver se quedó observando hasta que ambos desaparecieron entre el tráfico.

Regresó al lugar en el que Emalie había permanecido de pie. Le llevó un

momento, pero localizó el pendiente y lo sacó de la grieta del suelo. A continuación bajó las escaleras con sigilo, se puso ropa seca y se metió en su ataúd. En cuestión de minutos, ya estaba dormido.

Desayuno con mentiras

Cuando la alarma de Oliver sonó a la noche siguiente, apenas la oyó. Dio una vuelta, la apagó de un manotazo y cerró los ojos.

De repente, la tapa de su ataúd se abrió violentamente.

—¡Oliver! —Se volvió y se topó con su madre, Polemonia, inclinada sobre él con los brazos cruzados. Se había levantado temprano y ya estaba vestida, como de costumbre, y con su largo cabello platino recogido. Llevaba una moderna camiseta negra y pantalones del mismo color, con un delantal burdeos atado alrededor de la cintura. Y tenía el lívido ceño fruncido.

Oh, no, pensó Oliver con abatimiento. *Sabe lo de Emalie*.

Pero Polemonia prosiguió:

—¡Vas con media hora de retraso! —Se agachó y comenzó a tirar de él para sacarlo de la cama. La tierra, que muchos vampiros usaban como manta, se esparció por el suelo—. ¡Ya puedes limpiar eso después! —añadió.

—¡Vamos, mamá! —El tono de voz de Oliver lo sorprendió incluso a él y sus ojos, normalmente marrones, brillaron con un resplandor ambarino. Se desembarazó de la mano de su madre y se dirigió con dificultad al gran armario de ébano. Sabía que no tenía derecho a estar enfadado, era él quien llegaba tarde, pero aun así...

¡Tsss! De repente, Polemonia saltó en el aire y aterrizó ante él mostrándole sus dientes apretados, blancos como perlas. Siseó y lo agarró por los hombros, mientras sus ojos color avellana se volvían turquesa. Cuando habló, su voz sonó grave y glacial:

—¿Disculpa?

Oliver estaba impresionado, no por la fuerza con que Polemonia lo sujetaba ni por la ira de su rostro (ninguna de las dos cosas era poco habitual en los vampiros), sino por su propia actitud. Quería espetarle: «¡Quítame las manos de encima!». Pero afortunadamente se guardó para sí aquella voz rebelde. No quería empeorar las cosas, sobre todo teniendo en cuenta que tenía suerte de que Polemonia solo estuviese enfadada porque llegaba tarde:

—Lo siento —musitó.

El rostro de Polemonia se suavizó inmediatamente y el fulgor de sus ojos se desvaneció. Un instante después ya estaba revolviendo el cabello de Oliver:

—Sube rápido. Hasta tu hermano está ya en pie. —Oliver asintió y Polemonia salió del cuarto.

Oliver se vistió con el uniforme de la escuela: pantalones de pinzas negros, una

camisa blanca con el cuello almidonado y corbata. Se puso una sudadera gris oscuro y unas zapatillas deportivas y corrió a la cocina.

Los faroles de la escalera estaban ahora repletos de magma fundido y dorado, que se arremolinaba con trozos de carbonilla y emitía un cálido resplandor. La cocina estaba iluminada por unos focos diminutos en forma de globo situados en el techo que desprendían una luz mucho más candente y casi nívea. Toda la casa de los Nocturne estaba alumbrada por luz de magma, procedente de las profundidades del manto terrestre. Además, las tuberías que lo conducían recorrían paredes y suelos y mantenían la casa a una temperatura perfecta de treinta y siete grados.

Oliver se sentó en un taburete de la isla central. Tormento le lanzó una mirada exhausta desde el otro lado de la mesa y se volvió a encorvar sobre su desayuno: pastel de sangre de ángel y café. Su enmarañado cabello negro le colgaba delante de los ojos, con un mechón teñido de rojo justo en medio. Desde que Tormento se había convertido en un vampiro con demonio, como todos los estudiantes de secundaria, ya no tenía que preocuparse por el código de vestir: llevaba una camiseta raída por encima de otra blanca de manga larga con los puños rotos; los bajos de sus vaqueros, sostenidos solo hasta cierto punto por un cinturón con tachuelas, enrollados por encima de unas botas negras de trabajo con cadenas a modo de cordones.

Polemonia le preparó de inmediato un trozo crepitante del pastel rojo frito. Lo deslizó por la isla hasta donde se sentaba Oliver, junto con una Coca-Cola y una cápsula de vitaminas a base de hierbas trituradas.

Oliver atacó su azucarado pastel. No era un desayuno normal según la antigua tradición, pero Oliver y su familia eran vampiros del Nuevo Mundo y habían adoptado un estilo de vida moderno.

Por supuesto, también había vampiros del Viejo Mundo, como los abuelos de Oliver. Vivían en Morosia, una de las muchas ciudades del Inframundo situada bajo Europa y Asia, y desaprobaban prácticamente todo lo que tenía que ver con el modo de vida de los vampiros del Nuevo Mundo. Pensaban que era demasiado «humano» y se encargaban de recordárselo constantemente a Polemonia y Sebastian.

Como en la mayoría de las discusiones de adultos, a Oliver le parecía con frecuencia que los argumentos del debate entre el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo eran las dos caras de una misma moneda. Ningún vampiro quería ser humano. De hecho, todos los vampiros, si tuvieran elección, preferirían vivir juntos en otro mundo, donde pudieran deambular en libertad sin preocuparse constantemente porque los matase la luz solar o una estaca, pero aquello no era posible. Los vampiros estaban atrapados en la Tierra.

La única parte de la vida de Polemonia y Sebastian en el Nuevo Mundo acerca de la cual los abuelos no podían quejarse era, precisamente, lo que los convertía en abuelos: los vampiros del Nuevo Mundo habían descubierto cómo tener hijos. A Polemonia y Sebastian los habían engendrado; eran humanos en sus últimos años de la adolescencia cuando les mordieron y se convirtieron en vampiros. Los vampiros

siempre habían deseado tener familia (el amor no era un sentimiento propio solamente de los vivos y los buenos), pero a los niños humanos no se los podía engendrar con éxito. Sus cuerpos eran demasiado frágiles y sus espíritus demasiado puros. Así que, mientras los vampiros del Viejo Mundo continuaban engendrando vampiros adultos, los alquimistas del Nuevo Mundo habían descubierto cómo crear niños combinando el ADN de los dos padres en un proceso que se servía de la ciencia humana de la genética y de la Física intermundial. Los niños del Nuevo Mundo se criaban en un laboratorio especial hasta que eran lo suficientemente mayores para «nacer», lo que significaba que se les sacaba de sus recipientes y se les entregaban a sus padres. Hasta los viejos y gruñones padres de Polemonia y Sebastian tenían que admitirlo: amaban a sus nietos.

Tener hijos cambió para siempre el estilo de vida de los vampiros del Nuevo Mundo, sobre todo cuando descubrieron que sus nuevos niños no tenían demonios. Un vampiro adulto era la combinación de un cuerpo humano con un espíritu demoníaco, que procedía de uno de los otros mundos. Únicamente cuando los niños vampiros habían crecido y aprendido lo suficiente y habían desarrollado la suficiente fortaleza, recibían a su demonio y se convertían en adultos.

Los niños vampiros tampoco eran lo bastante fuertes como para beber sangre humana. Mientras que los vampiros adultos podían sobrevivir exclusivamente a base de ella, alimentados por su potente fuerza vital, los niños del Nuevo Mundo necesitaban una dieta totalmente distinta. Requerían, por encima de todo, azúcar para alimentar sus cerebros. Así que una dieta abundante en harinas y azúcares refinados, que se convertían en glucosa con facilidad, era lo ideal. Pasteles y dulces eran en la actualidad los alimentos básicos en las comidas de una familia de vampiros.

Hasta los adultos se permitían comerlos, con la diferencia de que la copa con que los acompañaban era de sangre humana, mientras que la de un niño contenía sangre de criaturas menos fuertes, como un cerdo, un lobo, un avestruz o incluso un oso. Cada tipo de sangre aportaba diferentes aspectos de energía vital y distintos contenidos minerales. La variedad era la clave del crecimiento y el desarrollo adecuados. La sangre de iguana, de murciélago o de cría de gato era especialmente rica en agentes antibacterianos, lo que contribuía a evitar estados problemáticos contra los que los no muertos tenían que luchar, como la descomposición o la putrefacción.

El desayuno que Oliver estaba tomando, pastel de sangre de ángel, era muy popular: un bizcocho ligero y esponjoso que se marinaba hasta que adquiría un intenso color carmesí y luego se freía.

—¿Has dormido un poco mejor? —preguntó Polemonia.

Oliver se metió un gran bocado en la boca y asintió con la cabeza:

—Mmm. —Sintió una oleada de alivio al ver que Polemonia sonreía y seguía cocinando sin hacer más preguntas.

Mientras Oliver y Tormento desayunaban, Polemonia se entretenía organizando el

frigorífico, que ocupaba la parte superior de la pared, bajo la pantalla. Su brillante puerta se abría hacia el techo con un silbido para mostrar unos estantes repletos de bolsas de sangre colgantes. Polemonia las tenía meticulosamente organizadas por animal y por fecha. Nada simbolizaba mejor la cultura vampírica del Nuevo Mundo profesada por los Nocturne que los estantes de sangre preextraída, de granja y orgánica. Los abuelos de Oliver, si es que alguna vez los convencían para que visitaran Seattle, se enfurecerían de un modo demoníaco al ver aquello y despotricarían por el hecho de que Polemonia y Sebastian viviesen una vida antivampírica. Los vampiros del Viejo Mundo actuaban como si estuviesen deseando quemar el mundo entero.

Sebastian irrumpió en la cocina, vestido con un elegante traje y un abrigo largo negro que arrastraba. Era alto y corpulento, más de lo que Oliver se imaginaba que podría llegar a ser él de mayor y, cuando se vestía para ir a la oficina, personificaba el éxito y el refinamiento de todos los vampiros del Nuevo Mundo. Lo habían ascendido recientemente al puesto de procurador jefe del Consorcio de la Penumbra, pero incluso antes ya se ponía elegante, desde los gemelos hasta los relucientes zapatos.

Revolvió al cabello de Oliver al pasar:

—¿Qué hay, Oli?

—Hola —respondió Oliver, pero inmediatamente se puso tenso.

—Charles —dijo Sebastian al pasar junto al hermano de Oliver.

—Es «Tormento», papá —musitó Tormento al tiempo que acababa su desayuno.

—Tal vez para tus amigos —le refutó Polemonia—, pero en esta casa preferimos utilizar el nombre que te hemos puesto nosotros.

—Charles —escupió Tormento—. Suena como si yo fuese ese corderito de ahí. —Le lanzó una mirada a Oliver.

Oliver se limitó a seguir comiendo. Aquello era lo habitual con Tormento.

—Yo tendría cuidado, Charles —le advirtió Sebastian—. Y no recuerdo haberte oído llegar esta mañana.

—¿Y?

—Y —Polemonia agravó el tono— la otra cosa que harás mientras vivas bajo este techo será regresar a casa a tu hora.

Ahora Tormento casi sonreía:

—Ty y yo nos entretuvimos en el parque. Encontramos a un pequeño humano solo.

—Entiendo —dijo Sebastian. Cogió una pesada jarra de plomo de la mesa y llenó una copa antes de volverse hacia Tormento—. Y —prosiguió, con un reticente tono de curiosidad— ¿qué tal fue?

—Oh, tío. —El enfado de Tormento se transformó rápidamente en excitación mientras relataba sus actividades vampíricas.

Oliver observó cómo sus padres escuchaban la historia con atención olvidando por un instante su frustración con Tormento. Mientras este describía su noche, los

ojos de Sebastian brillaban de orgullo. Tormento podía ser un adolescente tardío que no había recibido su demonio hasta bien avanzada la escuela secundaria, y tal vez aquello lo hubiese convertido en un poco rebelde («rebelde», en términos vampíricos, significaba básicamente lo mismo que «peligroso» en términos humanos) pero, en realidad, siempre y cuando finalizase el instituto, había cosas peores en las que un vampiro se podía convertir.

Como tú, corderito, pensó Oliver con el tono burlón de su hermano resonando en su cabeza. Se preguntó si algún día agradecería a sus padres como los agradaba Tormento. No le parecía posible.

Tormento finalizó su relato y se levantó de la mesa. Oliver tomó su último trozo de pastel, alzó la vista y se topó con Sebastian, que lo observaba de un modo extraño.

—Nada —dijo Oliver con culpabilidad, a pesar de que su padre no le había hecho ninguna pregunta.

—Pareces cansado —dijo Sebastian con un suspiro—. Deberíamos hablar. He estado tan ocupado en el trabajo...

—Papá, estoy bien —mintió Oliver.

—No parece estar bien. Mamá dice que estás teniendo problemas para dormir. —Sebastian enarcó una ceja esperanzado—. ¿Es por los sueños?

—Supongo —volvió a mentir Oliver. Su padre se estaba refiriendo a los sueños que un joven vampiro tenía cuando estaba a punto de recibir a su demonio. Un vampiro se encontraba con su demonio primero en sueños para llegar a conocer su larga historia, mientras este iba añadiendo poco a poco sus recuerdos y experiencias al cerebro del vampiro. El proceso se denominaba cohesión. A veces los sueños de prolongaban durante años antes de la llegada del demonio, y se suponía que eran guays (la vida de un demonio estaba repleta de historias violentas). A Oliver le habría encantado dormirse y tener aquellos sueños, mucho más que permanecer despierto todas las noches como hasta entonces. Aun así, resultaba más sencillo mentirle a Sebastian.

—Bueno —dijo este—, tienes tu revisión médica anual dentro de un par de días. Después siempre te sientes mejor. Y los sueños son emocionantes, ¿no es cierto?

Ahora Oliver notaba también la mirada de Polemonia, que tenía los ojos bañados en lágrimas. Oliver se encontró asintiendo y consolidando así la mentira.

—Mi niño está creciendo... —sonrió Polemonia—. ¡Y tan deprisa! —Se acercó a Sebastian y le rodeó la cintura con el brazo—. Mucho antes que Charles.

—Mmm —asintió Sebastian—. Suena genial.

Polemonia suspiró:

—Oliver, esto es muy emocionante.

Oliver pensó que iba a estallar. ¿Cómo había ocurrido esto? ¡Ahí estaba él, con un secreto sobre una humana y ahora, además, con una mentira sobre su demonio!

Sebastian se inclinó para besar a su esposa:

—Me tengo que ir corriendo.

—No olvides —le recordó Polemonia mientras él descendía los primeros escalones— que esta noche tengo una reunión del comité en el Consejo Central.

Sebastian asintió, pero frunció el ceño:

—Intentaré no retrasarme. —Y desapareció escaleras abajo en dirección a la puerta principal, que comunicaba con las alcantarillas.

Oliver se disponía a levantarse de la mesa:

—Y tú no olvides tomar tus vitaminas —dijo Polemonia, volviendo a su tarea de organización.

—Vale —asintió Oliver, aunque por dentro estaba contrariado. La cápsula, compuesta por una serie de hierbas machacadas, sabía tan mal como siempre. Era una combinación de raíz de trollex para la absorción sanguínea, hoja de higuera sangrienta para mejorar las técnicas de resolución de problemas y tallos de hierba mora para aclarar el tono de piel. Oliver sabía que Tormento siempre fingía tomarla. Se planteó hacer lo mismo, pero suspiró y se la tragó de verdad.

La píldora todavía estaba bajando por su garganta cuando Tormento lo golpeó con violencia en la parte posterior de la cabeza.

—Vamos, cordero —dijo Tormento con sarcasmo—. ¡No querrás llegar tarde a un nuevo y estupendo día de escuela!

—Charles... —le advirtió de nuevo Polemonia. Pero Tormento ya había salido de la habitación.

Oliver sintió náuseas por un momento, acabó de tragar las hierbas y siguió a su hermano con resentimiento.

Una sorpresa en la escuela

Durante los cortos días de invierno, Oliver y Tormento podían caminar a salvo por las calles de la superficie en lugar de por las alcantarillas y túneles. Bajaban por el Camino del Crepúsculo y luego se internaban en calles habitadas por humanos, donde las luces de Navidad resplandecían en casas y árboles. Una lóbrega neblina se cernía sobre ellos mientras caminaban. Aunque a los vampiros no les importaba mojarse, ambos hermanos vestían largos abrigos negros por insistencia de Polemonia. Y es que los vampiros podían desarrollar problemas de moho si no eran cuidadosos.

Oliver llevaba una pesada mochila a los hombros. Tenía que inclinarse hacia delante para contrarrestar el peso de los pergaminos que llevaba dentro. Tormento no llevaba nada; en el instituto, donde tanto él como todos sus compañeros de clase tenían demonio, las clases eran única y exclusivamente orales. Tormento utilizaba libros de vez en cuando como referencia, pero como los demonios tenían una memoria casi infinita y, además, los vampiros con demonio nunca se molestarían en hacer algo tan tedioso como los deberes, Tormento nunca tenía que llevar un solo libro a la escuela, ni de la escuela a casa. Y desde luego, aunque tuviera que hacerlo, lo más probable era que no lo hiciese; la escuela no era su principal prioridad.

Pasaron bajo las imponentes vigas de un elevado puente de la autovía. En la profundidad de la sombría confluencia donde el puente convergía con el talud de tierra, los humanos habían tenido la amabilidad de construir una gigantesca estatua de piedra de un trol. Por detrás de su enorme cabeza surgían dos pares de ojos, unos amarillos y otros naranjas, que refulgían en las tinieblas.

Entonces se oyó a un chico mayor que, imitando una voz femenina, decía:

—¡Miradme, voy camino de la escuela como un buen chuparratas!

Tormento se volvió hacia aquellos ojos:

—Cállate, Ty —dijo, aunque con una diabólica sonrisa. A continuación le dio una palmadita en el hombro a Oliver—. Que te vaya bien en la escuela, hermano —dijo, y se dirigió hacia la parte posterior de la cabeza del trol. Su silueta desapareció en la oscuridad y, un instante más tarde, sus ojos se iluminaron al unirse a sus compañeros. Oliver los observó y oyó manotazos.

—¡Eh! —gritó Tormento hacia donde estaba Oliver—. ¡Lárgate, cordero!

Oliver puso rumbo a la escuela y, en cuanto comenzó a caminar, regresaron sus sentimientos de ansiedad. Resultaba difícil imaginar que algún día pudiese llegar a ser como Tormento y sus amigos: a tener un demonio y actuar como un vampiro adulto. Al menos, no se esperaba que lo fuese de momento. *Pero sí pronto, ahora que*

todo el mundo piensa que estás teniendo los sueños, pensó con amargura mientras caminaba pesadamente.

La escuela North Seattle era un gran edificio de ladrillos que se alzaba en lo alto de una cresta de tierra, rodeada de grandes árboles pelados y de calles con casas pequeñas. Era antigua a ojos de los humanos, ya que se había construido a principios del siglo xx. La pintura que enmarcaba las ventanas estaba cascada y faltaban trozos de ladrillo en varios sitios. Los chicos y chicas humanos seguían yendo allí durante el día, mientras que los vampiros la utilizaban en secreto por las noches. Oliver se preguntaba si los niños humanos pensarían que era una basura, pero a él le gustaba. Polemonia y Sebastian le habían expresado su apoyo incondicional si decidía solicitar su ingreso en una de las academias privadas del Inframundo, pero Oliver nunca lo había hecho. Ya era lo suficientemente malo sentir que no encajaba aquí. En el Inframundo las cosas eran incluso más intensas; no podía imaginarse a sí mismo tratando de actuar con normalidad y sin preocupaciones rodeado de aquellos niños inframundanos.

Llegó a la puerta trasera, situada junto a las pistas de baloncesto de asfalto. La puerta se abrió y allí estaba Rodrigo, el conserje de noche:

—Señor Nocturne —dijo con su voz queda—. Bienvenido, señor.

Oliver asintió con la cabeza, preguntándose de nuevo cómo era que los humanos nunca habían reparado en lo afilado de los dientes de Rodrigo, o en que no respiraba con dificultad cuando fregaba los baños; en que no respiraba en absoluto, de hecho. Los que protagonizaban películas con humanos o trabajaban para emisoras de noticias humanas tenían que esforzarse un poco más para mantener su identidad en secreto pero, aparte de eso, los vampiros podían realizar cualquier trabajo nocturno de la ciudad con la casi absoluta certeza de que ningún humano se daría cuenta de qué eran en realidad.

Oliver se dirigió a las amplias escaleras. El reluciente neón brillaba en los pasillos. Los murales pintados y los tabloncillos de anuncios de las paredes de la escuela humana estaban ocultos por un espectacular tipo de grafiti tridimensional vampírico denominado «grotesca». Se hacía con aerosol fluorescente, una variedad que resultaba invisible durante el día y que Rodrigo activaba todas las noches. Había rostros de demonios, criaturas históricas y legendarias y escenas de batallas en las que figuras de neón parecían luchar en silencioso movimiento. En algunas partes, las brillantes obras se asemejaban a jeroglíficos antiguos y caracteres rúnicos. Los hacían los estudiantes mayores, que habían empezado a aprender skrit, la antigua lengua gráfica vampírica.

Oliver llegó a su aula. Las luces del techo estaban apagadas, pero había una vela encendida en cada uno de los pupitres, además de otras dos sobre el atril vacío del frente del aula. Aproximadamente la mitad de su clase de veinte alumnos había llegado ya. Unos cuantos chicos estaban encaramados en lo alto de las paredes pintando brillantes grafitis con sus pequeños botes de aerosol. Las chicas rodeaban el

acuuario de los niños humanos mientras su cabecilla, Suzyn, elegía cuidadosamente uno de los peces tropicales para comérselo. Oliver se encaminó hacia su pupitre, situado al lado de las ventanas.

Al pasar junto a la pared del fondo, oyó a uno de los chicos, Theo Moore, que cantaba de un modo inquietante desde lo alto:

—«Ahí viene el humano, ¡qué tarde ha salido!...».

Otro chico, Brent, se unió a él:

—«¡Ve y dile a su madre que ya se lo han comido!».

Theo se abalanzó sobre Oliver y lo tiró al suelo.

—¡Ay! ¡Déjame en paz! —gritó Oliver desembarazándose de Theo y poniéndose en pie.

—Perdón —respondió Theo con el ceño fruncido mientras regresaba de un salto a la pared—. Supongo que al corderito no le gustan los juegos de vampiros.

—Cállate —dijo Oliver, pero en un tono demasiado bajo para que los chicos lo oyeran. La atención de Theo ya se había centrado en el siguiente estudiante que entraba en el aula, y él y sus amigos retomaron su cántico.

Oliver llegó a la última fila, y se dejó caer en su asiento:

—¿Qué hay, Seth? —saludó al niño que se sentaba a su lado.

Seth era un chico de baja estatura y de cara redonda con el pelo rubio y rizado. Estaba colocando ante él las cartas de una baraja de rol:

—¿Qué hay? —contestó distraído. Entonces descubrió una carta y frunció el ceño—. El ejército de Osiris me está pateando el culo.

—Qué mal —dijo Oliver. Él y Seth se consideraban amigos, ya que se sentaban juntos y rara vez se relacionaban con Theo y su pandilla. La madre de Theo, Francyne, formaba parte de algunos consejos de la comunidad con Polemonia, y Oliver y Seth a menudo acababan asistiendo a las mismas reuniones de adultos. Aunque les gustaba andar y aburrirse juntos, Oliver sentía como si él y Seth se soportaran el uno al otro más que otra cosa, así que en realidad nunca sabía qué decirle. Lo cierto era que nunca sabía qué decirle a la mayor parte de la gente.

Sonó un golpe tras ellos cuando Theo aterrizó sobre otro estudiante, mientras los demás se reían desde la pared. Oliver no pudo resistirse a mirar hacia allí: uno de los estudiantes menos corpulento, Berthold Welch, se escurría de entre las garras de Theo y enderezaba sus maltrechas gafas.

Oliver se volvió de nuevo hacia Seth:

—¿Tienes ganas de que llegue Noche Eterna?

La Noche Eterna era la celebración vampírica del solsticio de invierno.

—Supongo que sí —respondió Seth arqueando las cejas—. Mamá y papá dicen que tengo que mejorar mis notas si quiero un conejo. —Se lamió los dientes mientras lo decía y miró a Oliver—. Oye, no tienes buen aspecto.

—Ah... Es que estoy cansado. Es solo... —Oliver se esforzó por pensar en una excusa aceptable para justificar su aspecto exhausto y, antes de que pudiera darse

cuenta, estaba esgrimiendo la que ya le era familiar—. He empezado a tener los sueños, creo.

Seth parecía impresionado:

—¡No puede ser! ¿En serio? ¡Vaya, creo que eres el primero! No se lo he oído a nadie más. —Echó un vistazo a la clase—. Deberías decírselo al señor VanWick; probablemente te ponga menos deberes... Siempre que cuentes tus sueños a la clase. Tío, Oliver, tienes suerte.

Sí, claro, pensaba Oliver maldiciéndose a sí mismo. ¿Por qué había comenzado otra vez la mentira?

—No... no estoy preparado para contárselo a nadie aún —respondió rápidamente—. De hecho, hacen que me encuentre un poco mal...

Los ojos de Seth se abrieron todavía más:

—¡Vaya! ¿Tan intensos son? ¡A lo mejor tu demonio llega pronto!

Ya era oficial: cada cosa que decía Oliver servía únicamente para empeorarlo todo aún más.

—Bueno, no lo sé. Mi padre dice que aún podría faltar bastante para eso. Tal vez solo sea síndrome de aclimatación, o algo así.

El síndrome de aclimatación era más o menos como una alergia: cuando un niño se sentía enfermo e indispuerto porque su energía se unía por primera vez con su demonio. Era habitual y casi siempre ocurría con anterioridad a la llegada del demonio.

—Ah sí, podría ser —dijo Seth, aunque seguía impresionado—. Tío, si eres el primero en tener tu demonio... —Lanzó una maliciosa mirada hacia la pared de Theo y su banda.

—Ajá —asintió Oliver—. Ahora mismo solo quiero encontrarme mejor, pero el viernes tengo mi revisión, así que eso debería ayudarme.

Seth había empezado a descubrir sus cartas de nuevo.

—¿Tu qué?

—Ya sabes —dijo Oliver—, la cita con el médico. El mismo reconocimiento de todos los años.

Seth lo miró extrañado:

—¿Vas al médico todos los años?

—Sí —respondió Oliver—. ¿Tú no?

—No recuerdo la última vez que fui al médico —dijo Seth—. ¿Para qué ibas a necesitar ir todos los años?

—Ya sabes, bueno, para asegurarte de que estás sano... —Se quedó callado. Sus pensamientos volaban a una velocidad de vértigo por su cabeza. *Porque está claro que hay algo en mí que no funciona*, pensó.

—¿Sano? —Seth pronunció aquella palabra como si fuese extranjera—. Tu madre debe de ser... ¡ay! —De repente algo golpeó a Seth en la parte posterior de la cabeza—. ¿Qué narices...?

Se produjo una ráfaga de viento; Oliver y Seth se volvieron y se toparon con Theo, que aterrizaba justo detrás de sus asientos flanqueado por Brent y su amigo el Lombrices. El nombre real del Lombrices era Rollie, pero su apodo procedía de un caso de parásitos que padecía desde el jardín de infancia y que nunca se había resuelto por completo, lo cual lo obligaba a rascarse la cabeza y los pies con frecuencia.

—¿Qué pasa, Seth? —preguntó Theo, sonriente.

Seth se agachó para recoger del suelo el objeto que lo había golpeado: un periódico enrollado. Se lo arrojó de nuevo a Theo:

—¡Para ya!

Theo era rápido: cogió el periódico al vuelo y le pegó a Seth con él en la cabeza.

—¡Cuidado!

—Déjanos tranquilos, Theo —musitó Oliver.

—¡Habla el amante de las vacas! —dijo Theo con destellos en los ojos.

—¡Muuu! —añadió el Lombrices.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Oliver. Theo siempre buscaba la forma de machacar a alguien. Su padre, Grady, era un hombre de negocios de bastante mala reputación en la ciudad y los chicos de la escuela sabían que también tenía mala reputación cuando se trataba de castigar a Theo, lo cual solamente hacía que resultase aún más difícil tratar con Theo cuando se comportaba como un gilipollas—. ¡Eres tan estúpido! —dijo.

Entonces Theo arrojó el periódico sobre el pupitre de Oliver:

—Compruébalo —le siseó al oído—. Eres material de primera página.

Ante Oliver había un ejemplar del *Diario del León Marino*, el periódico escolar de los humanos, con fecha de ese mismo día. En la portada aparecían un montón de artículos, pero Oliver tan solo necesitó un momento saber de qué hablaba Theo y, al verlo, sintió una escalofriante oleada de preocupación. Allí, en la esquina inferior izquierda de la página, había una fotografía en color... de la casa de Oliver. El titular decía:

En busca de los vampiros – Primera parte

Un reportaje fotográfico de Emalie Watkins

A continuación, las primeras líneas del artículo rezaban:

Todos conocemos los rumores, pero ¿cuál es la verdad? ¿Realmente hay vampiros entre nosotros? En esta exclusiva buscaremos pruebas de la existencia de no muertos. (Continúa en la página 7).

—Vamos, pasa la página —le espetó Theo agitando el periódico.

Oliver echó un vistazo y sintió que se iba a convertir en polvo de un momento a otro. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Cuando vio el reportaje compuesto por cuatro fotografías de su casa (del tocador volcado, del frigorífico roto, del papel de pared caído y de la pútrida bañera), sintió alivio por un momento, hasta

que leyó el breve texto que acompañaba a las imágenes:

Esta casa, el número 16 del Camino del Crepúsculo, parece abandonada. Pero ¿lo está? En el número de la próxima semana, mi espeluznante foto de un vampiro real que habita en ella.

—Yo... —balbuceó Oliver con voz quebrada.

Theo lo interrumpió:

—Tío, esta chica ha estado en tu casa. Sabe lo de los vampiros. ¿En tu familia sois un hatajo de amantes de los humanos, o qué?

—No, nosotros... Yo no sabía que ella sabía que éramos vampiros... —Oliver se quedó paralizado al caer en la cuenta de lo que acababa de decir.

Y Theo también.

—Espera, ¿tú sabías que esa chica había estado en tu casa?

—Bueno, yo...

—¿Y la dejaste escapar? ¡Ja! Si fuese yo, habría sido como... —Theo enseñó los dientes y comenzó a dar cabezazos al aire—. ¡Bang! ¡Humano metomentodo, humano muerto! —Se rio con Brent y el Lombrices—. Pero tú no, Oliver. No es de extrañar. No pudiste hacerlo, ¿verdad?

—Eh... —Oliver no tenía la menor idea de qué decir. Echó un vistazo desesperado alrededor del aula, como si hubiese algún otro sitio adonde ir. Toda la clase se había girado para escuchar la conversación. Seth se encogía en su silla todo lo que podía.

Y Theo seguía empeorándolo:

—¿Sabes lo que pienso? —dijo—. Creo que te gusta esa humana.

Resonaron burlas por toda la estancia.

—No, no es cierto —musitó Oliver inútilmente.

—Lo que tú digas —prosiguió Theo—. Si esta chica tiene fotos de vampiros, entonces creo que alguien tiene que morderla.

—Habría que encontrarla —añadió Brent.

—Sabe demasiado —concluyó Theo.

—Ajá —asintió el Lombrices, rascándose la cabeza.

Oliver sabía que ninguno de ellos había mordido nunca a un humano. Theo presumía de haber probado la sangre humana, pero Oliver creía que no era más que un cuento. Aun así...

—Oye, Oliver —continuó Theo mientras revolvía el cabello de Oliver—, podemos dejar un mordisco para ti, ya que te gusta tanto...

—¡Cállate! —gritó Oliver, y se abalanzó sobre él. Agarró al sorprendido Theo por la corbata y lo empujó hacia atrás. Ambos se lanzaron por los aires, se golpearon contra la pared del fondo a un metro y medio de altura del suelo y rompieron la pizarra.

—¡No puede ser! —gritó Theo con voz ronca y con el antebrazo de Oliver contra su cuello—. ¿Estás defendiendo a la humana?

Brent y el Lombrices aparecieron en lo alto de la pared en un momento. Agarraron a Oliver y lo lanzaron al otro lado del aula. Oliver perdió su noción de arriba y abajo, intentó sin éxito aferrarse a las fuerzas y se preparó para un aterrizaje forzoso...

Solo que, de repente, algo lo mantuvo en el aire; alguien estaba controlando su cuerpo. Oliver abrió los ojos y se encontró suspendido boca abajo justo sobre el acuario. Entonces su cuerpo se giró y algo lo empujó por la estancia hasta su pupitre. Mientras volaba, oía los entusiasmados murmullos de sus compañeros. También vio que una fuerza invisible arrancaba a Theo de la pared.

—Cálmense, caballeros —siseó una voz ronca y áspera.

Oliver cayó sobre su silla y alzó la vista para ver como Theo era depositado en su asiento con un crujido de huesos.

Su profesor, el señor VanWick, entraba por la puerta con sus faldones arrastrando por el suelo.

—Alumnos —refunfuñó—, basta de juegos.

Chicos y chicas regresaron a sus asientos en un abrir y cerrar de ojos. El señor VanWick se situó al frente de la clase y lanzó su cartera de cuero hacia el atril. Mientras se aproximaba, una copa (cuyo borde parecía no haber sido fregado jamás) salió a su encuentro y él la atrapó en el aire. Dio un trago, miró a la clase y sonrió. Su gusto por lo dramático se debía a que había sido una estrella de los escenarios en el Inframundo, allá por el año 1700. Había actuado incluso en las primeras películas mudas humanas. Aparte de los largos pelos que le crecían en las orejas, su aspecto se mantenía joven e impecable, a pesar de sus cuatrocientos años o más. Tan solo sus ojos, enrojecidos y con profundas y oscuras ojeras, delataban su verdadera edad.

El señor VanWick prosiguió:

—Abran sus libros por la página ciento ochenta y cinco.

Todos abrieron diligentemente sus libros de pergamino mientras el señor VanWick se aclaraba la garganta y comenzaba a perorar con su voz grave y firme.

Oliver se las arregló para abrir el libro, a pesar de que le dolía el cuerpo y su mente funcionaba a toda velocidad. No podía creer lo de aquel artículo. Emalie sabía que eran vampiros... Tenía aquella foto suya. Si la publicaba, su vida escolar y familiar estaría oficialmente acabada: nunca, jamás, dejarían que se olvidase de aquello.

Y era probable que la vida de Emalie también se acabase: un humano que escribía artículos sobre vampiros, por insignificante que fuera la publicación donde se editasen, estaba escribiendo también su propia sentencia de muerte.

Una oportunidad desperdiciada

Oliver se sentó a cenar en silencio aquella mañana, absorto en sus pensamientos. Bajo ningún concepto podía permitir que aquella foto apareciera publicada en el periódico. Y tampoco podía dejar que Theo encontrara a Emalie antes que él; no creía que Theo y sus amigos fueran a matarla, pero si la foto que ella había tomado caía en sus manos, ya sería horrible de por sí. Theo encontraría multitud de maneras de atormentar a Oliver con ella, así que este tenía que llegar a Emalie antes que ellos y, definitivamente, antes de que algún vampiro adulto reparara en aquel artículo y empezara a preguntar a los Nocturne por qué se hablaba de su casa en un periódico escolar humano. Porque entonces, sus padres acabarían enterándose de que Oliver estaba al tanto de las visitas de Emalie.

Podía oír las voces avergonzadas de sus padres sonando en su cabeza: «¿Por qué no nos lo dijiste? ¿O por qué, al menos, no le impediste que se fuera la primera mañana?». Lo cierto era que eso no se le había ocurrido siquiera, y esa explicación resultaría aún más embarazosa.

—¿Qué tal te ha ido en la escuela, cariño?

Oliver alzó la vista como si un rayo de luz solar lo hubiera atrapado y abrió la boca, pero Polemonia se estaba dirigiendo a Tormento. Los tres estaban sentados en el comedor tenuemente iluminado, cuyas paredes estaban decoradas con pesadas cortinas de terciopelo que la luz de magma teñía de naranja. Habían dejado un asiento libre para Sebastian, que aún no había llegado a casa.

—Mmm. —Tormento tenía la boca llena del suflé de chocolate que estaban cenando—. ¡Vaya noche! —añadió a la vez que masticaba. A Oliver le maravillaba la facilidad de Tormento para dar rodeos y esquivar la verdad.

—¿Has hecho algún progreso en clase de física? —le preguntó Polemonia.

Tormento engulló el contenido de su copa:

—La Física es una estupidez.

Polemonia esbozó una tensa sonrisa y fijó la vista en su plato. Oliver conocía aquella mirada: era la mirada de la calma que precedía a la tempestad. Se puso nervioso solo con verla; si sus padres se enteraban del asunto de Emalie, pondrían aquella mirada y otras mucho peores.

—La Física es la clave para aprender a controlar las fuerzas —dijo Polemonia con dulzura y, a continuación, bebió lentamente de su copa.

—Lo que tú digas —respondió Tormento.

—No es lo que yo diga —siseó Polemonia mientras sus ojos adquirían un fulgor

turquesa—. Apenas estás avanzando en tus estudios, Charles, y tienes casi dieciocho años. ¿Quieres ser el único de tu clase que aún no sepa poseer?

La posesión de animales era una destreza vampírica de alto nivel. Permitía a los vampiros unir sus espíritus con determinados animales oscuros y usarlos así para desplazarse, espiar o entrar en lugares pasando inadvertidos.

—La posesión también es una estupidez —le espetó Tormento.

—¿De verdad? —replicó Polemonia. Sus ojos empezaban a centellear.

Algo en el rincón de la estancia captó la atención de Oliver. Había un estante estrecho que recorría toda la pared, adornado con bonsáis de fuego cuyas ramas formaban retorcidas espirales nudosas que crecían hacia abajo, hacia un ornamentado bol de hierro colocado en el suelo y lleno de luz de magma roja en movimiento. Bajo este despliegue, una enorme rata de color marrón se abría paso a través de una grieta en la pared. Sus ojos eran de un color negro poco natural.

—¿Para qué necesito desplazarme dentro de un miserable animal vivo? —insistía Tormento.

La rata se aproximó con sigilo hasta situarse tras la silla de Tormento, y entonces se detuvo sobre sus patas traseras. Empezaron a brotar de ella pequeñas volutas de humo negro que poco a poco fueron creciendo, entrelazándose y ganando en densidad y forma. Y, en cuestión de segundos, allí estaba Sebastian. La rata se derrumbó en el suelo con aspecto exhausto y, a continuación, regresó a las alcantarillas.

—Es una pérdida de tiempo —prosiguió Tormento.

Sebastian permanecía justo detrás de él, alisándose la chaqueta, colocándose los puños e incluso haciéndole guiños a Oliver. Entonces, como un rayo, apretó las dos manos alrededor del cuello de Tormento y los ojos de este se salieron de sus órbitas. La copa se le resbaló entre las manos y se golpeó contra el suelo de piedra.

—Eehh... Yo creo que la posesión resulta bastante práctica, personalmente —susurró Sebastian al oído de Tormento. Soltó a su hijo, se dirigió hacia su asiento y besó a Polemonia antes de sentarse.

—¿Qué tal te ha ido en el trabajo, querido? —preguntó Polemonia recobrando su color de ojos.

—Las noches largas no se acaban nunca —respondió Sebastian, cansado.

Tormento se frotaba el cuello rezongando mientras Oliver miraba fijamente a su plato con la esperanza de que Polemonia se dirigiese de nuevo a su hermano.

—¿Y cómo te ha ido a ti la noche, Oliver? —preguntó.

—Pues... bien —contestó con el tono más monótono posible.

—Recuerda que tienes reconocimiento el viernes —le dijo Sebastian mientras se servía suflé.

—Sí, ya —asintió Oliver.

—No entiendo por qué el cordero tiene que hacerse esas revisiones médicas anuales —masculló Tormento.

Oliver no levantó la cabeza, aunque sí escuchó atentamente. No había querido

iniciar ninguna conversación, dada la cantidad de secretos que estaba manejando en ese momento, por no hablar de los extraños comentarios de Seth acerca de las visitas al médico. Por suerte, Tormento ya lo había hecho por él.

—Bueno, Charles —comenzó Polemonia—, hay nuevos estudios sobre las necesidades de los niños que están creciendo...

—Lo que necesita él son agallas —dijo Tormento entre dientes.

—Cuidado —le advirtió Polemonia.

Oliver se atrevió a alzar la vista y se topó con que Sebastian lo estaba observando: de nuevo aquella extraña mirada, como si Oliver tuviese algo que hubiera que estudiar. Pero entonces su padre sonrió y apartó la vista.

—Médicos, nutrición —se burló Tormento—. ¿Por qué no podemos vivir como los vampiros del Viejo Mundo? Si viviéramos en Morosia, a estas alturas yo ya estaría asaltando ciudades humanas.

—Ya basta —lo interrumpió Sebastian con dureza. Sus ojos, marrones como los de Oliver, se encendieron con ferocidad, se volvieron ámbar y luego casi rojos—. Aquí no se volverá a hablar del Viejo Mundo. Podrás resarcirte con tus primos la próxima vez que visitemos a los abuelos, pero hasta entonces, seguirás intentando convertirte en un ser evolucionado y en una parte del futuro, no de la antigüedad. —Aquel era un tema que conseguía enfurecerlo más que cualquier otro. Hasta Tormento se dio cuenta y paró.

Solamente se oía el ruido metálico de los tenedores contra los platos de piedra.

—Hoy he oído en el Consejo Central —dijo por fin Polemonia alegremente— que están pensando en adoptar una nueva política sobre coagulantes.

—Ajá —Sebastian cogió una cucharada de suflé—, el comercio de concentrados sanguíneos ha estado descontrolado durante algún tiempo. Solamente la semana pasada, tres traficantes fueron condenados e incinerados por ello.

Y de ese modo, la conversación cambió de cariz mientras Oliver escuchaba solo en parte; su mente seguía dándole vueltas a lo del médico y a lo de Emalie, y ambas cosas lo tenían preocupado.

A Oliver le resultó fácil levantarse la noche siguiente, sobre todo porque, una vez más, apenas había dormido. Ya estaba despierto mucho antes de que su alarma sonase, revolviéndose sin parar y dándole vueltas a lo ocurrido la tarde anterior. En cuanto dieron las cuatro y el sol de invierno se puso, Oliver se levantó y puso en marcha una nueva mentira.

Tormento seguía profundamente dormido y Polemonia trajinaba en el piso de arriba. Sebastian se había ido temprano a trabajar. Oliver se apresuró a entrar en la cocina.

Una gran pantalla de plasma pendía sobre la encimera de piedra. Polemonia había puesto el parte meteorológico de uno de los canales de televisión por cable. Un

hombre del tiempo ataviado con gabardina hablaba desde el exterior bajo un viento huracanado. Su pelo estaba perfecto. Tras él, la lluvia caía de lado y las palmeras estaban dobladas casi hasta el suelo:

—Toda la costa sur está absolutamente arrasada —decía con seriedad, aunque el esbozo de una sonrisita en el rostro—. Hasta ahora se han atribuido cinco muertes a esta tempestad.

En la parte inferior de la pantalla aparecía su nombre: «Ken Tempest, meteorólogo». La crónica pasó a mostrar una casa que había volado por los aires a causa de los vientos huracanados. Oliver observaba con interés; Ken era el favorito en aquella casa ya que, aunque sus jefes no lo sabían, era un vampiro. Siempre lograba las primicias más emocionantes en las mayores tragedias meteorológicas. Contaba incluso con su propio programa de vídeos, titulado ¡Tormentas fatídicas!, y el hecho de que tuviese un enorme éxito entre los humanos era algo que a los vampiros les resultaba muy gracioso.

—Oliver, es temprano. —La voz de Polemonia rebotaba preocupación—. ¿Has tenido problemas para dormir?

—Qué va —mintió Oliver inclinándose sobre la isla central, pero sin sentarse.

—Ah —Polemonia pareció relajarse—, entonces es por los sueños, ¿eh? —Sonrió—. ¿Ya sabes su nombre?

—¿El de quién?

—El de tu demonio. —Polemonia parecía igual de agitada que las chismosas de su clase—. ¿Sabes de dónde es?

—Yo...

—Bueno, no importa. Seguramente sea muy pronto. —Polemonia asintió—. Estoy segura de que los escenarios y las imágenes todavía son confusos.

—Sí —respondió Oliver intentando parecer decepcionado.

—Todo a su debido tiempo...

—Tengo el grupo de estudio ese antes de clase —le espetó Oliver antes de que ella añadiera nada más—. Te lo conté —evitó mirarla escogiendo un punto en los armarios inferiores y fijando la vista en él.

—¿Qué grupo de estudio?

—El de Matemáticas intermundiales. —Oliver sabía que Polemonia rara vez olvidaba alguna de sus actividades. Aquello, desde luego, era arriesgado.

—¿Y cuándo me lo contaste? —preguntó ella, escéptica.

—Ayer —respondió Oliver rápidamente—. O sea, creí que lo había hecho. Se suponía que... Es que no quiero ir.

—Bueno... Por supuesto que deberías ir —dijo Polemonia con firmeza—. Debes aprovechar todas las oportunidades que tengas para subir tus notas. Eh... —Abrió el frigorífico y cogió una bolsa de sangre—. Vale, creo que puedo improvisar algo rápido para que desayunes.

—Mamá, yo... Se supone que tengo que llegar pronto —Oliver no podía soportar

la idea de sentarse a comer en aquella cocina con una mentira tan pesada sobre sus hombros.

—Muy bien, toma —rebuscó en el armario y sacó su píldora de hierbas—, tómate esto de camino. —Sacó del frigorífico un tarro grande que contenía tarántulas en suspensión. Las arañas estaban ultrafritas, para que conservasen sus fluidos y su veneno, y recubiertas de chocolate. El veneno de tarántula ayudaba a acelerar la cicatrización, lo cual era importante porque el patio de recreo podía ponerse peligroso.

Oliver cogió la araña y salió apresuradamente de la cocina. Como aún había algo de luz en el exterior, anduvo escaleras abajo y salió por una puerta de madera situada junto a la cripta. Se internó en un corto túnel de tierra que conducía hasta una segunda puerta metálica. La puerta se abrió y Oliver entró en la red principal de alcantarillado, que discurría bajo el Camino del Crepúsculo.

Los túneles de alcantarillado habían sido construidos por humanos. Los vampiros del Nuevo Mundo tenían la convicción de que, siempre que fuera posible, no había razón alguna para malgastar esfuerzos construyendo algo, puesto que ya estaban los diligentes humanos para hacerlo por ellos. Los mismos vampiros del ayuntamiento que se ocupaban de que las casas del Camino del Crepúsculo no fueran derribadas se aseguraban también de que en los principales túneles vampíricos solo trabajasen equipos de obreros nocturnos, y que dichos equipos estuviesen formados exclusivamente por no muertos.

Oliver caminaba por el borde de un amplio túnel formado por gruesos bloques de piedra. Un canal de agua poco profundo discurría por el suelo. Los faroles emitían una tenue y dorada luz de magma. En la confluencia de la pared con el suelo había huecos tallados y cada uno de ellos albergaba un candelabro de hierro forjado con trece velas de sebo. La luz que despedían proyectaba en las paredes y el techo las sombras retorcidas y alargadas de los transeúntes. A los vampiros les encantaba esa manera de distorsionar la realidad y convertirla en algo engañoso.

Este túnel era una vía bastante principal por lo que, entre un aplique y el siguiente, los fríos y húmedos muros estaban adornados con pinturas al óleo y tapices, todo perfectamente conservado: retratos de vampiros milenarios y majestuosas representaciones de épicas batallas humanas. Oliver pasó junto a un tapiz bordado de siete metros y medio de longitud que retrataba a un vampiro legendario, Klaus Virhaeten, susurrando conspiraciones al oído del famoso y fácilmente influenciable general Alejandro Magno. Alejandro aparecía sentado en un trono a la sombra de una palmera y observando la espectacular y caótica batalla que se extendía a lo largo del resto del tapiz, una cruenta carnicería de decenas de miles de hombres plasmada de un modo en que ningún artista humano osaría reflejarla. No había «glorias» ni «heroicidades» en esta descripción de la guerra, tan solo caos y terror: el máximo entretenimiento de los humanos. El tapiz en cuestión era casi tan antiguo como el imperio de Alejandro; su hallazgo habría puesto al borde del infarto a

cualquier efímero historiador humano, quien probablemente se lo habría llevado a un museo de gran prestigio. Pero para los longevos vampiros, limitar algo tan valioso a un período de tiempo finito resultaba absurdo.

La alcantarilla todavía no estaba muy concurrida a aquellas horas de la noche. Una anciana vampira que caminaba muy despacio se había detenido en la intersección hacia la que se dirigía Oliver. Por el lado opuesto, un ejecutivo elegantemente ataviado resoplaba y escalaba con nerviosismo hacia el techo para poder esquivarla sin tener que meter sus impolutos zapatos en el agua.

Desde la esquina la mujer miró fijamente la pared de hormigón vacía y susurró: «Anemoi^[1]».

Entonces la pared se volvió borrosa y apareció un mapa flotando ante ella. Era una representación en tres dimensiones del sistema de alcantarillado y de las calles que transcurrían sobre el mismo, trazado con líneas de luces tubulares chispeantes. Las diferentes zonas y el nivel al que se encontraban los túneles aparecían representados en los distintos tonos de la gama del espectro de luz, desde los blancos más níveos hasta los cálidos magentas. El mapa parecía un embudo cuadrado por cuyo centro se escurría el Centro Subterráneo, que se situaba bajo el centro de Seattle. El Subterráneo era el centro de la vida vampírica y se adentraba en las profundidades de la tierra formando una espiral. La mujer agarró las esquinas del mapa, lo hizo girar y este se agitó ante ella como si fuese de tela, chisporroteando y silbando.

Entonces dirigió su dedo hacia la imagen y lo detuvo en un símbolo en skrit que se iluminó al tocarlo. Una voz dulce y susurrante anunció: «Entrada a la estación Pioneer: acceso a las líneas de charion B y C. Uno coma dos kilómetros hasta el Centro Subterráneo. Esta es una entrada accesible». Cuando Oliver pasó junto a la mujer, esta sopló y el mapa parpadeó hasta desaparecer.

Oliver avanzó otra manzana y se detuvo bajo una boca de alcantarilla. Pulsó un botón que había en la pared y la tapa se deslizó hasta abrirse. Oliver salió de allí de un salto y aterrizó en un estrecho callejón situado entre dos tranquilas calles residenciales a tan solo una manzana de la escuela. Ya casi había oscurecido por completo y una lluvia monótona caía del cielo gris ceniza. Los colores del callejón empezaban a difuminarse en la oscuridad. Oliver salió a la transitada calle, inundada por la luz de las farolas.

Los humanos más rezagados aún se entretenían delante de la escuela: dos niños jugaban a pasarse un balón de baloncesto y tres chicas esperaban sentadas en las escaleras a que alguien las llevara a casa. Cuando Oliver pasó ante ellas, se hizo el silencio. Rodeó apresuradamente el edificio y se dirigió a la parte trasera. Todavía quedaban algunas aulas iluminadas y los grandes rectángulos de cálida luz dibujaban cuadros en el pavimento mojado. Oliver llegó a la puerta trasera y llamó con suavidad. Tras un breve silencio, se abrió y se asomó Rodrigo, quien, con su característico tono de voz que siempre revelaba cansancio, dijo:

—Llega usted algo temprano, señor.

—Lo siento, Rodrigo —respondió Oliver—, tengo que... Tengo que hacer un poco de trabajo extra... ¿Puedo entrar?

Rodrigo se apartó:

—Tenga cuidado —le advirtió—. Todavía quedan humanos merodeando por ahí.

—Lo capto —contestó Oliver. Se encaminó escaleras abajo manteniéndose pegado a la pared, listo para espectralizarse en caso necesario. Había encontrado rastros del periódico escolar en el aula de arte del sótano y se imaginó que sería allí donde Emalie y los demás alumnos se reunían.

La única luz del pasillo procedía de la puerta de dicha aula, situada al fondo. Oliver se mantuvo pegado a la pared. Mientras se aproximaba a la puerta, una chica alta y flaca salió de uno de los aseos, a apenas medio metro de él. Había recorrido tres pasos cuando se volvió y miró atrás con nerviosismo. Oliver se apoyó en la pared, se desvaneció y se convirtió en tan solo una sombra sobre el colorido mural que pendía a su espalda. La chica miró a través de él y regresó como una flecha al aula de arte.

Oliver se situó junto a la entrada del aula y escaló por la pared. Se descolgó del techo para escudriñar el interior. Las luces de la parte izquierda del aula estaban encendidas y en ella había cuatro estudiantes: dos chicas sentadas ante sus ordenadores, un chico sentado a una mesa de trabajo y, apartada, en un rincón oscuro, Emalie, que sostenía su vieja cámara bajo una brillante lámpara. Tenía la tapa abierta y estaba jugueteando con ella. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas y vestía el mismo chaleco verde lima con una chaqueta militar por debajo.

Oliver se deslizó al interior de la clase y se dirigió, por el techo, al rincón más cercano. Allí se agazapó todo lo que pudo.

Las dos chicas de los ordenadores soltaban risitas; estaban chateando. El chico revisaba unas páginas impresas y las corregía.

—Muy bien, chicos —dijo la voz de una mujer mayor al tiempo que la generosa figura de su profesora aparecía por la puerta—, es hora de irse a casa. Aseguraos de acabar vuestros artículos esta noche.

El chico se puso en pie y salió inmediatamente de allí. Las dos chicas se levantaron y comenzaron a ponerse sus abrigos y sombreros. Emalie seguía examinando su cámara.

—La señorita Davis ha dicho que es hora de irse, Emalie —dijo una de ellas con voz de pocos amigos.

Emalie no respondió.

La chica refunfuñó y miró a su amiga:

—¡Mira que es pesada! —murmuró esta antes de volverse hacia Emalie—. Ten cuidado si te quedas aquí sola, no vayas a encontrarte con un vampiro. —Las chicas salieron del aula riéndose. Oliver pudo oírlas en el pasillo un instante:

—¿Qué le pasa? ¿Se ha quedado otra vez sin casa, o qué?

—Quién sabe. ¿Y de qué va con esa cámara del año de la pera? Es como...

Cómprate una digital... —Sus voces se perdieron.

Emalie murmuró con suavidad en tono de burla:

—«Cómprate una digital». —Y sacudió la cabeza.

Oliver permaneció en el rincón hasta que el sonido y el aroma de las chicas se hubieron desvanecido. Entonces se deslizó unos cuantos metros hacia Emalie, pero se detuvo al toparse con unos copos de nieve recortados que pendían del techo.

Emalie seguía hurgando en su cámara:

—¿Qué te pasa? —masculló.

Oliver observó los copos de nieve pensando que eran un poco simples para exponerlos en público. Si él hubiera tenido que fabricar un copo de nieve de papel, sería mucho más elaborado y detallado. Pero claro, él tenía unas cuantas décadas más de práctica con las tijeras y el papel.

¿*Qué estás haciendo?*, se gritó de repente a sí mismo. ¿Por qué estaba pensando en copos de nieve si necesitaba hablar con Emalie? Miró el reloj de pared: ¡habían pasado cinco minutos! Aun así, Oliver siguió sin moverse. ¿Cómo iba a empezar? ¿Trataría de asustarla o de razonar con ella? ¿Y cómo reaccionaría ella? Tal vez, como estaba intentando demostrar que los vampiros existían, se sentiría emocionada. O tal vez se moriría de miedo y saldría corriendo. ¿Y qué iba a hacer él entonces?

—Vaya, Emalie —la señorita Davis había regresado a cerrar la puerta—, no sabía que aún seguías aquí. De verdad que tienes que irte.

—Lo siento —farfulló Emalie. Metió su cámara en la andrajosa funda de lona y apartó el taburete. Mientras salía, la señorita Davis se quedó mirándola perpleja antes de entrar y apagar las luces.

Oliver se dejó caer al suelo y dio una patada al taburete más cercano: era una oportunidad perfecta y la había desperdiciado. ¡*Tormento tiene razón, eres un corderito!*, se reprochó. Entonces consultó el reloj del aula: ni siquiera eran las cinco y media. Todavía disponía de tiempo antes de que empezaran las clases.

Oliver se dirigió de nuevo al pasillo, salió por la puerta trasera y bordeó la escuela. Allí estaba Emalie, caminando sola por la calle; la siguió a tan solo una farola de distancia. Ella pasó junto al pabellón y giró para atravesar las canchas de béisbol.

Oliver no se podía creer que aquella chica siguiese viva con todas las cosas peligrosas que hacía. ¿Atravesar esas canchas sola en la oscuridad? Probablemente aquello estaba demasiado oscuro como para tratar de presentarse allí; necesitaba un sitio mejor iluminado. Oliver siguió tras ella camuflándose tras un viejo árbol, luego tras los columpios y, por fin, tras la canasta de baloncesto, por si ella se volvía, pero no lo hizo.

Emalie atravesó una hilera de árboles, salió del parque y se detuvo en la siguiente esquina de la calle. Permaneció bajo un haz de luz, rodeada por la niebla, mirando hacia uno y otro lado de la calle, casi como si estuviera decidiendo qué dirección tomar. Entonces empezó a rebuscar en su bolso, mientras Oliver alcanzaba el borde

de las canchas de béisbol. Aquella esquina sería un buen lugar, lo suficientemente bien iluminado como para que ella le diera una oportunidad. Se encaminó acera abajo...

Un autobús urbano se detuvo junto a Emalie; se había sacado un abono del bolsillo. Las puertas se abrieron y ella subió al autobús. Oliver se quedó helado. ¿Y ahora qué? Tal vez debía limitarse a volver por donde había venido, a rendirse sin más. En lugar de eso, cuando el bus arrancó, Oliver echó a correr. Cuando estuvo a unos cinco metros de él, dio un salto y se elevó tanto como pudo. Luchando contra las fuerzas lo mejor que sabía, alcanzó lo alto de las farolas y cayó describiendo un arco hasta aterrizar encima del autobús.

Solo que su salto no fue perfecto e inmediatamente resbaló sobre el tejado. Miró hacia abajo y vio el borroso asfalto acercándose a él a toda velocidad. Se aferró al lateral del vehículo y se las arregló para mantenerse allí. Se pegó a él todo lo que pudo, exhausto, y se apresuró a espectralizarse ya que, justo sobre él, un montón de cabezas escudriñaban tras el cristal preguntándose qué había sido todo aquel jaleo.

El autobús recorrió más de un kilómetro antes de que Emalie se apeara. Oliver se soltó del lateral, se sentó en el banco de la parada a descansar y dejó que ella se adelantase. Le ardían los músculos y le dolía la cabeza a causa de la concentración. Por fin se puso en pie y rastreó el aroma de Emalie calle arriba hasta llegar a una pequeña casita de dos plantas.

Al contrario que en el de sus vecinos, en el césped de Emalie no había figuras navideñas de plástico iluminadas. Tampoco colgaban alegres luces de los árboles ni de los canalones. Oliver se encaminó hacia la casa y observó que la hierba estaba demasiado crecida a ambos lados del jardín. De no ser por la luz que procedía de la ventana, aquel lugar casi parecía una casa de vampiros.

Subió al porche con sigilo y manteniéndose apartado de los rectángulos de luz. En el interior vio una sala de estar repleta de cajas medio vacías. Un diminuto árbol de Navidad artificial con las luces apagadas coronaba una pila de objetos. Había una torcida lámpara de pie junto a una mesa rebosante de platos y papeles y, sentado a ella, un hombre se rascaba la cabeza y revisaba un montón de facturas.

—¡Oye! —gritó de repente, sin obtener respuesta alguna—. ¡Creí que tu «amigo» había dicho que el agua caliente estaba incluida en el precio del alquiler! —Una vez más, nadie le respondió. El hombre bebió de una botella de cerveza que había junto a él y sacudió la cabeza. Bajo los ojos tenía unas oscuras y marcadas bolsas—. ¡Margie —gritó entonces—, deja de ignorarme!

Por el rabillo del ojo, Oliver vio una luz que se encendía. Recorrió el porche con la mirada y descubrió que procedía del sótano; un pequeño rectángulo de luz se reflejaba en la casa vecina. Entonces se apagó y, en su lugar, se hizo un tenue resplandor rojo. Oliver saltó la barandilla y se acuclilló para observar a través de la ventana.

Emalie se encontraba en un pequeño espacio cuadrado fabricado con cajas.

Estaba inclinada sobre un lavabo e iluminada tan solo por aquel brillo rojizo entre las sombras. En la lejanía, Oliver oyó al hombre que gritaba desde el piso de arriba «¡Vamos, Margie!» sin que nadie le contestase. Emalie alzó la mirada al techo, frunció el ceño, sacó unos auriculares del bolsillo de su chaleco y se los puso.

Se volvió a inclinar sobre el lavabo, de donde cogió unas tenacillas y comenzó a agitar una hoja de papel que estaba sumergida en líquido en una bandeja poco profunda. Oliver reparó en un cordón que recorría la pared y del que pendían muchas fotos sujetas con pinzas para tender la ropa. Oliver nunca antes había visto un cuarto oscuro, pero entendió básicamente lo que estaba ocurriendo. Observó a través de la ventana, al mismo tiempo que Emalie, como el papel que ella agitaba comenzaba a oscurecerse y una imagen tomaba forma en él. Se veía una pared y un bulto confuso que parecía de cristal... una lámpara de araña.

Entonces Oliver reconoció el techo de la primera planta de su casa. Emalie estaba revelando la foto que le había hecho a él. Se puso en pie, dispuesto a encontrar el modo de entrar.

De repente, algo afilado presionó suavemente su espalda, justo detrás del corazón:
—No te muevas, demonio —lo amenazó una voz tras él.

La fotografía

Oliver se quedó helado. Podía percibir, por el olor, que el objeto era de madera. Y también podía oír la acelerada respiración de su enemigo y oler que este estaba desesperadamente asustado. Rememoró sus recuerdos olfativos y cayó en la cuenta de quién se trataba.

Con un rapidísimo movimiento, Oliver saltó en el aire, describió una voltereta y se situó justo detrás de la figura. Arremetió contra ella, le agarró el brazo y se lo retorció en la espalda.

—¡Aaah!

El trozo de rama de árbol cayó al suelo. Oliver empujó a su atacante y lo inmovilizó contra los cimientos de la casa.

—¡No! —Dean emitió un grito ahogado mientras miraba a Oliver con los ojos desorbitados—. No pretendía... Yo...

Oliver le enseñó los dientes. En realidad no estaba seguro de qué hacer a continuación, pero definitivamente iba a aterrorizar a Dean.

—¡Por favor, no me mates!

—¡Para! —Oliver alzó la vista y vio a Emalie, que bordeaba corriendo el lateral de la casa empuñando su propia arma de madera. Parecía el mango de un martillo afilado por un extremo—. ¡Apártate de él!

Oliver lo soltó y se puso en pie. Pensó en saltar hasta el tejado y despegar desde allí, pero Emalie le disparó un destello de un *flash* directamente a la cara. Él hizo un gesto de dolor y se protegió los ojos.

Dean permanecía desplomado en el suelo. Tosía débilmente y tiraba del cuello de su jersey de lana.

—¡Dean! —gritó Emalie, aunque sin acercarse a él. Se mantuvo a unos pasos de distancia, con el *flash* y la estaca apuntando a Oliver. Volvió la cabeza para mirar a Dean con ojos airados—. ¿En qué estabas pensando?

Dean flexionó sus largas extremidades y se puso en pie con cuidado, colocándose el jersey y peinándose el corto cabello negro con las manos:

—Yo... Yo solo venía a hacer los deberes. Traía comida china —miró decepcionado hacia la hierba, por la que se había esparcido una bolsa llena de cajas de comida china—, pero entonces lo vi. Yo... Es solo que creí que podría...

—Bueno, pues no puedes —le reprendió Emalie, que volvió la mirada hacia Oliver—. No eres muy bueno, para ser un vampiro.

Oliver trató de pensar una respuesta. Ella sabía lo que él era, cosa que,

probablemente, no debería haberlo sorprendido.

—Eres el de la casa —prosiguió Emalie. Aquello lo cogió más desprevenido aún.

—Sí —fue todo lo que acertó a decir él.

Ella lo miró de un modo extraño y, a continuación, dijo algo que lo desconcertó:

—Ven adentro.

—¡Emalie! —soltó Dean, pero ella le lanzó una dura mirada, dio media vuelta y se dispuso a bordear la casa—. Esto es una locura —rezongaba Dean. Iba a ponerse en movimiento pero se detuvo y se volvió hacia Oliver—. Tú primero.

Oliver se encogió de hombros y bordeó la casa con el sentido del oído alerta, por si Dean intentaba coger de nuevo su arma. Pero, en lugar de eso, Dean recogió la comida china antes de alcanzarlos:

—¡Emalie! ¿Estás segura de esto? —le gritó, sin obtener respuesta—. Está trastornada —refunfuñó en voz baja.

Oliver siguió a Emalie a través de una estrecha puerta que conducía al interior del sótano. Sorteando pilas de cajas, se dirigió al angosto cuarto oscuro, iluminado tan solo por la luz rojiza. Como si Oliver no estuviera allí, regresó junto al lavabo. Dean entró y, observando a Oliver con recelo, dejó la comida china sobre una oxidada lavadora que había junto a la pared.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emalie, encorvada sobre el lavabo.

—Me llamo Oliver.

—¿Oliver? —dijo Dean entre dientes—. No es un nombre demasiado demoníaco. —Oliver se volvió hacia él sin tan siquiera intentar poner una cara amenazante, pero Dean palideció al instante—. Lo siento —se apresuró a disculparse—, es un nombre estupendo.

—No soy un demonio exactamente —comenzó a explicar Oliver—, yo... —Pero entonces se detuvo. ¡No tenía por qué dar explicaciones! Lo único que tenía que hacer era contarle a Emalie lo que había intentado decirle durante toda la tarde—. Mira, Emalie, estás en peligro.

Emalie ni siquiera pareció sorprenderse de que supiera su nombre:

—¿Por qué? —dijo mientras abría el grifo.

—Los vampiros saben lo de tu artículo.

—¿Lo ves? —intervino Dean de un modo acusador—. ¡Te lo dije!

Emalie se quedó anonadada:

—¿Cómo saben...? ¿Cómo sabes tú eso?

—Bueno... —Oliver se lo explicó lo más brevemente que pudo: que asistía al mismo colegio que ellos por las noches, que sus compañeros habían visto su artículo, y cómo habían reaccionado. Omitió el suplicio por el que lo habían hecho pasar por la mera posibilidad de que la conociese—. Si el resto de la ciudad se entera de esto...

—Espera —lo interrumpió Dean—, ¿a qué te refieres con «ciudad»? ¿Cuántos...? ¿Cuántos vampiros hay ahí fuera?

—¿En esta ciudad —preguntó Oliver—, o en este mundo?

—¿Mu...? ¿Mundo? —tartamudeó Dean.

Oliver decidió no abrumarlo con el último censo, que estimaba la población de vampiros en casi un millón:

—Hay unos cinco mil en Seattle.

—¿Cinco mil? —Ahogó un grito—. Eso... Pero tenéis que matar gente... Para comer... Habría cientos de...

—En realidad no —le explicó Oliver—. Los vampiros habitualmente no matan gente. Se alimentan durante un rato y luego le suministran al humano una poción que le borra la memoria. Y existen sales que curan la herida de la mordedura y hacen que cicatrice casi de la noche a la mañana. —Entonces Oliver se lo pensó un instante, y miró a Dean—. Tal vez te hayan mordido alguna vez y ni siquiera lo sepas —añadió.

Dean se frotó el cuello con nerviosismo:

—A... ¿A cuántos humanos has mordido tú? —preguntó.

—Yo... —Oliver se sintió extraño hablando de todo aquello. *¿Y se puede saber por qué?*, se preguntó. En realidad, no estaba seguro, pero ¿había algo malo en ello? —. A ninguno —respondió—. Es que no lo haces hasta que eres mayor. —Miró a Emalie con preocupación, preguntándose si algo de todo aquello estaba llegando demasiado lejos y la haría alucinar, pero ella seguía trabajando sobre el lavabo, casi como si Oliver no fuese más importante que lo que quiera que hubiese en todas aquellas cajas.

—¿Mayor? ¿Cuánto? —proseguía Dean.

—Depende —contestó Oliver.

—Bueno, ¿tú cuántos años tienes?

Oliver se preguntó qué iba a decirle. Aparentaba trece años humanos y se sentía y actuaba como si los tuviera, pero la verdad era que tenía sesenta y tres. Se creía que los vampiros vivían para siempre, pero lo que a los humanos les parecía una vida eterna, en realidad no era más que un envejecimiento muy paulatino. Un vampiro envejecía unas cinco veces más despacio que un humano. Pero ¿no les parecería repulsivo si les contaba que era casi cinco veces mayor que ellos? Aunque una vez más, ¿por qué tenía él que preocuparse de que se asustaran? Aun así, Oliver se decidió por la cifra más fácil:

—Trece —dijo, antes de volver al motivo que lo había llevado hasta allí—. Escucha, si publicas esa foto mía, los vampiros... Bueno, no lo hagas y punto.

—Lo sabía —dijo Dean con frialdad—. ¡Lo sabía! ¡Estamos muertos!

Emalie no respondió. Oliver empezaba a preguntarse qué le ocurría.

—Hablo en serio —dijo Oliver.

—¿Eso es lo que has venido a hacer aquí? —preguntó ella, aún sin volverse.

—¿Yo? ¿El qué?

—¿Matarnos? —Entonces Emalie se incorporó y se retiró del lavabo.

—No... Verás... Yo... Yo solo he venido a decirte que lo dejes —tartamudeó Oliver.

—¿Por qué? —preguntó ella volviéndose finalmente. Lo miró con seriedad; sus ojos eran de una claridad asombrosa. En su rostro no se reflejaba rastro alguno del miedo que Oliver creía haber oído en ella. Y su mirada lo hacía sentirse extraño.

—Eh... —No estaba seguro de cómo responder a aquella pregunta. Si le decía que solamente estaba allí para salvar su propio pellejo quedaría como un egoísta. Un momento: ¿por qué se preocupaba por aquellos humanos? ¡Era ridículo! Pero como no respondía, Emalie comenzó a hablar de nuevo.

—Bueno, no importa —dijo mientras sacaba la foto del lavabo con cara de frustración—. No hay foto, ¿ves?

Oliver examinó la fotografía que Emalie sostenía en su mano: en ella aparecía su techo y, muy nítidamente, la torcida lámpara de araña, pero junto a ella, justo donde debería estar Oliver, tan solo se veía un gran borrón.

—Igual que todas las demás. —Señaló el cordón con fotos que pendía detrás de Oliver—. Cada vez que intento imprimirla, sales totalmente borroso.

Oliver se volvió y miró las fotos: entre una serie de instantáneas de lugares de la ciudad que él sabía que eran frecuentados por vampiros, había cinco copias de la foto en la que él debería aparecer. En todas ellas, la zona exacta en la que tendría que estar no era más que una mancha de un tono gris claro.

—He intentado imprimirlas muy oscuras —explicó Emalie—, sobreexponerlas, cambiar el filtro, modificar las cantidades de productos químicos... Nada funciona. Al negativo le ocurre algo —tiró al lavabo las tenacillas, que salpicaron al caer en el interior—, así que supongo que tendrás lo que quieres.

—Por no mencionar que seguiremos vivos —añadió Dean, tratando de sonar esperanzado.

Oliver observó las fotos:

—Es extraño —dijo con suavidad.

—¿El qué? —preguntó Emalie.

—Los vampiros no utilizan cámaras —respondió, pensando en alto—. Normalmente hacen dibujos o cuadros. Creo que nunca he visto una foto mía. Recuerdo que una vez mi padre me empujó fuera del alcance de una cámara humana.

—¿Por qué? —preguntó Dean.

—No lo sé. —Oliver era demasiado joven para haberse planteado la pregunta.

—Tal vez las cámaras no funcionen con los vampiros, como los espejos —sugirió Emalie.

—Tal vez.

Pero entonces Oliver pensó en lo que acababa de decir: conocía a gente, como el señor VanWick, o Ken Tempest, que salía en películas o en la televisión. Aparecían en la película. A menos que las películas de vídeo fuesen diferentes a las fotográficas... Y lo cierto era que él nunca había buscado fotografías de vampiros, así que no sabía con certeza si funcionaban o no. Pero ¿por qué sus padres le dirían que las cámaras eran peligrosas? ¿O acaso eran peligrosas solamente para él?

—Tal vez —repitió Oliver sin darse cuenta— necesitas algún ingrediente que no tienes.

—¿Como qué? —preguntó Emalie entornando los ojos con interés.

Oliver vaciló. En realidad no se había parado a pensar en lo que decía, pero la mirada de Emalie lo hacía sentirse obligado a continuar:

—No lo sé, podría haber algún producto químico especial... Una solución hechizada, o algo así.

—¿Hechizada? —volvió a preguntar Emalie con más curiosidad aún—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno —contestó Oliver—, me refiero a que los vampiros tienen acceso a la ciencia de los demás mundos. Apostaría a que Desolada Désirée tiene algo.

—Vale, espera —dijo Dean entrecerrando los ojos como si le fuera a estallar la cabeza—: mundos, con «s». ¿Como más de uno?

—Bueno, sí. —Oliver intentó pensar cómo hacer que aquello tuviera sentido para un cerebro humano—. Este —dijo haciendo un gesto con la mano como para abarcar el mundo en el que se encontraban— es un mundo medio; los hay superiores y también inferiores.

—¿Como cuántos? —preguntó Dean.

—Pues muchos. Es decir, hay infinitos mundos y son todos diferentes. Este y los demás mundos medios son los únicos lugares en donde las cosas son tan... sólidas. En la mayor parte de los otros, los demonios no adquieren forma física. O sea, en algunos mundos ni siquiera se puede matar a un vampiro.

—¿Y entonces por qué los vampiros no se van a vivir allí? —preguntó Emalie.

—Pues —prosiguió Oliver— porque no podemos salir de este mundo. Estamos como atrapados aquí.

Emalie, que lo miraba fijamente, sacudió la cabeza:

—¡Caray! Vale. Entonces ¿quién es Desolada Désirée?

—Es una boticaria del centro, del Subterráneo.

—¿El Subterráneo? —preguntó Dean.

—Sí. Es como el centro de la ciudad para los vampiros.

—Deberíamos ir —propuso Emalie.

—¿Qué? No —replicó Oliver inmediatamente—. De ninguna manera... Si alguna vez pillasen a un humano allí... —Por no mencionar las consecuencias que tendría para él mismo que lo descubriesen llevando a humanos al Subterráneo.

—¿Qué tal este fin de semana? —propuso Emalie con seriedad.

Oliver no habría sabido decir si estaba siendo sarcástica o había perdido el juicio.

—¡Emalie! —protestó Dean.

—¡Oh, vamos, primito! —No sonreía exactamente, pero parecía más feliz de lo que Oliver la había visto hasta ese momento.

—Mira, no —dijo con tono firme y sacudiendo la cabeza—. Eso no va a ocurrir. —Y, a pesar de todo, se sorprendió a sí mismo valorando la posibilidad. ¿Cuál era su

problema? Emalie le hacía perder el sentido común.

—Vamos —rogaba ella—, es la única manera de que veas esa foto.

—¿Y por qué va a necesitar alguien ver esa foto? —se quejó Dean.

—No —concluyó Oliver con toda la seriedad que le fue posible. El hecho de que la foto no se pudiera revelar tendría que haber sido la mejor noticia posible, así que ¿por qué querría ayudar a que funcionase? Salvo que... sí que quería.

—Seguro que podríamos... —comenzó Emalie.

De repente se oyó un grito procedente de lo alto de las escaleras:

—¡Margie! ¡Margie! ¡Dijiste que íbamos a comer temprano!

El rostro de Emalie se apagó:

—Ese es mi padre —le dijo a Oliver—. Bueno, entonces olvídalo. —Parecía haber perdido todo su fuelle. Alcanzó la pared, encendió la luz normal y apagó la roja —. Vamos, Dean —añadió con hosquedad mientras pasaba junto a él.

—Ajá. —Dean obedeció, mirando a Oliver con cautela—. ¿Y qué pasa con...?

—Sabe dónde está la puerta —respondió Emalie.

—Pero...

Emalie miró directamente a Dean y luego a Oliver:

—Ha estado bien conocerte por fin, y gracias por advertirme —le dijo con una media sonrisa.

Oliver se puso nervioso de repente mientras pensaba en algo que decir.

—La botica de Désirée —prosiguió Emalie, mirándolo con seriedad—, piénsatelo. Podríamos ir este fin de semana.

—Yo... —dijo Oliver.

—¡Vamos! —gritó el padre de Emalie, y esta desapareció entre las cajas.

Dean recogió la comida con torpeza y dedicó a Oliver una última mirada recelosa antes de suspirar y volverse para irse. Pero Oliver lo alcanzó y le dio una palmada en el hombro.

—¡Ah! —gritó Dean dejando caer la bolsa una vez más.

—Lo siento —se disculpó Oliver con franqueza.

Dean respiró profundamente:

—¿Qué?

—¿Quién es Margie?

Dean lo miró de modo inquisitivo y dirigió la vista hacia el techo:

—Ah, es la madre de Emalie. —Bajó la voz—. Se fue hace unos dos años.

—¿Adónde se fue?

—Nadie lo sabe. —Dean se encogió de hombros. Se volvió para irse, pero se dirigió de nuevo a Oliver—. ¿Entonces no vas a matarnos?

—No.

Dean asintió con la cabeza como si estuviera tratando de creérselo pero, mientras se iba, su rostro seguía denotando intranquilidad. Una vez se hubo marchado, Oliver se acercó de nuevo a las fotos de su casa y al borrón que había en su lugar. ¿Qué

significaba aquello? Algo... Lo que sí estaba claro era que él sentía que significaba algo.

Antes de irse, se aproximó al lavabo: Emalie había dejado una goma para el pelo de color verde junto al grifo. Sin apenas pensarlo, Oliver se la metió en el bolsillo. Entonces se volvió a adentrar en la noche, camino de la escuela.

Ahora... y entonces

Aquella noche de escuela transcurrió sin que Oliver apenas se diese cuenta. Su falta de atención durante las conversaciones que Seth intentó mantener con él provocó la frustración de este. También Theo, Brent y el Lombrices se enfadaron porque Oliver ni siquiera se dio cuenta de que lo azuzaban. Se ganó un sucinto e iracundo sermón del señor VanWick por estar mirando por la ventana sin disimulo alguno durante la clase de Historia. Mientras observaba la hilera de casitas del otro lado de la calle, cuyos interiores adornados con luces de Navidad centelleaban e irradiaban calidez para luego irse apagando uno por uno a medida que avanzaba la noche de escuela, Oliver no podía dejar de pensar en Emalie, en Dean y en la foto.

—Esto es importante, señor Nocturne —le reprendió el señor VanWick con el ceño fruncido y usando las fuerzas para golpear su pupitre con el libro de texto y, así, conseguir un mayor efecto mientras los demás chicos se reían entre dientes—. Como vampiro, es su deber para con la sociedad estar preparado para la próxima vez que, inevitablemente, los humanos comiencen a matarse de nuevo los unos a los otros. Debemos conocer la Historia que ellos siguen empeñados en ignorar, para así poder actuar en consecuencia y disfrutar del caos.

—Lo siento —murmuró Oliver.

—Así que ahora —prosiguió el señor VanWick— vamos a continuar con nuestro estudio del Imperio azteca, un glorioso período sin igual del sacrificio humano.

Normalmente a Oliver le gustaba la Historia, pero tan pronto como el señor VanWick retomó su perorata, él se perdió de nuevo en sus propios pensamientos.

Al final de la noche, Oliver se quedó rezagado mientras los demás niños salían a toda prisa de la escuela. En cuanto se hubo ido todo el mundo, deambuló por los pasillos en la oscuridad. Los demonios de neón comenzaban a difuminarse; la única luz que quedaba era el reflejo naranja de las farolas de la calle, que se colaba a través de las puertas de las aulas.

No estaba seguro de lo que buscaba hasta que se topó, junto a una de las aulas del primer piso, con una foto en la que aparecía Emalie. Allí estaba, en la fila central hacia la derecha, con su clase del séptimo curso, apenas visible y con una sudadera y el pelo sujeto con un pañuelo, mientras que el resto de los alumnos iban de punta en blanco. Dean sobresalía en la última fila.

Volvió a encontrar a Emalie y Dean en una foto del coro, hacia el final del pasillo. En la imagen, Emalie estaba cantando, aunque su sonrisa no era tan radiante como las de las chicas que la rodeaban. Parecía forzada. Oliver se preguntó si la música

entristecería a Emalie del mismo modo que entristecía a los vampiros. La música coral solía resultar bastante funesta bajo su viva y alegre apariencia, y eso la convertía en la favorita de los vampiros.

Oliver volvió a recordar la conversación que habían mantenido en el sótano de Emalie; pensó en su petición de visitar el Subterráneo, y pensó también en cuánto deseaba ver aquella foto. Iba tan distraído que tardó un poco en darse cuenta de que estaba ojeando una foto enmarcada que estaba colgada al otro lado de la puerta. Entonces reparó en que la foto del coro de Emalie y Dean tenía la palabra «Ahora» escrita encima, mientras que sobre aquella otra foto decía «y entonces».

La imagen en blanco y negro mostraba a un coro escolar de hacía mucho tiempo. Los alumnos tenían un aspecto mucho más formal: los chicos con el cabello peinado hacia atrás y las chicas con lazo. Y allí, en la fila central de la foto, había una vampira.

Para un humano habría resultado difícil descubrirla, pero para Oliver era obvio, a pesar de los alegres lazos de su pelo y de su sonrisa. ¿Un vampiro en un coro escolar humano? Oliver recordó algo que había oído en clase de Historia acerca de cómo los vampiros del siglo pasado habían intentado vivir entre los humanos. Se habían autodenominado «conformistas» y se habían desvivido por su causa, llegando incluso a utilizar cremas especiales para soportar la luz del sol, pero al final no funcionó. Los conformistas eran considerados un capítulo bochornoso de la Historia vampírica.

Pero un momento: Oliver estaba viendo a una vampira en una fotografía. Si aquella chica podía aparecer con nitidez en una foto, ¿por qué él no? ¿Habían hecho algo especial los conformistas? ¿O acaso era cierto lo que Oliver estaba empezando a sospechar, o sea, que los vampiros podían aparecer en las fotos y él era el único que no podía?

Oliver escudriñó la foto sin comprender, con la mente perdida en confusos pensamientos. ¿Qué le ocurría para no poder ser fotografiado? Pasado un rato, recuperó la consciencia y se dio cuenta de que su mirada se había desviado de la vampira y ahora observaba el rostro de la joven profesora de música que posaba a un lado de la clase. Parecía feliz, con sus tirabuzones propios de la época y una amplia sonrisa que iluminaba su cara...

De repente se produjo un destello en la mente de Oliver, una visión que parecía más clara y consistente que cualquier sueño: era el rostro de aquella mujer, sonriente, mirándolo desde arriba con ternura. Tras ella se veían unas extrañas lucecitas y unas formaciones, tal vez edificios; resultaba difícil asegurarlo, porque estaba abrumado por sus brillantes ojos humanos.

Oliver agitó la cabeza y la imagen se desvaneció para dar paso a unos puntos blancos que salpicaban su visión, como si hubiese estado mirando hacia una farola durante demasiado tiempo. Bajó la vista y se dio cuenta de que estaba temblando... pero ¿por qué? ¿Quién era aquella mujer? Aquello le había parecido casi un recuerdo.

Tal vez la hubiese visto cuando era pequeño. Resultaba sorprendente cómo el

cerebro era capaz de recordar los más pequeños y extraños detalles de hacía tanto tiempo. Aunque ¿por qué iba su cerebro a recordar aquel rostro de entre los miles de ellos que había visto en su vida? Y además, ¿por qué sentía que lo inundaba aquella ansiedad que le tensaba las entrañas? Quería estudiar aquella fotografía con más atención...

Justo entonces, dos manos lo agarraron por los hombros y lo lanzaron hacia el fondo del pasillo.

—¡Ah! —Oliver salió por los aires, se golpeó contra el suelo de baldosa y se deslizó hasta topar con tres cubos de basura.

—Llevo diez minutos esperándote fuera. —Oliver levantó la vista y vio que Tormento se dirigía hacia él con sus ojos verdes centelleando en un tono lima.

Oh, no, pensó Oliver. Tormento lo había estado esperando para marcharse juntos a casa. Entonces lo agarró por la mochila y lo puso en pie.

—¡Ay! —se quejó Oliver.

—Vamos, corderito —dijo Tormento con desdén mientras lo arrastraba escaleras abajo en dirección a la puerta trasera.

—¡Me haces daño! —protestaba Oliver mientras pensaba, demasiado tarde: *¡No! ¡No digas nada!*

Pero ya lo había hecho, y Tormento se volvió hacia él:

—¿Te hago daño? ¿Así? —Resoplaba y le chispeaban los ojos—. Bueno, ¡a ver si esto te hace daño! —Agarró a Oliver por un hombro y lo lanzó por los aires. Oliver se estrelló contra la puerta, que se abrió, y cayó sobre el patio de la escuela, ya desierto.

Se puso en pie lentamente, cogió su mochila y se frotó su magullada cabeza. Pero Tormento ya lo estaba agarrando de nuevo:

—Oh, venga, date prisa —refunfuñó Tormento empujando a Oliver contra la pared del edificio.

—¡Para de una vez! —chilló este antes de recuperar el equilibrio y encaminarse enfadado hacia la calle.

—Uuuh... —lo amenazó Tormento—. Ten cuidado.

Oliver continuó caminando y Tormento lo alcanzó. Oliver lo miró desafiante, pero vio que el destello había desaparecido de los ojos de Tormento, quien, de hecho, le rodeó los hombros con su brazo:

—Tienes que endurecerte, hermano —dijo razonablemente—. Algo te está pasando. Un hermano mayor nota esas cosas.

La ira de Oliver enseguida se enfrió hasta convertirse en heladora preocupación:

—Eh...

—No duermes por las noches —prosiguió Tormento—, mientes para llegar pronto a la escuela...

Salieron del patio de la escuela y se internaron en las silenciosas calles de casas dormidas. Oliver estaba sorprendido por el cambio de actitud de su hermano. ¿Por

qué de repente actuaba como si le importase?

—Eres un vampiro, por el amor de Hades^[2] —prosiguió, todavía apoyado en el hombro de Oliver—. Cuando te he visto allí ahora mismo, parecías a punto de echarte a llorar o algo así.

Oliver se mordió el labio por miedo a decir algo. No confiaba en aquella extrañamente preocupada versión de Tormento, aunque al menos no parecía que supiese lo de Emalie, ni lo del periódico. Intentó pensar en algo que decir para cambiar de tema:

—Yo... Solamente estoy agobiado con los deberes.

Tormento suspiró:

—Los deberes son un asco —admitió—. Este mundo es duro, Oli —añadió en un tono tan fraternal que a Oliver casi le dio la risa por lo extraño que sonaba—. Yo pasé un montón de años difíciles esperando a que mi demonio se presentase por fin —en su voz se apreciaba un tono de amargura—, pero entonces consigues estar preparado. —Volvió a estrechar a Oliver—. ¿Estás seguro de que no ocurre nada más?

—De verdad que no —mintió Oliver. Y le dolía menos la cabeza, pero lo suficiente como para recordarle lo que haría Tormento si se enterase de su relación con los humanos—. Es solo que la escuela es un asco, eso es todo.

Tormento se quedó en silencio por un instante. Oliver lo miró y vio que lo estaba observando de un modo extraño. *Lo sabe*, pensó con los nervios a flor de piel. *No sabe qué es, pero sabe que hay algo*.

Por fin, Tormento se encogió de hombros:

—Un asco total —admitió—. Pero escucha, siempre que quieras hablar de algo, dímelo. Siempre es mejor hablar las cosas antes de que se descontrolen, ¿sabes?

Una vez más, Oliver sintió el peso de aquellas palabras:

—Sí, vale —respondió, con la esperanza de que aquello pusiera fin a la conversación. Y así fue. Pero Oliver no confiaba en que Tormento, por muy hermanos que fuesen, lo dejasen estar. Tendría que ser muy cauteloso.

La cena fue incluso menos agradable que la de la noche anterior. Oliver empezaba a preguntarse cuánto tiempo más podría vivir en aquella mentira. Y por si fuera poco, estaba más confuso que nunca a causa del misterio de la foto.

—¿Y qué tal tus clases de refuerzo de mates de esta mañana? —preguntó Polemonia.

—Bien —respondió Oliver escuetamente antes de engullir su copa de sangre de lobo.

—¿Estás progresando? —preguntó Sebastian.

—Ajá —contestó él, esta vez metiéndose en la boca una enorme cucharada de *crème brûlée*.

—Bien —dijo Sebastian. Oliver alzó la vista y vio que su padre lo observaba con

curiosidad desde el otro lado de la mesa. Este ajó la cabeza y dio un sorbo a su copa —. Oli, no olvides que mañana te recojo para ir a tu cita con el médico. Nos vemos en la escuela.

—Vale.

—Sí —saltó Tormento—, así que no hagas esas cosas raras de mirar fotos de humanos y perder la noción del tiempo, como hoy. —Esbozó una fugaz sonrisa y siguió comiendo.

A Oliver le asaltaron unas ganas terribles de matarlo.

—¿De qué estás hablando, Charles? —preguntó Polemonia.

—De nada —intervino Oliver con rapidez—. Solo estaba mirando fotografías antiguas.

—De vacas —añadió Tormento, con los ojos clavados en su comida, como si estuviese diciendo algo carente por completo de importancia.

—¿Fotografías de humanos? —Polemonia cruzó una mirada de refilón con Sebastian—. ¿Y qué podrían tener de interesante, cariño?

Oliver quería que se le ocurriese algo que responder, pero lo único en que podía pensar era en su foto emborronada y en cómo sus padres le habían dicho que evitase las cámaras. Sabía que tenía que esgrimir alguna excusa, pero en cambio se sorprendió a sí mismo diciendo:

—No lo sé, yo solo... Vi a una vampira en una de aquellas fotos viejas.

—Ah —dijo Sebastian suspirando como si se sintiese aliviado, aunque sin mantener contacto visual con Oliver—. Bueno, sí, durante un tiempo algunos vampiros intentaron mezclarse con los humanos. Se los conocía como «los conformistas», pero ellos...

—Pero yo creía —lo interrumpió Oliver— que a los vampiros no se les podían hacer fotos.

Polemonia y Sebastian intercambiaron otra fugaz mirada.

—Bueno —dijo él cogiendo su servilleta y secándose los labios con suavidad—, entonces era distinto, era...

—¿No decíais que era peligroso? —preguntó Oliver, fingiendo la mayor inocencia que pudo.

—A ver, cordero —se burló Tormento—, ¿cómo va a ser peligrosa una cámara?

Polemonia bebió de su copa. Sebastian miró a Tormento, aunque no enfadado, sino más bien confuso. Ambos parecían mirar en cualquier dirección excepto en la que se encontraba Oliver. Él los observaba, observaba los nerviosos movimientos de sus rostros, y entonces lo supo con total certeza. *Aquí está ocurriendo algo, pensó. Todo esto significa algo.*

—Bueno, Oliver —comenzó Polemonia—, simplemente las fotografías no se hacen. Son indecorosas y un verdadero vampiro preferiría, con mucho, un cuadro o...

Oliver aprovechó la oportunidad para intervenir de nuevo:

—Pero eso no significa lo mismo que «peligrosas».

—Son peligrosas para ti, hijo —se apresuró a decir Sebastian—. O sea, no es nada por lo que debas preocuparte, pero también está lo de los flases. Y sabes lo ansioso que te pones...

—Eres muy sensible a determinados espectros de luz —saltó Polemonia.

—¿Ah, sí? —preguntó Oliver—. Eso es nuevo para mí.

—Sí —respondió Polemonia—. Muchos vampiros lo son, y esa es parte de la razón por la que las cámaras, sencillamente, no se usan en nuestro mundo.

Oliver asintió con la cabeza.

—Ajá.

Se hizo un silencio en la mesa.

Oliver se mantuvo callado durante el resto de la cena. Nunca antes había sentido algo así, la sospecha de que sus padres le estaban ocultando cosas; de que incluso podrían estar mintiéndole. ¿Sensible a los flases? Su foto había sido tomada con *flash* y él estaba bien. Mientras pensaba en lo que sus padres le habían dicho, Oliver se dio cuenta de que su inquietante pensamiento de siempre, *hay algo en mí que no encaja*, ahora tenía un final distinto: *y tal vez mis padres sepan lo que es*.

Aquel día Oliver durmió peor que nunca. De hecho, no estaba seguro de haber dormido siquiera un poco. Lo único que le levantaba el ánimo era la esperanza de oír pasos en el piso de arriba... de que tal vez Emalie y Dean apareciesen de nuevo, pero no lo hicieron.

El doctor y la luz de la luna

La noche siguiente, Oliver esperó fuera después de la escuela. Permaneció sentado en los escalones de la puerta principal mientras el resto de los alumnos merodeaban por allí. Por fin, cuando los más rezagados se dirigían a sus casas, oyó el aleteo de un cuervo. La sombra de un pájaro aterrizó en una piscina de luz de farola naranja situada en la acera. Remolinos de bruma negra emergieron de ella y, momentos después, el pájaro salió volando. Sebastian apuró el paso: sus botas taconeaban en medio de la quietud y el cuello de su largo abrigo negro se erguía contra la noche, fría y clara.

—Siento llegar tarde —se disculpó mirando el reloj mientras caminaban calle abajo—. Las cosas están especialmente movidas en el trabajo. —No parecía que aquello le hiciese demasiado feliz.

Llegaron a una gran intersección, totalmente en silencio a las tres de la madrugada de no ser por el zumbido de las farolas y el chasquido del semáforo al cambiar de rojo a verde. Sebastian miró el reloj:

—Iremos en taxi —dijo—. He llamado a Miles. Debería llegar enseguida.

Se quedaron en silencio durante un momento. Un hombre encorvado vestido con una chaqueta con capucha pasó empujando, renqueante, un carro de la compra. Oliver arrugó la nariz: era un humano, pero su olor era tan nauseabundo, tan impregnado de muerte, que se le podía haber confundido fácilmente con un zombi. En términos vampíricos, se había echado a perder, era un triste desperdicio. Polemonia tenía una amiga, Chloe, que trabajaba como voluntaria en comedores de la beneficencia intentando rehabilitar a personas que se encontraban en casos similares. Añadía ingredientes especiales a las comidas gratuitas con el fin de eliminar la toxicidad de la sangre contaminada. Sin embargo, era poco frecuente que un humano consiguiera salir de un estado como el de aquel vagabundo. Oliver oyó como el hombre hablaba entre dientes consigo mismo, volviendo sobre la misma trillada espiral de pensamiento una y otra vez. Podía sentir la desesperación, las estancias vacías, y ahora clausuradas, de lo que en su día había sido una mente brillante, y se preguntó cómo los humanos podían dejar que uno de los suyos llegase a ese punto.

—Todo irá bien —dijo Sebastian dándole palmaditas a Oliver en la espalda.

Oliver no respondió.

—El doctor Vincent siempre te ayuda con... —Sebastian hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas— tus cosas.

Oliver sintió el impulso de preguntarle de qué cosas estaba hablando. Después de

todo, papá creía que ya soñaba con su demonio, ¿no? Se suponía que aquello era algo bueno. Así que debía de referirse a que Oliver se hubiera quedado absorto contemplando imágenes de humanos. Aquello no parecía tan grave como para ser una «cosa», a menos que papá supiera más de lo que admitía acerca de lo que le estaba ocurriendo últimamente. Oliver empezaba a preguntarse si papá se había creído siquiera su mentira sobre los sueños con su demonio.

Pero estaba deseando llegar a su cita con el médico. Aquellas visitas lo habían ayudado con su ansiedad y sus problemas de sueño en el pasado. *Solo que aquellas otras veces no sabías que eres el único niño que tiene que ir al médico todos los años.* Oliver se prometió a sí mismo que intentaría prestar más atención a lo que el doctor Vincent dijera esta vez, para ver si así averiguaba de qué iban aquellas consultas en realidad.

—Esta época del año siempre es dura para ti —seguía Sebastian—. Tú solamente recuerda, Oli, que eres un chico especial. —Echó un vistazo al vagabundo que pasaba—. Un chico especial que pertenece a una raza especial. Los vampiros somos afortunados en comparación con los humanos. Llegamos a experimentar y a percibir cosas a las que ellos nunca podrán aspirar. Sus vidas son tan cortas... Se lo toman todo con la desesperada pasión que provoca el miedo desesperado. Su mundo puede parecer vital e interesante, pero eso se debe únicamente a lo ignorantes que son.

—Vale —respondió Oliver. No comprendía adónde quería llegar su padre, si bien sus palabras lo pusieron a la defensiva en cuanto a Emalie y Dean. Los vampiros siempre hablaban sobre los humanos como si estos fuesen seres inferiores, pero Oliver no se había sentido así con Emalie, aunque tal vez un poco con Dean. Y aquello casi sonaba como si Sebastian estuviera intentando manipular a Oliver para que dejara de interesarse por los humanos. *Porque lo sabe*, pensó con preocupación. O, si no lo sabía, al menos lo sospechaba.

Un taxi se detuvo junto a ellos haciendo chirriar sus frenos. Sebastian se inclinó, se asomó al interior por la ventanilla y sonrió:

—Hola, Miles —saludó mientras abría la puerta. Oliver entró y se sentó junto a su padre en el asiento trasero.

—Buenas noches, Nocturnes —dijo Miles Frisht con fingida actitud ceremoniosa—. ¿Adónde los puede llevar Miles en esta preciosa noche? —preguntó mirándolos con el único ojo que le quedaba. Era un vampiro desgarrado, con un andrajoso sombrero de vaquero en la cabeza.

—A la consulta del doctor Vincent, en la Gasificadora —dijo Sebastian.

—Oído —asintió Miles, y arrancó a toda velocidad mientras encendía la radio.

En contraposición al harapiento aspecto de Miles y al caótico modo en que conducía por la ciudad, en su taxi sonaba la música profundamente melancólica de un cuarteto de cuerda. Oliver miró hacia delante y comprobó que lo que estaban escuchando era la KBYT, una emisora pirata de vampiros que sonaba desde la medianoche hasta el amanecer. Excepto Tormento y los de su edad, que preferían el

moderno *meta-dub* emitido por la polémica emisora humana KEXP, los vampiros escuchaban sobre todo música clásica profundamente compleja. Oliver reconoció lo que estaba sonando en ese momento: las conocidas e inquietantes notas de uno de los últimos movimientos de *Melancolía*, la obra maestra de la música vampírica. Sus primeros movimientos contaban con siglos de antigüedad, y todavía se le seguían añadiendo más. Casi nunca se interpretaba la obra completa y, cuando se hacía, era un fantástico acontecimiento, ya que se requerían alrededor de dos meses para poder tocar todos los movimientos. Al oírla, Oliver se sintió relajado, aunque solo un poco.

Algunos frenéticos giros después, llegaron a la Gasificadora.

—Gracias, Miles —dijo Sebastian entregándole tres monedas de plata cuadradas con agujeros en el centro llamadas «minas». Era una divisa que los vampiros utilizaban desde la antigua Grecia en situaciones en las que otras formas de pago, como un animal joven y fresco, no resultaban prácticas.

Se internaron en un extenso parque que bordeaba un gran lago, al norte del centro de la ciudad. En medio del parque había un laberinto de torres de metal de color negro: una vieja refinería de gas que llevaba mucho tiempo cerrada. Estaba rodeada por una alambrada que mantenía aquel contaminado lugar a salvo de los humanos. La oscura silueta de los descomunales cilindros contrastaba con los intermitentes edificios de la ciudad y con el brillo de la Aguja Espacial^[3], situada en el otro extremo del lago.

Una ráfaga de viento cortante salpicó a Oliver y Sebastian con gotas de agua del lago. Saltaron la alambrada con agilidad y Oliver siguió a su padre mientras se internaban en el caos de torres de metal negro unidas por elevadas pasarelas. Un lecho de gravilla y virutas de metal oxidado crujía bajo sus zapatos.

Sebastian se detuvo ante una torre negra que no se diferenciaba de las demás salvo por el hecho de que, tres pisos más arriba, próximo a la cima de la torre, había un brillante símbolo plateado en skrit: un ojo al revés enmarcado por un cuadrado. Sebastian llamó a la puerta de metal; se oyó un ruido sordo que sonó a hueco. Por un instante no se produjo respuesta alguna, pero pronto se oyó el chirriante eco de los cerrojos al girar. Una puerta curva rectangular se abrió hacia dentro y dejó paso a una cálida luz. Oliver siguió a Sebastian al interior.

Una vez dentro, Oliver se encontró en una sala de espera con una bonita decoración que contrastaba radicalmente con el decrepito exterior. Era pequeña, estaba iluminada con luces tenues y una hilera de sillas la rodeaba. Tres de las sillas estaban ocupadas por dos mujeres mayores y un hombre extremadamente anciano cuya piel había sido hacía mucho devorada por el tiempo. Sus dientes aún lucían un color blanco brillante e iba ataviado con un traje de *tweed* y una pajarita. Pocas veces había visto Oliver un hombre tan viejo; calculó que tendría más de seiscientos años.

Sebastian se dirigió al mostrador de recepción, tras el cual había una mujer asombrosamente joven que trabajaba ante un ordenador.

—Tenemos cita con el doctor Vincent. Nocturne —dijo.

Oliver se sentó y observó cómo su padre abría su maletín, extraía una carpeta oficial de aspecto corriente y se la entregaba a la recepcionista. Oliver reconoció su historial médico. Bajó la mirada hacia el montón de revistas que descansaba sobre la mesa que había a su lado: *Apartamentos y Sepulcros en Seattle, Sed de Sangre, Semana...*

—El infierno se precipita hacia ti, hijo —siseó una fina voz junto a él. Oliver se volvió y vio al anciano inclinándose hacia él, con su correoso rostro a escasos centímetros del suyo. El blanco de sus ojos se había convertido en negro tiempo atrás; el brillo de sus pupilas se había desvanecido y ahora eran de un luminoso gris que denotaba una ceguera casi total. Su arrugada nariz olisqueaba con avidez el aire que los separaba. Oliver podía sentir el tiempo en aquel hombre.

—Hola —dijo, tratando de ser educado.

—Espero que te visites pronto —siseó el anciano agitándose por el esfuerzo que le suponía hablar.

Oliver asintió respetuosamente, sin saber de qué hablaba aquel viejo.

—El viento quiere convertirme en polvo y llevarse me —prosiguió el hombre—, pero yo le digo: «¡No, Illisius está a punto de llegar y no tengo la intención de pudrirme y convertirme en polvo hasta que por fin seamos liberados de esta prisión!». Eso es lo que le digo a ese condenado viento. —Sus dientes chasqueaban con ansiedad.

—Eso es genial —dijo Oliver volviéndose de nuevo hacia las revistas...

Pero el hombre agarró a Oliver por el cuello de la camisa con sus huesudas manos y lo hizo girar hacia sí:

—No te tomes tu destino a la ligera, Oliver. Tú eres el único que puede abrir la Puerta. —Acercó más a Oliver, con una fuerza diez veces superior de lo que el chico había creído posible. Su rostro sin piel forzó una mueca—. Tú eres aquel que viajará a N...

Una mano apartó con firmeza al viejo:

—Disculpe, señor —dijo Sebastian con severidad—, tengo que llevarme a mi hijo para su reconocimiento. Vamos, Oliver. —Papá sonreía, pero tiró rápidamente de Oliver y lo levantó de la silla.

El hombre frunció el ceño por la interrupción, pero a continuación esbozó una amplia sonrisa:

—Sí, sí —susurró—. ¡Al médico con la nave! ¡Tenga cuidado con mi mercancía! ¡No pienso convertirme en polvo antes de la ascensión!

Sebastian arrastró apresuradamente a Oliver por la habitación.

—No le hagas caso —dijo, antes de que Oliver pudiese siquiera formular una pregunta acerca de lo que el anciano estaba diciendo.

La sonriente recepcionista abrió una oscura puerta de madera y los condujo por un corto pasillo hasta un ascensor. Las puertas de latón se abrieron y dejaron al descubierto un ascensor cilíndrico de color cobrizo.

—El doctor los recibirá en la sala de reconocimiento número tres —dijo la recepcionista con su sonrisa imperturbable.

Las puertas de latón se cerraron. La sala tres estaba en la última planta. El ascensor empezó a subir.

—Los viejos son así —comenzó a decir Sebastian—. Está llegando a su fin. Podría durar otro siglo, o tal vez solo décadas. Es una época confusa para ellos. ¿Qué te estaba diciendo?

Oliver se encogió de hombros:

—En realidad no entendía nada de lo que decía. —Volvió a mentir con gran facilidad. Oliver suponía que el viejo había perdido la chaveta pero, aun así, ¿de qué iba todo aquello? Parecía que sabía algo sobre él.

El ascensor se detuvo, se abrieron las puertas y apareció ante ellos una gran habitación circular. Unos focos con pie metálico arrojaban luz blanca sobre el centro de la estancia. El efecto hacía que las oscuras paredes de hierro resultasen casi invisibles. En el centro había un aparato colocado en posición vertical y abierto como una concha: cada uno de sus lados, de malla metálica plateada, tenía la forma de un cuerpo. Oliver se puso tenso al verlo; aunque había estado otras veces en el aparato de resonancia de fuerzas, su visión siempre lo intranquilizaba.

—¡Ah, Oli, bienvenido! —Una voz familiar resonó en la oscuridad y el doctor Vincent surgió de las sombras tras los focos. Era un médico joven, de unos doscientos cincuenta años, con la espalda ancha, el rostro anguloso y el pelo rubio y lacio. Oliver había oído decir a sus padres en más de una ocasión que eran afortunados de poder contar con un médico tan joven y brillante. El doctor Vincent había trabajado durante años como investigador en la colonia psiquiátrica de la baja Morosia, una institución enormemente respetada, si bien controvertida por sus métodos.

El doctor Vincent se abotonó su bata blanca y alargó la mano mientras Sebastian y Oliver alcanzaban el centro de la sala, con sus ruidosas pisadas resonando sobre el suelo metálico. Oliver extendió la mano y el doctor se la estrechó enérgicamente.

—Hola —dijo Oliver.

—Encantado de verlo, caballero —le respondió el doctor Vincent sonriente, antes de volverse hacia Sebastian—. Seb, me alegro de verte a ti también —dijo con afecto.

Sebastian le entregó la carpeta de papel manila:

—¿La revisión habitual, doctor?

—El reconocimiento de todos los años, como siempre —contestó el doctor Vincent alegremente—. ¿Y bien? ¿Estás listo, Oliver?

Oliver avanzó hacia el ARF abierto y forma de cuerpo y volvió la espalda a una de las mitades. Al apoyarla sobre el gélido metal, un escalofrío lo recorrió y lo invadió una oleada de preocupación, pero se recordó a sí mismo lo esperanzado que se sentía. *Tal vez esto sea lo único que necesitas*, pensó, preguntándose si aquello sería posible.

—Vamos allá —dijo el doctor Vincent. Sujetó con correas los brazos de Oliver a ambos lados de su cuerpo y, a continuación, los tobillos. Entonces retrocedió y cerró

la parte frontal de la concha. En cuanto el pestillo chasqueó, se produjo un sonido como de tela agitándose y toda la concha de malla se contrajo para adaptarse a la forma exacta de Oliver. Los fríos hilos plateados le presionaban el rostro; era imposible realizar movimiento alguno, excepto por los ojos, y la malla desdibujaba su visión. Oliver vio de un modo difuso como Sebastian daba un paso atrás. Curiosamente, no parecía que le gustase ver aquello.

El doctor Vincent se volvió hacia una consola situada junto al aparato de resonancia cuya superficie de latón estaba repleta de botones e indicadores. Tiró de una palanca y un profundo zumbido inundó los sentidos de Oliver, que sintió que empezaba a elevarse. El aparato se movía hacia arriba a una velocidad constante, y se detuvo cuando los pies de Oliver estuvieron a la altura de los hombros del doctor.

—Muy bien, Oliver —dijo el doctor Vincent marcando una posición en la consola—, será un reconocimiento estándar. Sentirás una cierta conducción eléctrica mientras el aparato identifica la lectura de tus fuerzas. A medida que empiecen a aparecer en el espectro que te rodea, quizá te sientas un poco aturdido.

Oliver estaba seguro de ello; con aquel proceso siempre se quedaba dormido.

La máquina empezó a vibrar. Oliver pudo sentir como la corriente eléctrica recorría su cuerpo cargando las partículas y calentando las fuerzas. El doctor pulsó más botones y comenzaron a saltar suaves chispas a lo largo de la malla que cubría a Oliver. Había azules, verdes, naranjas y otros colores del espectro. La luz empezó a surgir del aparato describiendo arcos, como erupciones solares que formaban espirales a su alrededor.

Oliver podía sentir el calor y la ligera vibración de su cuerpo. El resplandor de los colores se acrecentó. Entonces el doctor Vincent retrocedió y comenzó a evaluar el espectáculo de espirales de colores. Una pantalla de ordenador se iluminó tras él, en la sombra, y comenzó a registrar datos.

Oliver tenía una idea general acerca de lo que estaba ocurriendo: los vampiros funcionaban con fuerzas; algunas de ellas eran fuerzas vitales, proporcionadas por la sangre, pero muchas otras eran fuerzas cruzadas, procedentes de otros mundos. Aquello que los humanos denominaban poderes místicos, o hechizos, en realidad no eran más que la apariencia resumida en este mundo de fuerzas de otros lugares. Como los vampiros eran no muertos, estaban lo suficientemente desconectados de la realidad que los rodeaba como para poder sentir esas fuerzas. Oliver solamente comprendía aquellas ideas básicas. Los vampiros científicos y eruditos se habían pasado siglos enteros tratando de descifrar la física de los mundos paralelos.

La jaula de malla era un receptor especial de fuerzas y mostraba su presencia e intensidad mediante diferentes tonos en el espectro de color. Todos los vampiros tenían un patrón de fuerzas único e irrepetible. Ahora el doctor Vincent estaba leyendo el de Oliver.

Y en efecto, la exhibición de colores, el zumbido y el calor de la electricidad estaban aletargando a Oliver. Empezaron a pesarle los párpados mientras el zumbido

y la luz lo rodeaban y lo envolvían en una sensación de paz. Por fin, sus ojos se cerraron y Oliver cayó en un profundo sueño.

Pero su sueño no duró el tiempo acostumbrado.

Oliver solía despertarse cuando la máquina se había apagado, pero esta vez volvió en sí antes, abrumado por el familiar sentimiento de ansiedad que siempre le arrebatava el sueño. Sus ojos se abrieron de golpe.

Se encontró yaciendo totalmente de espaldas. Seguía dentro del ARF, pero este había rotado y ahora Oliver estaba mirando hacia el techo. Y el techo se había abierto. Una brillante y pálida luz blanca lo inundaba todo. Oliver entrecerró los ojos y vio la luna justo sobre él y un círculo de espejos que rodeaba el borde del tejado abierto. Los espejos acumulaban la luz de la luna y la arrojaban a través del hueco del tejado... directamente sobre él.

Oliver forzó la vista para mirar hacia sus pies y pudo ver que todo su cuerpo estaba rodeado por un resplandor blanco níveo. No, de hecho era su cuerpo el que brillaba, como si estuviese absorbiendo los rayos lunares. Justo entonces, un zumbido en el que no había reparado aumentó hasta alcanzar un tono más alto. Los espejos refulgían; la intensidad de la luz se acrecentó, y también lo hizo el resplandor de Oliver. Sintió que un frío cosquilleo recorría todo su cuerpo.

¿Qué estaba ocurriendo? No recordaba que esto hubiese ocurrido nunca antes durante un reconocimiento. Pero lo cierto era que, claro, el ARF lo había noqueado. ¿Acaso esto ocurría siempre y, simplemente, él no lo sabía? Entonces Oliver oyó una voz junto a él.

—Casi hemos acabado —dijo el doctor Vincent con suavidad—. Le estoy administrando una dosis más larga de lo habitual; al aumentar la fuerza de los vasos, debería moderarse su ansiedad.

Oliver atisbó por el rabillo del ojo. El doctor Vincent y Sebastian estaban de pie en las sombras, junto al ordenador. El doctor escribía en la carpeta de papel manila.

—Entonces dices que ha sufrido algo de insomnio, y crees que algún tipo de síndrome de simpatía por los humanos.

—Yo... No puedo asegurarlo —murmuró Sebastian con tono preocupado—, o sea, él no va a admitir que le ocurre algo, pero... Escucha, tú no crees que le hicimos, que le hemos hecho, algo malo, ¿verdad?

—No —respondió el doctor Vincent con la firmeza de un profesional—. Todo se ha hecho de acuerdo con los oráculos y según las más fiables teorías científicas. A menos que se nos escape alguna cuestión debido a su origen.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Sebastian en un susurro.

—No creo que sea el caso —le aseguró el doctor Vincent.

Pero Sebastian continuó:

—Es decir, lo hicimos todo bien, ¿no es cierto? Y además, es imposible que sea

capaz de recordar nada de aquello; no era más que un bebé.

—Por supuesto. —El doctor hizo una pausa—. Aunque está aquel extraño valor en su reconocimiento inicial. Pero han pasado muchos años desde aquello y nunca se ha vuelto a dar.

El tono de Sebastian se agravó:

—Nos dijiste que iba a estar bien.

—Mira, Seb, está bien. Todo el mundo tiene una constitución diferente. Probablemente al chico le asuste crecer. ¿Y a quién no? La cuestión fundamental es que todos los valores muestran que estos tratamientos están dando resultado. Un poco de ansiedad es un precio mínimo. Además, no debería sorprenderte; en parte, elegiste a Oliver entre todos los demás perfiles por su capacidad emocional, y confío en que estos tratamientos mantengan su ansiedad a raya.

—¿Y qué ocurre si no es así?

Se produjo un pequeño silencio y, a continuación, el doctor dijo:

—Bueno, la posibilidad de que se volviese demente siempre ha estado ahí, pero la demencia tiene ciertas ventajas y también es tratable.

—No si lo destruye —apuntó Sebastian.

—Cierto, pero incluso así... siempre podemos volver a intentarlo.

Sebastian se limitó a suspirar.

Oliver se esforzaba por buscar el sentido de todo lo que estaba oyendo. ¿Qué tratamientos? ¿No eran solo reconocimientos? ¿Por qué iban a provocarle demencia? ¿Y qué le había ocurrido cuando era un bebé?

Entonces notó una nueva oleada de energía lunar y sintió que todo su cuerpo vibraba, de los pies a la cabeza.

—Muy bien, ya está —dijo el doctor Vincent pulsando un interruptor que oscureció los espejos. El resplandor lunar de Oliver se desvaneció y un enorme engranaje comenzó a chirriar; el techo se cerró y la jaula rotó hasta devolverlo a una posición vertical.

Oliver cerró los ojos durante casi todo el camino, aunque se esforzó por ver como el doctor Vincent garabateaba sus últimas notas en la carpeta y se la devolvía a Sebastian, cuyo maletín seguía abierto.

—Diles a tus jefes que no se preocupen —añadió el doctor—. Aunque espero que no les hayas mencionado estos pequeños episodios de ansiedad.

—No, no lo he hecho —masculló Sebastian.

—Creo que es lo mejor. En mi opinión, el Consorcio es demasiado cauteloso. Todo va bien.

—Ajá —respondió Sebastian distraídamente mientras cerraba su maletín con llave.

La jaula recuperó la posición vertical y el doctor Vincent se aproximó a ella sosteniendo una jeringuilla transparente en cuyo interior bullía un fluido plateado. Oliver cerró los ojos completamente, trató de hacerse el dormido y se obligó a sí

mismo a no estremecerse cuando la aguja se clavó en su brazo. Sintió que una oleada de energía se extendía por su cuerpo. Aguardó otro instante para abrir los ojos y se encontró con que Sebastian y el doctor lo observaban con una relajada sonrisa.

El doctor Vincent le soltó las correas y ayudó a Oliver a salir de allí.

—Bienvenido, amigo.

Mientras Oliver estabilizaba sus temblorosas piernas, Sebastian le dio una palmada en la espalda:

—Eres incapaz de pasar por el ARF sin echarte una siesta, ¿eh?

—Supongo que sí —respondió él con una sonrisa.

Pero en su interior no sonreía. Mientras salían de la consulta del doctor Vincent, Oliver observó que su padre lo trataba con normalidad, el doctor lo trataba con normalidad, la recepcionista... Y sin embargo, él no era normal, ¿verdad? Oliver no comprendía la mayor parte de lo que había oído, pero comprendía lo bastante como para saber que lo que quiera que le ocurriese era mucho más gordo que unas cuantas noches en vela. Era algo sobre lo que todos parecían saber algo; todos excepto él.

Al contrario que en años anteriores, Oliver no se sentía mejor tras la consulta. Su cabeza no cesó de dar vueltas en todo el resto de la noche y en todo el día que se pasó sin dormir. ¿Quién estaba metido en aquello, fuese lo que fuese? Sus padres, el doctor Vincent y, al parecer, también el Consorcio de la Penumbra. ¿Y el señor VanWick? ¿Y los demás niños de la escuela? ¿Lo sabían sus padres? ¿Y Tormento?

¿Y cómo podía averiguar Oliver lo que ellos sabían? Si lo preguntaba, nadie se lo contaría, ¿verdad? Además, así lo único que conseguiría era que se enterasen de que Oliver sabía que algo estaba ocurriendo. Aquello no parecía una buena idea.

¿Acaso Emalie y Dean eran realmente su única opción? Pero ¿cómo iban ellos a ayudarlo a averiguar lo que ocurría? Bueno, tal vez hubiese un modo, pero no iba a resultar fácil.

En el Subterráneo

Aquel sábado un largo chaparrón dio paso a una noche de densa niebla, que ocultaba unas de otras las colinas de la ciudad y había devorado media Aguja Espacial. Los huecos vacíos entre las casas se convirtieron en desiertos de lo desconocido, y los conos de luz difusa bajo las farolas en islas de salvación. En las galerías comerciales del centro de la ciudad, las luces de Navidad que cubrían la entrada de cada una de las tiendas constituían un universo de júbilo que se antojaba un refugio en la cruda noche. Allí se congregaban los parranderos para montar en el tiovivo, hacerse divertidas fotos de familia o acudir a un concierto coral, aquella clase de música lúgubre que pocos humanos escuchaban a menos, claro, que fuese Navidad.

El coro All-State actuaba bajo un inmenso árbol de Navidad casi tan brillante y alegre como la moderna cafetería junto a la que estaba instalado. Una multitud se agolpaba, resistente a la niebla, para escuchar cantar a las jóvenes y puras voces. Entonaban los últimos compases del *Mesías* de Handel, unos acordes conmovedores y lo suficientemente tristes como para llegar a los corazones de las gárgolas de piedra que observaban desde lo alto de sus pedestales, dos plantas más arriba. Allí estaba Oliver, acuclillado en una estrecha cornisa entre dos de las criaturas aladas.

El director agitó los brazos y el coro enmudeció, aunque su última nota resonó en las alturas hasta que la niebla se la hubo tragado. Se produjo un instante de silencio sepulcral mientras persistía la profundidad de la canción, y a continuación los humanos estallaron en aplausos. Entonces el coro comenzó a interpretar Dulce Navidad y Oliver observó cómo, mientras la mayor parte de los humanos se unían al tumulto para disfrutar de la alegre melodía, unos cuantos agarraban a sus hijos y se marchaban de allí: familias de vampiros.

Pero dos humanos también se volvieron para irse. Hasta entonces habían permanecido allí junto a un grupo de adultos y otros dos niños desgarbados. Se abrieron paso entre la muchedumbre, mirando a su alrededor con cautela, y atravesaron la plaza en dirección adonde terminaban las alegres luces.

Oliver se deslizó fuera de la cornisa y reptó cabeza abajo por la pared. Cuando llegó a la altura de las farolas se detuvo, soltó las manos y se arrojó al vacío para planear sobre los compradores arremolinados. Se espectralizó lo suficiente para no resultar, con su sudadera gris oscuro y sus pantalones de pana, más visible que una paloma cualquiera que sobrevolase el lugar.

Aterrizó en el tejado del carrusel. No sabía levitar tan bien como para aterrizar sin hacer ruido, pero sí aminoró lo suficiente como para que el ligero golpe sordo de su

caída fuese amortiguado por la desafinada música del tiovivo y las risas de quienes montaban en él.

Oliver volvió a saltar, se internó de nuevo en la niebla y esta vez aterrizó en lo alto de un tejado largo y estrecho. Era una fuente. En verano, el agua discurría a cada uno de los lados de aquel tejado de piedra para ir a caer a unos canales que había en el suelo creando un largo pasillo flanqueado por paredes líquidas. Bajo el tejado había una pasarela metálica para así poder caminar entre las dos cortinas de agua. Ahora la fuente estaba seca; unos chicos se deslizaban con sus monopatines y realizaban saltos en los bancos de piedra que la rodeaban, y dos personas aguardaban en la pasarela metálica.

Oliver se asomó bajo el tejado:

—¿Qué hay?

—¡Ah! —Dean dio un respingo.

Emalie se volvió, también con rostro sobresaltado, y entonces le dio un puñetazo a Dean:

—¡Dean! —dijo, haciendo una mueca exasperada.

Oliver se descolgó sobre la pasarela:

—Hola —dijo, sin estar seguro de lo que diría a continuación—. Recibiste mi nota.

Emalie volvió a poner la misma cara.

—Claro que la recibí.

Oliver había dejado el pedacito de papel bajo el pupitre de Emalie el viernes por la mañana temprano.

—Entonces has traído el negativo.

Emalie asintió y se palpó el bolsillo del chaleco:

—Lo tengo aquí.

Oliver la miró. Dean miró a Oliver y luego a Emalie:

—Emalie —dijo.

Emalie se quedó quieta, con las manos en los bolsillos.

Oliver alargó la mano:

—¿Me lo das?

Emalie no se movió. Dean comenzó a inquietarse:

—Emalie, vamos. —Consultó su reloj—. Les dije a mis padres una hora y media.

Emalie solamente miraba a Oliver:

—Vamos contigo —dijo.

—¿Qué? —Dean se echó las manos a la cabeza—. ¡Vaya, genial! ¡Sabía que ocurriría esto!

—No —respondió Oliver en plena perorata de Dean.

—Ajá —asintió Emalie.

—¡No! —repitió Oliver, nervioso.

—O vamos, o no te doy la foto.

Dean, frustrado, dio unos cuantos pasos con sus grandes pies chirriando sobre la rejilla y se volvió:

—¡Emalie, dásela y ya está!

Oliver miró fijamente a Emalie. Ella le devolvió la mirada. Entonces, arqueando las cejas, él dijo:

—De acuerdo. —Dio media vuelta y se alejó de ellos por la pasarela—, vale.

—No puedo creer que el vampiro sea el único con la cabeza en su sitio —rezongaba Dean mientras veía como Oliver se marchaba. Emalie no respondió.

Oliver siguió caminando, escuchando a Dean y deseando, por un instante, que hubiese un precipicio cerca para poder empujar a Dean por él, o algo. Porque aunque fingía que se marchaba, no era cierto. Faltaba un segundo para que Emalie cediese.

Oliver alcanzó el final de la pasarela y Emalie aún no había abierto la boca. Pues muy bien. Tenía el presentimiento de que aquello ocurriría. Sacudiendo la cabeza, saltó de la pasarela y se encaramó de nuevo al tejado de la fuente. Reapareció un instante después, caminando hacia Emalie y Dean y transportando un gran bulto de tela.

—¿Qué es eso? —preguntó Dean.

—Ponéelos —dijo Oliver tendiéndoles el fardo.

Emalie contuvo la sonrisa; alargó la mano y cogió dos abrigos con capucha:

—Toma —dijo pasándole uno a Dean.

—Tiene que ser una broma —se quejó él.

—Tú cógelo —ordenó Emalie.

Dean obedeció, pero su rostro se contrajo:

—¡Huele como...! ¡Horrible!

—Esa es la intención —le explicó Oliver—. Debemos ocultar vuestro aroma.

Emalie se puso el abrigo con capucha, largo y de color verde. Le venía muy grande, le sobraba en las mangas y le llegaba más abajo de las rodillas. Al ponerse la capucha, parecía que iba a vomitar.

—Ya... —dijo Dean mientras cogía el otro abrigo, de color morado, con los brazos rígidos—. Pero esto me parece algo extremo.

—¿Crees que esto es extremo? —dijo Oliver con un punto lúgubre en su voz—. Si alguien huele a un humano vivo en el Subterráneo...

—Ya lo pillamos —lo interrumpió Emalie—. Vamos, Dean.

Dean hizo un gesto de desesperación y se puso el abrigo con reticencia. Acababa de meter el brazo por la segunda manga cuando se quedó paralizado:

—Espera: lo que acabas de decir... ¿Eso significa que estas chaquetas no pertenecen a... humanos?

Oliver no pudo evitar dejar escapar una pequeña risita:

—Pertenecen a humanos, solo que no a humanos vivos —y se encaminó de nuevo pasarela abajo.

—Ah, no... —Dean comenzó a quitarse la chaqueta.

—Relájate, Dean —dijo Emalie sujetándole el brazo.

—Pero es que son... ¿Las has robado de cementerios? Claro que lo has hecho, tú...

—No —respondió Oliver con impaciencia—, no las he robado. Se las compré a dos zombis en el parque Denny.

—Zom... —La boca de Dean parecía desencajada.

—Deberías sentirte agradecido —prosiguió Oliver, que estaba disfrutando un poco del terror que sentía Dean—, no resultó fácil. Los zombis son muy posesivos con sus cosas.

—¿Y entonces cómo los conseguiste? —preguntó Emalie.

—Bueno —dijo Oliver retomando el paso—, hay otras cosas que les gustan más.

—¿Los zombis no comen ce... cerebros? —preguntó Dean por detrás.

Oliver lo ignoró. Al llegar al final de la pasarela de la fuente, se detuvo en las sombras. Esta vez se agachó y levantó una de las pesadas secciones metálicas que chirriaban bajo sus pies. Emalie y Dean lo alcanzaron, bajaron la vista y vieron una boca de alcantarilla.

—Em... —graznó Dean.

—Ahora escuchadme —dijo Oliver—: manteneos detrás de mí y, ocurra lo que ocurra, no os quitéis la capucha y caminad con la cabeza gacha. —Desapareció por el hueco.

Emalie y Dean descendieron con cautela por una escalera metálica. Al llegar al túnel de la alcantarilla, Oliver los ayudó a bajar hasta un saliente. Comenzaron a avanzar junto al agua negra que corría a su lado. En cuestión de minutos, la oscuridad fue total; Oliver sintió la mano de Emalie que se agarraba a su chaqueta por la espalda.

—No veo nada —refunfuñó Dean.

Pasado un minuto, la luz se fue haciendo de nuevo; era una tenue luz verdosa. Una delgada veta de neón apareció en el techo del túnel. Emitía una claridad más que suficiente para los ojos de los vampiros y apenas aceptable para el ojo humano. Emalie siguió aferrada a la chaqueta de Oliver.

Llegaron a una intersección iluminada por apliques de luz de magma. Oliver se volvió hacia la pared y susurró: «Anemoi».

Un mapa se encendió y los bañó a los tres con una luz chispeante.

—¡Vaya! —se le escapó a Emalie mientras Oliver sujetaba las esquinas del embudo y lo hacía girar para buscar la información que deseaba—. ¿Es un mapa? — Oliver asintió con la cabeza—. ¿Y esos qué son? —preguntó señalando los símbolos en skrit garabateados.

—Son símbolos en skrit —respondió Oliver—. Es un lenguaje vampírico.

—Ah... —Emalie tenía los ojos como platos.

—Parece que los hayan escrito con sangre —susurró Dean.

Emalie levantó el brazo y tocó la proyección. Hundió el dedo en la luz y recorrió

con él uno de los caracteres en skrit:

—¿Qué significa este? —preguntó. Era una forma espiral enmarcada dentro de un cuadrado, más gruesa por el centro y más fina en los extremos, como si la hubieran dibujado con pincel. El color tenía un cierto matiz carmesí:



—Ese es el Centro Subterráneo —contestó Oliver—. Las líneas representan este mundo; las esquinas del cuadrado son los límites de la materia. La espiral es el Subterráneo. Significa más cosas, pero yo todavía no he aprendido mucho skrit.

Emalie permaneció con la vista clavada en el símbolo, totalmente fascinada. Dean seguía tras ella, también con la mirada fija, aunque su aspecto se asemejaba más al de una pantalla de ordenador congelada.

—Vamos. —Oliver sopló para hacer desaparecer el mapa, dio media vuelta y continuó caminando.

Ahora recorrían un túnel principal que se inclinaba hacia abajo. Sus grandes muros estaban iluminados por apliques y adornados con antiguas pinturas y extensos tapices. Los candelabros, incrustados en el suelo en huecos con forma de media luna, arrojaban sus inmensas sombras contra las paredes.

—No creí que sería tan... —comenzó a decir Emalie, pero se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Oliver.

—Cálido. Se siente el calor, aquí abajo —prosiguió—. No solo por el aire, es como si la luz y el arte y... —Se detuvo y tiró de la sudadera de Oliver para que este se parase también—. ¡Oh...!

Oliver se volvió y se la encontró observando estupefacta el tapiz que tenían al lado, aunque la fascinación de sus ojos se había vuelto fría.

—¿Dec... decías...? —musitó Dean.

Oliver ojeó de arriba abajo el gran tejido junto al que estaban pasando: representaba una amplia habitación de piedra en la que, cada pocos metros, aparecía un conjunto de figuras encapuchadas que empleaban antiguos métodos de tortura con prisioneros encadenados; utilizaban cubas de agua, cuerdas con pesos, llamas. Oliver no estaba seguro de qué Inquisición se trataba, tal vez la española, pero habían existido tantas durante la Edad Media que todas resultaban un poco repetitivas y confusas. En la imagen concreta del tapiz que había paralizado a Emalie, había dos niños que eran enfrentados a algún tipo de bestia del Inframundo. Ojalá Emalie no hubiese reparado en ella.

—Sus caras —dijo Emalie con suavidad—, nunca he visto nada con un aspecto tan aterrorizado, es... —Se volvió tragando saliva.

—Eso es porque es muy exacto —sugirió Oliver, tratando de ayudar.

—¿Y por qué ibais a querer mostrar algo así con tanta «exactitud»? —masculló

ella.

—Bueno...

—Vámonos de aquí —dijo Emalie precipitadamente mientras lo empujaba. Oliver oyó suspirar a Dean tras ellos e intentó pensar en algo que decir acerca de las imágenes del tapiz, acerca de que quienes estaban haciendo aquellas cosas horribles del tapiz no eran precisamente vampiros, pero se limitó a dejarlo correr.

Caminaron durante cinco minutos en silencio con el único sonido de sus pisadas como fondo. Comenzaron a ver cámaras abandonadas a uno y otro lado del túnel: eran los profundos sótanos olvidados de los edificios, con polvorientas pilas de mesas y sillas desperdigadas por todas partes. Pasaron frente a una tienda plagada de telarañas en cuyo interior aún se apilaban barriles y sacos de provisiones de la época de los pioneros.

—Yo visité un sitio como este una vez —recordó Dean con voz queda—. Solía haber bares, tiendas y ese tipo de cosas bajo las calles.

—Fueron buenos tiempos para los vampiros —dijo Oliver—. Es decir, ya sabéis, porque... —Su voz se fue apagando con la incertidumbre que aún le inspiraba Emalie.

Giraron a la derecha, luego a la izquierda y, finalmente, el túnel se enderezó. Oliver comenzó a oír un barullo que denotaba actividad.

—¿Cuánto falta para...? —comenzó a preguntar Dean.

—¡Chisst! —lo interrumpió Oliver.

Dos vampiros, un hombre y una mujer bien vestidos, se aproximaban cogidos del brazo. La mujer llevaba un minúsculo portamonedas triangular que era, en realidad, una jaula tapada con un trapo negro. Algo correteaba y silbaba dentro. El hombre estaba contando una historia pero se detuvo mientras los dos grupos se cruzaban. Oliver lo saludó con la cabeza con la esperanza de que Dean tuviese el suficiente sentido común como para mantener la suya gacha.

—No es exactamente la mejor compañía —dijo el hombre olisqueando el hedor a zombi.

—Son mis criados —dijo Oliver rápidamente mientras apuraba el paso.

—Puaj —añadió la mujer, y su portamonedas se agitó como dándole la razón.

Cuando se hubieron cruzado, Oliver escuchó con atención para asegurarse de que la pareja seguía caminando. Y así fue. Sintió que Emalie volvía a agarrarlo por la chaqueta.

—¿Criados? —siseó.

—Los vampiros a veces tienen zombis como criados —les dijo Oliver—. Era la explicación más segura.

—Oh, tío —dijo Dean con voz quebrada—, esto ha sido una locura. Deberíamos regresar.

—Demasiado tarde —respondió Oliver.

Habían llegado al final del alcantarillado. Junto a ellos, el agua se internaba en un

oscuro túnel. Ante ellos se erigía una sólida pared con una doble puerta de platino en cuyas juntas habían grabado la misma espiral en skrit encerrada en un cuadrado.

—¿Listos? —preguntó Oliver, volviéndose para mirarlos.

Ninguno respondió, pero Emalie asintió firmemente con la cabeza.

Oliver empujó las puertas y los tres descendieron por una larga escalera enmoquetada. Cuando llegaron abajo, se encontraron ante una bulliciosa marea de gente que circulaba en ambos sentidos por un amplio pasillo curvado hacia la derecha y la izquierda. El techo se elevaba a una gran altura sobre sus cabezas. Vampiros bien vestidos, jóvenes y viejos, apuraban el paso tirando de niños, con las manos llenas de bolsas y sus largos abrigos arrastrando tras ellos.

Oliver se internó directamente entre la apiñada multitud y condujo a Emalie y Dean hasta el otro lado del pasillo, donde se toparon con una cerca de piedra que delimitaba la extensión del Centro Subterráneo.

Se encontraban sobre una pasarela de piedra en forma de anillo y repleta de tiendas que bordeaba un enorme abismo que parecía no tener fondo. Al mirar hacia abajo, pudieron ver que había más plantas anulares bajo aquella.

—¿Cuántos pisos hay? —susurró Emalie.

—Nueve —contestó Oliver.

A primera vista, el Centro parecía un centro comercial humano dispuesto en forma de cilindro, con flamantes tiendas y multitud de compradores; solo que las tiendas estaban iluminadas con antorchas de fuego y con tubos y esferas de luz de magma. Cada cierto número de metros, alrededor de las plantas en forma de anillo, en lugar de escaleras mecánicas o ascensores había tan solo huecos. La muchedumbre de vampiros bien vestidos, sencillamente, se dejaba caer por el borde y a continuación levitaba, hacia arriba o hacia abajo, de una planta a otra. Los niños que todavía no dominaban las fuerzas escalaban por las paredes como insectos.

Un joven vampiro pasó junto a Emalie y, sin perder el paso, se subió de un salto a la cerca de piedra y se dejó caer levitando suavemente a través del abismo hasta otra planta. Había más vampiros en el vacío haciendo lo mismo que él; en el centro del abismo, se desviaban para evitar un enorme torrente de agua.

En lo alto, un incontable número de cañerías sobresalían de los muros muy cerca del alto techo de roca. Los tubos se entrecruzaban y formaban una abertura en el centro. La combinación de sus aguas componía aquella gigantesca cascada que caía al abismo hasta profundidades nubladas por el vapor que la vista no alcanzaba a percibir.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Dean.

—El noveno nivel es la estación de charion —les explicó Oliver mientras Emalie y Dean escudriñaban por encima de su hombro. La oscuridad a partir del noveno nivel no era total; había un tenue resplandor rojizo y cálido entre las nubes de vapor —. Más abajo está el Yomi^[4] —añadió—. Es el mercado negro y no creo que nadie sepa realmente la profundidad que tiene.

—Glups —musitó Dean mareado y separándose de la cerca.

Oliver miró a Emalie, que por fin había recuperado su expresión de asombro.

—Supongo que es bastante alucinante —sugirió Oliver—. En realidad no es nada en comparación con las ciudades del Inframundo.

Ella asintió levemente, miró a su alrededor y entrecerró los ojos de un modo repentino:

—¿Esos son...? —susurró—. ¿Esos son árboles de Navidad?

Todos los pisos estaban salpicados de árboles festivos decorados con luces rojas, guirnaldas plateadas y brillantes ornamentos. Algunos no eran más que símbolos en skrit hechos de hierro, pero había otros que parecían moverse, como si estuviesen vivos: eran diminutas lagartijas que pendían de los árboles en jaulas doradas.

—Nosotros celebramos la Noche Eterna —dijo Oliver—. Es la mayor fiesta vampírica. Bueno, el festival del Sol Pálido, en otoño, es casi igual de importante, pero...

—Pero... ¿cómo pueden los vampiros tener árboles de Navidad?

Por primera vez, Oliver vio una expresión en el rostro de Emalie que no era de asombro o de miedo, sino de decepción.

—Bueno —dijo Oliver poniéndose un poco a la defensiva, también por primera vez—, Noche Eterna coincide con el solsticio de invierno. Es decir... los vampiros han celebrado las festividades celestiales desde antes de que los humanos fuesen capaces incluso de hablar. Además, técnicamente no son árboles de Navidad: algunas tribus germánicas y los wiccanos decoraban árboles con motivo del solsticio de invierno mucho antes de que la gente empezase a usarlos para celebrar la Navidad. — Oliver decidió no mencionar que aquellas tribus germánicas a veces decoraban sus árboles con los cuerpos de sus esclavos.

Emalie lo miraba atónita:

—¿Qué?

Oliver no sabía si estaba intrigada o asqueada:

—La Navidad solamente existe desde hace algo así como dos mil años —prosiguió—. La Noche Eterna existe desde los comienzos del universo.

Emalie reflexionó sobre lo que acababa de oír, pero entonces agitó la cabeza:

—La Navidad trata sobre dar y amar. Los demonios no pueden...

—Nosotros amamos —dijo Oliver sintiendo una oleada de vergüenza—. Y también nos damos regalos en Noche Eterna. —Oliver se detuvo. No había necesidad de entrar en detalles acerca de los regalos que intercambiaban. Pensó en qué decir a continuación: había una cosa que podría gustarle a Emalie—. ¿De verdad crees que el único motivo por el que el Papá Noel original se colaba en las casas de los humanos era para dejarles regalos?

—Papá Noel no es más que un cuento —dijo Dean, con actitud infantil.

Oliver se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien —admitió Emalie por fin, casi sonriendo—, ¿qué quieres decir?

—Piénsalo. —Oliver se relajó un poco al ver que empezaba a ganarse a Emalie de nuevo—: los regalos, las leyendas, el disfraz. Es un pequeño precio por que te inviten a miles de hogares humanos.

—Estás diciendo que no es humano —dijo Emalie. Oliver arqueó las cejas—. Vale, ya lo captamos. —Lo miró desafiante, pero sus ojos habían recuperado el brillo—. ¿Dónde está la tienda de Desolada Désirée?

Oliver asintió:

—En la tercera planta. Vamos.

Emalie se agarró de nuevo al abrigo de Oliver mientras él se zambullía de nuevo en el tumulto. Pasaron ante los escaparates de tiendas de ropa en los que modelos vivos vestían modernos conjuntos de cuero y Gore-Tex; junto a una tienda de equipajes en la que vendían baúles en forma de ataúd; varias pastelerías y tiendas de caramelos; un centro de cuidado dental y de la piel en el que un hombre con bata blanca estaba inclinado sobre un cliente haciéndole una demostración de la última técnica de afilado de dientes con nanodiamantes; un viejo estudio de retratos...

De vez en cuando la mirada de Emalie o de Dean los hacía desviarse de la línea que mantenían con Oliver y eran zarandeados por los vampiros que pasaban.

—Cabezas abajo —siseaba Oliver. Tenía los nervios de punta pero, afortunadamente, los vampiros estaban ocupados y los zombis, por regla general, no merecían que se les prestase atención.

Oliver mantuvo la vista fija hacia el frente, aunque de vez en cuando la desviaba para mirar los rostros de los viandantes. Algunos miraban con desdén a sus apestosos acompañantes y le fruncían el ceño a él por estar en tal compañía. Otros parecían mirar solamente a Oliver. El rostro de una mujer se iluminó como si lo hubiera reconocido, pero Oliver no creía haberla visto nunca antes. En un momento determinado, un hombre tiró de la chaqueta de su acompañante mientras señalaba en dirección a Oliver al pasar junto a ellos. Él no sabía por qué alguien habría de reconocerlo y no creía que aquello le hubiese ocurrido antes. Aunque lo cierto era que nunca antes había observado nerviosamente a los demás por miedo a que lo reconocieran. Era posible que pensasen que era rico y que los zombis eran sus criados, aunque no realmente rico, ya que los zombis, en general, no eran demasiado de fiar. Pero también estaba aquel hombre mayor que lo había reconocido en la consulta del médico.

Aquellos momentos de atención lo estaban poniendo demasiado nervioso. Emalie y Dean no tenían ni la más mínima idea de dónde los había metido. Desde que se habían internado en el centro, había estado intentando imaginarse qué les ocurriría si eran descubiertos, pero aún no había llegado a ninguna conclusión.

Atravesaron un gran espacio vacío en medio de la multitud, junto a la zona de comidas. Emalie se quedó completamente absorta cuando sus ojos se toparon con los restaurantes: había establecimientos de comida rápida, como Berthold's, en los que se servían multitud de variedades de insectos y pequeñas criaturas en suspensión;

Xanadu's, con sorbetes de sangre con sabor a treinta y siete tipos distintos de animales; un moderno local de *shish kebabs* llamado «Todo Roedores»; y los humeantes reservados de *L'organo Sanguinante*, iluminados con antorchas, donde familias y parejas disfrutaban de una magnífica cena. Oliver apuró el paso y al hacerlo oyó un extraño clic en medio del barullo que lo distrajo por un momento mientras trataba de averiguar su procedencia.

Habían alcanzado el primer hueco de la planta. Oliver tiró de Emalie y Dean y los obligó a pegarse a la pared. Los niños trepaban a su alrededor, arriba y abajo.

—Sujetaos a mis hombros —dijo colocando las manos contra la pared de roca— y no os soltéis.

—Esto no mola nada —dijo Dean, tembloroso.

—Tú sujétate a él —le ordenó Emalie mientras se aferraba a la parte superior del brazo de Oliver. Este se encaramó a la pared. Uno de sus pies resbaló y se tambaleó por un momento; aquello era demasiado peso, demasiada concentración.

—Tío, tío, tío... —susurraba Dean con nerviosismo.

—¡Chisst! —chistó Oliver con frialdad. Dean consiguió callarse, pero su profunda respiración resonaba incesante en el oído de Oliver.

Se desplazó hacia la derecha y a continuación descendió despacio por la pared. Los hombros y las bolsas de los vampiros que pasaban rozaban a Emalie y Dean, que se sujetaron con más fuerza. Oliver se centró únicamente en sus manos y en la pared, hasta que notó el suelo de la tercera planta bajo sus pies.

Se unieron de nuevo a la marea y caminaron durante otro minuto hasta que llegaron a su destino. Un sencillo letrero de neón rezaba:

Emporio de medicinas y alquimia
de Desolada Désirée

Oliver los condujo apresuradamente al interior.

Desolada Désirée

Oliver y sus zombis impostores atravesaron una puerta giratoria de cristal y se encontraron con una tienda austera, brillantemente iluminada y repleta de estanterías que se extendían hacia su interior en hileras ordenadas. Cuando la puerta se cerró, el ajetreo y el bullicio del centro se desvanecieron por completo y todo quedó sumido en un silencio casi total. Los altavoces del techo emitían una música metálica que se oía como en la lejanía. Parecía humana; una melodiosa *bossa nova*. La tienda estaba muy tranquila. Una luz de magma pálida, casi incolora, surgía de los largos tubos del techo. Todo el local parecía bañado en un blanco tan resplandeciente que hizo bizquear a Oliver y, sin embargo, un verde oscuro y mugriento persistía en los rincones y en las sombras. El aire era húmedo y estaba impregnado de un fuerte olor a amoníaco, como si acabasen de limpiar el suelo.

Oliver los condujo por el pasillo central. Aunque el suelo parecía embaldosado, sus pasos no provocaban ruido alguno. Pasaron entre hileras de botellas de cristal negro y pequeñas cajas de madera. Todo estaba marcado con etiquetas en skrit; el contenido de la mayoría era un misterio, incluso para Oliver.

—Este lugar no parece muy propio de vampiros —susurró Dean.

—Désirée no es un vampiro —respondió Oliver por encima de su hombro.

—¿Entonces qué es?

—Algo más peligroso.

—B... bueno, ¿puedes ser más específico?

Oliver se encogió de hombros:

—Nadie sabe realmente lo que es.

—Pero...

—¡Chissst!

Habían llegado al final del pasillo y se toparon con un alto mostrador. De espaldas a ellos había una mujer menuda vestida con una impoluta bata de laboratorio y con el pelo carmesí recogido en un moño.

—Un momento —dijo antes de que Oliver tuviese la oportunidad de hablar. Se quedó perfectamente quieta, con la mirada fija en un espejo en forma de diamante con el marco de jade. Oliver era demasiado bajo para ver algún reflejo en él, así que lo único que veía eran las brillantes luces blancas del techo.

Aprovechó la oportunidad para volverse rápidamente hacia Emalie y Dean. Con una sola mirada trató de transmitirles que el peligro allí era incluso mayor que en el tumulto que acababan de dejar atrás. Debería haberles hecho más de una advertencia

sobre ella, pero ya era demasiado tarde.

—Muy bien. ¿En qué puedo ayudarte, Oliver?

Oliver se giró y se encontró con que Désirée lo estaba mirando con simpatía. Su rostro era tan blanco como el yeso y llevaba unas finas gafas. Oliver se sorprendió de que supiese su nombre, pero entonces se recordó a sí mismo que no debía extrañarle: Désirée era conocida por sus poderes de adivinación. Había un gran debate acerca de lo que era, pero en realidad nadie lo preguntaba demasiado, sobre todo porque se rumoreaba que a Désirée no le gustaban este tipo de preguntas y, como todo el mundo necesitaba algo de ella, nadie quería incomodarla.

Entonces miró a los acompañantes encapuchados de Oliver y volvió a posar la vista sobre él con un brillo de comprensión en los ojos, aunque sin dejar de sonreír:

—Se trata de un experimento fotográfico, ¿no?

Oliver notó una presión en la garganta:

—En efecto.

—Creí que tus padres te habían dicho que no jugases con cámaras —dijo con una sonrisa aún mayor. Oliver reparó en que había algo raro en el rostro de Désirée. Parecía como si, al moverse, su piel tardase un segundo en alcanzarlo. De hecho, era casi como si su rostro «real» estuviese «por debajo» de su fachada de yeso moviéndose por sí mismo, y como si la cara que ellos veían no fuera más que una máscara que apenas podía mantenerse en su sitio. Oliver sintió como si, tras la agradable sonrisa de Désirée, hubiese una mueca mayor con dientes más oscuros; como si, tras sus afables ojos color lavanda, se ocultase tal vez otro par de ojos totalmente distinto.

—Sí, me lo dijeron —respondió Oliver, pensando que no le serviría de nada mentir.

—¿Y aun así quieres revelar esta foto de todos modos? Interesante —susurró Désirée—. Te intriga lo que sale desenfocado, ¿no es cierto?

—Yo... yo solamente quiero verlo.

—¿Eso es todo? —Giró ligeramente la cabeza y unos bultos parecieron moverse bajo su máscara, como si lo que quiera que hubiese debajo se estuviese desternillando, disfrutando de las mentiras—. ¿No dirías que estás buscando un poquito más que eso?

Oliver se encogió de hombros.

—Claro. Su... supongo.

—De acuerdo, bien —asintió Désirée—. Yo, por mi parte, creo que habría sido mejor que lo supieras mucho antes.

—¿Saber el qué? —preguntó Oliver.

La sonrisa se borró lentamente del rostro de Désirée:

—Lo que quieres averiguar. —Y antes de que Oliver pudiese responder, dio media vuelta y se dirigió a los estantes repletos de medicinas—. Tengo justo lo que necesitas, por supuesto.

—No es normal —musitó Dean.

—¡Chissst! —chistó Oliver. De repente oyó de nuevo aquel clic apagado y allí, en el silencio de la tienda de Désirée, reconoció de qué se trataba. Se volvió y, por el rabillo del ojo, vio que Emalie mantenía el abrigo mínimamente abierto...

Oliver alargó la mano y agarró la de Emalie antes de que pudiese disparar otra foto con su cámara, que llevaba colgada al cuello.

—No —dijo Oliver con un tono glacial—. No hagas más.

Emalie palideció:

—Yo...

—Conseguirás que nos maten.

Emalie se cerró el abrigo, lánguida:

—No me habrían pillado —murmuró con terquedad.

—Aquí está...

Oliver se volvió al tiempo que Désirée emergía de entre las estanterías. Su sonrisa tardó un momento en regresar. Colocó sobre la mesa una botella negra rotulada con una runa blanca. Aquel símbolo en skrit tenía un borde en forma de diamante con un extraño ángulo que indicaba otro mundo, aunque Oliver no tenía claro cuál. Estaba bastante seguro de que los diamantes representaban los mundos superiores, pero los ángulos y la longitud de sus lados eran únicos para cada símbolo, y todavía no habían estudiado eso en clase.

Alzó la vista y se topó con que Désirée miraba de nuevo por encima de él; su rostro había perdido parte de su sonrisa. Entonces volvió a mirarlo a él.

—Interesante, Oliver, muy interesante. Has encontrado a tu propia orani, ¿no es cierto?

—¿Mi qué? —preguntó Oliver, aunque creía reconocer aquella palabra.

—«Aquella que ve» —dijo Désirée señalando a Emalie con un gesto de cabeza—, aunque ella todavía no lo sabe. —Miró de nuevo a Oliver—. Supongo que lo de correr riesgos no es nuevo para ti.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Oliver.

Désirée volvió a sonreír ampliamente; la piel se le puso tirante, pero no respondió. En lugar de eso, abrió la botella negra y vertió una gota sobre uno de sus dedos. Era un líquido plateado, denso como pegamento, pero inmediatamente comenzó a disolverse en el aire.

—Tienes que aplicar esto sobre el negativo antes de revelar la foto —explicó Désirée—. Corregirá el error. Y asegúrate de que tus... «amigos» se ponen guantes.

Oliver asintió:

—Pero ¿a qué se refiere con «error»?

—Los carretes humanos reaccionan cuando son expuestos a la luz —respondió Désirée con suavidad—. Entonces los humanos revelan el carrete para poder percibir el espectro de luz visible. Por supuesto, hay otros espectros sobre los que los humanos no saben nada y que nunca serán capaces de revelar. Esta tintura mostrará

esos espectros.

—Entonces ¿esto es lo que un vampiro usaría para revelar la foto?

La sonrisa de Désirée se acrecentó más que nunca:

—¡Vaya, Oliver! No, esto es lo que tú necesitas para revelar tu foto.

—¿Q... qué?

—Lo entenderás a su debido tiempo, ¿verdad? —Désirée deslizó la botella hacia él y se metió la mano en el bolsillo—. Tengo otra cosa para ti. —Sacó un gran cristal carmesí engarzado en una estructura metálica en forma de diamante y colgado de una cadena.

—¿Qué es eso?

Désirée lo sostuvo en el aire.

—Es solo un amuleto de Éfira que te proporcionará protección. A estas alturas tal vez te hayas dado cuenta ya de que estás entrando en un mundo más peligroso. —Sus ojos se desviaron de nuevo por encima de Oliver—. Te aconsejaría que lo llevases puesto a todas horas.

Oliver cogió el amuleto y miró fijamente el cristal rojo, aunque no tenía reflejo, ni tan siquiera brillo. Parecía absorber la luz, y de su centro surgía un levísimo resplandor.

—Cuélgatelo al cuello, querido —sugirió Désirée con la preocupación propia de una abuela. Oliver metió la cabeza por la cadena—. Ahora marchaos, antes de que se haga demasiado temprano.

—De acuerdo. Gracias. —Oliver rebuscó en su bolsillo—. ¿Cuánto le debo?

—Cinco por la tintura —respondió Désirée—. El amuleto es un regalo.

—Muy bien. —Oliver dejó una moneda de cinco minas en el mostrador y dio media vuelta para irse.

—Oliver, espero que regreses aquí si lo necesitas.

—Lo haré —dijo Oliver.

—Porque lo necesitarás —dijo ella sonriendo.

Oliver se dirigió al exterior más rápido de lo que habían entrado. La cabeza le daba vueltas, pero por encima de todo quería salir de allí. Atravesó la puerta giratoria y se internó en la bulliciosa multitud. Regresaron al hueco y treparon por la pared sin que ninguno de los tres abriera la boca. Se disponían a pasar junto a la zona de comidas cuando Emalie volvió a detenerse, tiró del abrigo de Oliver y provocó que Dean se golpease contra ambos. Oliver se volvió y vio que Emalie sacaba otra vez su cámara.

—¡Para! —le ordenó apretándole el brazo.

Emalie hizo una mueca de dolor, pero le lanzó una mirada desafiante:

—¡Vamos! Ya casi estamos en casa, no pasa nada porque...

—¡Oliver!

Oliver se quedó helado. Miró al otro lado de la zona de comidas y vio que de una de las mesas se levantaba Theo, flanqueado por Brent y el Lombrices, todos ellos con

recipientes repletos de comida de Berthold's.

Theo frunció el ceño con suspicacia:

—¿Qué pasa, colega?

Oliver se volvió, agarró a Emalie y Dean por la manga y se internó en la multitud mientras oía a Theo a su espalda:

—El tío se ha pasado de las vacas a los zombis.

Oliver miró por encima de su hombro y la muchedumbre le impidió ver a Theo.

—¡Vamos! ¡Daos prisa! —exclamó mientras arrastraba a Emalie y Dean hacia la salida. Miró de nuevo hacia atrás...

Y se topó de frente con Theo.

—¿Qué hay, Oli? —preguntó este.

Oliver miró a su alrededor aterrorizado, mientras Brent y el Lombrices les cortaban el paso por ambos lados.

Abismo

Oliver sintió como si su universo se hubiese reducido a una pequeña burbuja cuyas paredes las formaba la multitud que caminaba agolpada a un lado y a otro. Y allí estaba él, en el medio, con sus compañeros de clase, los vampiros, delante mientras detrás estaban sus... ¿Qué? ¿Qué eran Emalie y Dean? ¿Conspiradores? ¿«Amigos»? Aunque en realidad daba igual ¿no? Lo único que importaba era que eran humanos.

—¿Qué estás haciendo aquí con ellos? —dijo Theo señalando con la cabeza a lo que creía que eran zombis. Emalie y Dean mantenían la cabeza agachada y el rostro oculto bajo sus capuchas. Emalie todavía agarraba la parte de atrás de la sudadera de Oliver y él podía sentir el ligero temblor de su mano.

Oliver no sabía qué responder.

—Apartaos de mi camino, chicos —dijo mientras trataba de abrirse paso entre ellos.

Pero Brent y el Lombrices se pegaron más a Theo.

—No —se limitó a responder este—. No hasta que expliques por qué vas por ahí con un par de zombis apestosos.

—¡Qué asco! —dijo el Lombrices olfateando el aire en un gesto exagerado. Frunció el ceño con actitud interrogante y se rascó la cabeza.

—No tengo que dar explicaciones —se defendió Oliver empleando un discurso sereno y convincente, aunque no se sentía en absoluto convincente y sus adentros chillaban como locos—. Chicos, ¿por qué no os vais a fastidiar a otro?

—¡Ja! —le espetó Theo con suficiencia—. En realidad, Oliver, tú eres el único que fastidia aquí. Supongo que no te habrás enterado. —Sus ojos centellearon—. Espera, ya lo capto: estos son tus nuevos amigos. Eso tiene sentido. ¿Por qué no lo he visto venir? Primero dejas que te haga una foto un...

—Humano —farfulló el Lombrices.

—Sí —prosiguió Theo—, y ahora...

—No. —El Lombrices propinó un fuerte codazo a Theo en el brazo—. Humanos.

—Tío —intervino Brent—, ¿por qué estás hablando de...?

—Espera... —lo interrumpió Theo. Olisqueó el aire y, por un momento, también pareció desconcertado.

Oliver observaba la escena, impotente. Tenía que salir de allí. Pero nunca serían capaces de alcanzar las alcantarillas y, aunque lo consiguiesen, Emalie y Dean no eran lo bastante rápidos como para huir.

—¡No! ¡No puede ser! —exclamó Theo con el rostro distorsionado por una

sonrisa de asombro y los ojos de un repentino azul pálido. Miró a Oliver, triunfante —. ¡Vaya, Oliver! Estás en un lío tremendo...

—¿Qué? —pregunto Brent, casi en un gemido.

—Tío... —respondió el Lombrices dándole un codazo y haciendo un gesto hacia Emalie y Dean—. Humanos —dijo entre dientes.

Solamente la palabra «humanos» provocó que una mujer que pasaba se volviese escandalizada y agitando la cabeza, como si se cuestionase lo que acababa de oír. Retomó el paso, pero Theo la había visto detenerse, así que levantó el brazo.

—No lo hagas —rogó Oliver abatido—, Theo...

—¡Humanos! —proclamó Theo con rotundidad. Aquello no sonó malicioso, como si se tratara tan solo de un par de críos haciendo travesuras o gastando una broma; sonó como si estuviera exponiendo un hecho grave y alarmante—. ¡Humanos! —repitió.

Toda la multitud comenzó a aminorar el paso y a mirarlos, y automáticamente más vampiros captaron el aroma en cuestión. Oliver sabía que los abrigos de zombi eran los suficientemente fuertes si no se buscaban humanos, pero en caso contrario...

Entonces el Lombrices se unió a Theo:

—¡Humanos! —anunciaron al unísono.

—Imposible —dijo un adulto entre la indignada muchedumbre. De repente alguien arrancó la capucha que cubría la cabeza de Emalie.

Una exclamación ahogada pareció silenciar todo el Subterráneo. La capucha de Dean también fue arrancada. Todos se detenían al pasar, chocando unos con otros al volver la cabeza.

Oliver contemplaba cómo sucedía todo esto y supo que no había nada que pudiese decir, nada que pudiese hacer excepto...

Agarró a Emalie y a Dean por el brazo y se lanzó en embestida contra la confusa marea de vampiros:

—¡Sujetaos a mí! —gritó. Ambos estaban demasiado atemorizados para responder, pero notó sus manos aferradas con fuerza a sus brazos y clavándose en sus hombros mientras atravesaba el desconcertado tumulto, saltaba sobre la cerca de piedra y se precipitaba al abismo.

Se oyó un coro de voces horrorizadas y sorprendidas, pero entonces el silbido del aire mientras caían lo invadió todo. Cayeron en picado desde el último piso y, en cuestión de segundos, Oliver supo que no había modo alguno de controlar su descenso. Se concentró todo lo que pudo tratando de aferrarse a las fuerzas, pero era inútil. Perdía el control y cada vez caían a mayor velocidad...

Entonces pudo realizar una pequeña maniobra: describió un arco hacia el vampiro que levitaba más cerca de ellos y cayeron sobre él en pleno vuelo:

—¿Pero qué...? —gruñó el viejo.

Por un instante se convirtieron en una maraña de cuatro cuerpos, pero entonces el adulto se enderezó y frenó la caída del grupo. Oliver estaba sujeto al hombro de aquel

señor y, a su vez, Emalie y Dean se aferraban al suyo. El hombre miró a Oliver y a los humanos sumido en la confusión, pero entonces su rostro se oscureció de un modo demoníaco:

—¿Qué tenemos aquí? —dijo acechando a los humanos.

Pero Oliver se disponía a saltar otra vez y, con el impulso, lo apartó de ellos. Se elevaron unos segundos, a continuación comenzaron un nuevo y brusco descenso y, tras caer en picado dos pisos, aterrizaron sobre una enorme mujer que flotaba inmutable con un cuervo posado en el hombro.

—¿Qué...? —bramó la mujer.

El cuervo se desprendió de su hombro y la nueva maraña de cuatro se precipitó en el torrente de agua que caía por el centro del abismo. Se empaparon al instante y el agua los envolvió con su rugido. La mujer había perdido el sombrero y su pelo grisáceo se apelmazaba contra su contrariado rostro.

—¡Cómo os atrevéis!

Era una mujer muy fuerte: a pesar de la confusión y de la fuerza del agua, Oliver sintió como frenaba el descenso del grupo hasta alcanzar una velocidad razonable. Entonces, de algún modo, ella consiguió liberar una de sus manos y agarró a Dean con furia clavándole las uñas en el brazo:

—¡Aaah! —chilló Dean.

—¡Condenado niño! —rezongaba la mujer mientras el agua le golpeaba el hinchado rostro—. ¡Me servirás de aperitivo!

Oliver luchaba por contenerla mientras, al mismo tiempo, trataba de apoyar los pies sobre ella para tomar impulso. Finalmente, acabó propinándole una fuerte patada en el estómago.

—¡Bah! —se quejó ella—. ¡Eres un patético ejemplar de nuestra especie!

La maraña de cuerpos salió de la cascada. Oliver estaba a punto de retomar el control cuando sintió un dolor punzante en el hombro.

—¡Ay! —El cuervo se apartaba de Oliver tras haberle propinado un fuerte picotazo. Pudo oírlo graznar mientras volaba en círculos a su alrededor con la intención de atacarlo de nuevo.

—¡Te voy a...! —empezó a decir la mujer.

Pero Oliver por fin se impulsó con los pies y consiguió lanzarlos lejos con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. Los tres describieron un arco a través del abismo. Oliver divisó los niveles más bajos del Subterráneo y un intenso carmesí que brillaba allá abajo. Se estaban internando en las nubes de vapor. Si su salto no salía como debía...

De repente cayeron sobre una dura roca. Oliver se encontró tumbado de espaldas y mirando fijamente hacia la parte inferior de la plataforma más baja del Subterráneo. Pudo alcanzar a ver las cabezas que se asomaban a los bordes de la cerca en diferentes puntos, y también a otros vampiros que levitaban por el concurrido abismo con toda normalidad.

Oliver miró a su alrededor y comprobó que yacía sobre un saliente de piedra. Las nubes de vapor inundaban las paredes; tras ellos, una cueva se internaba en la oscuridad.

—¡Uf! —gimió Emalie. Oliver se sentó y la vio de rodillas frotándose el brazo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella hizo una mueca de dolor, pero empezó a mover el brazo arriba y abajo. Temblorosa, se abrió el abrigo de zombi... y se encontró con que su cámara estaba rota. La lente había estallado y el carrito asomaba desenrollado por la parte trasera.

—Era de mi madre —dijo con un suspiro—. Estoy bien —musitó—. ¿Qué nos habría pasado allí arriba? —preguntó volviendo la vista a Oliver.

Este se puso en pie y se sacudió:

—No quieras saberlo. —Palpó su bolsillo y se sintió aliviado al comprobar que la botellita de cristal estaba intacta—. Tenemos que salir de aquí.

Emalie se levantó y lo miró con franqueza.

—Lo siento —dijo Oliver.

—No —respondió Emalie agitando la cabeza—. Habría sido culpa mía si... —Flaqueó un poco y entonces comenzó a llorar en silencio.

Oliver no tenía ni idea de lo que debía hacer. El llanto no era algo que hubiera experimentado antes.

—Yo te obligué a traernos, yo... —Emalie apretó los puños y miró fijamente al suelo. Contuvo la respiración durante un largo minuto y a continuación la soltó.

Oliver aguardó un segundo:

—Deberíamos irnos —repitió.

Emalie asintió con un gesto.

—¡Vaya! —Oliver se volvió y vio a Dean, de pie junto al borde del saliente, mirando hacia abajo.

Oliver y Emalie lo imitaron: el abismo seguía descendiendo hacia la oscuridad, pero el brillo rojo era más intenso. Había otros treinta metros de desnuda pared de roca y, a continuación, más salientes. El vapor impedía la visión, pero pudieron adivinar más cuevas que partían del abismo iluminadas por luces de color rojo y lavanda. Podían oír con claridad el barullo formado por muchas voces y mucha actividad, aunque era diferente que el del centro comercial de allá arriba: era, de algún modo, más áspero, más oscuro. Se oía el chirriante tintineo del metal, el estruendo de una maquinaria primitiva, el eco profundo de un tambor...

—¿Eso es el Yomi? —susurró Dean.

—Sí —respondió Oliver en voz muy baja.

Se produjo un estrépito especialmente fuerte y se oyó el sonido de una música metálica.

—¿C... Cómo es? —preguntó Dean.

—Se parece bastante al Viejo Mundo —respondió Oliver—, es una especie de lugar sin ley. Hay vampiros que viven allí y que nunca suben a la superficie. También

hay zombis y espectros. —Oliver nunca había estado en el Yomi; en realidad, la sola idea lo ponía un poco nervioso. El hecho de ser un vampiro no bastaba para estar seguro allá abajo—. Vamos —añadió.

Se alejaron del saliente y se encaminaron hacia la caverna bajo un angosto techo de roca. El oscuro espacio que los rodeaba se hizo más grande y una luz amarillo pálido lo iluminó. Llegaron a una pasarela de adoquines y la siguieron:

—Poneos otra vez las capuchas —les ordenó Oliver. Emalie y Dean obedecieron con rapidez. Emergieron de la oscuridad a lo que parecía un andén subterráneo en cuyas paredes parpadeaban unas pantallas de vídeo tan finas que pendían como si fuesen de tela. Junto al andén había un enorme tubo transparente. Los vampiros esperaban pacientemente, solos o en familia, algunos con su equipaje al lado.

Oliver los condujo rápidamente a lo largo de la plataforma, ora internándose en la multitud, que observaba el tubo con expectación, ora apartándose de ella. Entonces el suelo y las paredes comenzaron a sacudirse:

—¡Ay! —susurró Dean. Oliver también pudo sentirlo: la presión estaba cambiando, descendiendo, lo cual le provocaba dolor de oídos.

—Viene un charion —dijo Oliver con naturalidad.

Se levantó una ráfaga de aire y se produjo un profundo zumbido, tan profundo que hizo que sus dientes vibrasen. Oliver se detuvo y recobró el equilibrio. Una explosión de aire inundó el túnel y el tubo transparente se sacudió. Un tren de forma cilíndrica irrumpió en la estación y se detuvo inmediatamente, provocando un gran escándalo que enseguida se apagó. Algunos tramos del tubo transparente se deslizaron para permitir el paso al interior del charion, negro y humeante. Algunos rescoldos de gran tamaño, aún brillantes e incandescentes, caían hacia ambos lados. Inmensos ventiladores absorbían con gran estruendo el humo negro y la ceniza que desprendía el tren.

Las puertas del charion se abrieron y los tres alcanzaron a ver el lujoso interior, suavemente iluminado, antes de que los pasajeros comenzasen a subir y bajar. Había anchos asientos y grandes pantallas de plasma que emitían anuncios publicitarios e imágenes de los altísimos chapiteles de remotas ciudades del Inframundo. Sonaba una suave y agradable música de cuerda. Sobre los asientos pendía una red de tubos rojos rematados en válvulas de latón. Las válvulas estaban numeradas y se correspondían con un menú que había grabado en el brazo de cada uno de los asientos.

—¿Ese tren va al Inframundo? —susurró Dean.

Oliver asintió con la cabeza y siguió guiándolos por el andén pegados a la pared, mezclados con la gente que se apeaba del tren y subía por un largo pasillo.

—¿Qué son...?

—¡Chisst! —lo interrumpió Oliver. Ahora no había tiempo para explicaciones, sobre todo acerca de aquellos tubos rojos de alimentación. Era todo lo que podía hacer para que siguieran avanzando. A Oliver le encantaban los charion y le

encantaba viajar, tal vez más que ninguna otra cosa. En realidad no le importaba adónde iba el tren, sino solamente que mientras se iba, fuera, el mundo pasaba. *Deberías subirte ahora mismo*, pensó de repente. Coger a Emalie y a Dean y, simplemente, marcharse a algún lugar en el que no estuviesen en peligro. El problema eran las quince horas de viaje hasta Nueva York, o las veinte horas hasta Shanghái; en todo aquel tiempo su desaparición sería fácilmente descubierta. *Al menos tendríais esas quince horas*, pensó con desánimo. Después de lo que había ocurrido en el centro, su existencia podría acabarse tan pronto como llegase a casa.

Recorrieron un túnel en curva y salieron a una enorme estación central. Mareas de vampiros entraban y salían de los túneles hacia los charion que iban en todas las direcciones, aguardaban en fila ante antiguas taquillas para adquirir sus billetes y se amontonaban alrededor de las mesas altas de un café situado en el centro de la estación.

—¡Vaya! —exclamó Emalie, atreviéndose a alzar la vista hacia la vertiginosa cúpula del techo en la que figuraba un resplandeciente plano de rutas. Las líneas de luz de magma conectaban puntos dorados de la superficie y del Inframundo de todo el planeta.

Oliver no se detuvo a explicarles nada de aquello. Apresuró el paso mientras atravesaban la cavernosa estancia y se dirigió hacia una hilera de puertas de ascensor doradas. Aquellos ascensores servían para subir y bajar de la superficie directamente. Las puertas se abrían y se cerraban y los vampiros se agolpaban para entrar y salir cada vez que sonaba el timbre.

Oliver se quedó atrás, aguardó al momento adecuado para meterse en uno casi vacío y entonces hizo entrar a los humanos. El ascensor salió disparado con otro ensordecedor cambio de presión e instantes después emergía a una abandonada terminal de autobuses subterránea de Seattle. Estaba fría, húmeda y oscura, excepto por unas cuantas bombillas peladas. Oliver sintió una cierta decepción mezclada con el alivio de estar de vuelta en la superficie. Los guio por unas escaleras mecánicas que no funcionaban, luego por un tramo de ruinosas escaleras y, por fin, atravesaron una puerta de hierro.

Estaban de nuevo en el centro de la ciudad, rodeados de humanos que hacían sus compras navideñas. Oliver cogió los abrigos de Emalie y Dean, quienes miraron a su alrededor con desconcierto.

—Deberíais regresar —les dijo Oliver.

Aquello los hizo reaccionar; Dean consultó su reloj:

—Vale, muy bien. Sí, llegamos un par de minutos tarde... no está mal. Mis padres seguirán esperando con mi hermano y mi hermana para hacerse una foto con Papá Noel —dijo—. Supongo que no debería estropeárselo —añadió.

Emalie miró a Oliver con seriedad:

—¿Y tú qué vas a hacer?

Oliver no estaba seguro. No había llegado a pensar en ello y, ahora que lo hacía,

caía en la cuenta de que lo que acababa de ocurrir podría haber llegado ya a oídos de sus padres. La comunidad vampírica no era tan grande y una historia sobre un niño vampiro que lleva a humanos al Subterráneo se propagaría con rapidez. Cualquiera que conociese a sus padres se sentiría obligado a contárselo.

—No lo sé —respondió—, creo que voy a tener problemas.

«Problemas» era un eufemismo: no tenía ni la menor idea de cómo iban a reaccionar sus padres y su hermano. Por no mencionar lo que ocurriría el lunes en la escuela.

Emalie pareció leerle el pensamiento:

—Deberíamos revelar la foto esta noche, antes de...

—Sí —asintió Oliver. Si no lo hacían ahora, tal vez nunca volviera a tener la oportunidad.

Emalie se volvió hacia Dean con determinación. A Oliver le impresionó que recuperase la decisión con tal rapidez:

—Dean, les preguntaremos a tus padres si puedes dormir en mi casa.

—Vale —respondió Dean con un suspiro, como si no le quedasen energías para protestar.

—Ven a casa después de medianoche —le dijo Emalie a Oliver.

Este asintió:

—Nos veremos allí.

Emalie asintió también.

—Emalie, vamos —la apremió Dean tirando de ella en dirección al tumulto.

Oliver retrocedió entre las sombras hacia el lateral del edificio, se espectralizó y trepó por la pared hasta desaparecer en la oscuridad. Alcanzó la cima del edificio y observó cómo Emalie y Dean se internaban en la multitud, sanos y salvos en el mundo de las alegres luces navideñas. Casi deseaba poder ir con ellos, porque volver a casa no era una opción. Fuera lo que fuera lo que le estuviese esperando allí, al menos quería acabar con el asunto de la fotografía antes de aceptar su castigo.

Emalie y Dean desaparecieron en la marea de gente. Oliver se retiró a las sombras para matar el tiempo hasta bien entrada la noche.

Una imagen revelada

Oliver atravesó la ciudad manteniéndose alejado de las alcantarillas y evitando lugares de encuentro comunes de los vampiros, como el trol de piedra, la montaña rusa del parque de atracciones o cualquiera de los parques y canchas de béisbol. No les había dicho a sus padres dónde iba a estar toda la noche; como era sábado, no tenía que hacerlo, pero Polemonia probablemente esperaba que estuviese en casa para el almuerzo, alrededor de medianoche. En realidad, no presentarse tampoco sería para tanto, a menos, claro, que sus padres se hubieran enterado del incidente del Subterráneo. De ser así, ahora mismo estarían buscándolo. Se mantuvo bajo los árboles, receloso de los murciélagos y búhos que pudiesen estar poseídos. Y si sus padres, por casualidad, no se habían enterado aún, tendría que estar en casa a tiempo para la cena, pero no antes.

Mientras caminaba, Oliver se tomó un momento para contemplar el amuleto que colgaba de su cuello. Hasta ahora no parecía haberle proporcionado protección alguna. Por supuesto, Desolada Désirée no había mencionado qué tipo de protección ofrecía. ¿Y de quién necesitaba protegerse exactamente? *Necesitas protegerte de ti mismo*, pensó Oliver misteriosamente. Después de todo, él era quien se había dejado fotografiar y quien había llevado humanos al Subterráneo.

Pasada la medianoche, se encaminó a casa de Emalie. El piso de arriba estaba en silencio y el sótano permanecía a oscuras. Oliver rodeó la casa hasta la puerta del mismo y se coló en el interior. Serpenteó entre las cajas, pero se detuvo justo antes de llegar a la zona que Emalie empleaba como cuarto oscuro.

—Estoy aquí —murmuró Oliver.

—¡Ah! —Se oyó un ruido sordo al golpearse Dean la cabeza contra un estante.

—¡Chissst! —chistó Emalie.

La luz roja se encendió. Emalie salía de un saco de dormir que estaba extendido en el suelo y Dean se frotaba la cabeza.

—Tío, eres silencioso —musitó, mirando aún a Oliver con cierta desconfianza.

—Vamos —dijo Emalie con seriedad—, antes de que mi padre se despierte. Suponiendo que lo haga.

—Yo creo que está depre por las cuentas —sugirió Dean tratando de sonar comprensivo.

Oliver miró a Emalie a la espera de una reacción, pero no se produjo ninguna. Entonces se situó junto a ella ante el mostrador, al lado del lavabo, mientras Dean escudriñaba por encima de sus hombros. Oliver extrajo la botellita negra. El tapón

tenía un cuentagotas que apretó nada más abrirlo. Mientras, Emalie sujetaba el negativo entre sus dedos.

—¿Ves el punto exacto? —preguntó en voz baja.

—Sí. —Oliver dejó caer una diminuta gota del líquido plateado en la forma borrosa del negativo y se produjo una pequeña nube de vapor mientras el líquido parecía volatilizarse. En unos segundos, había desaparecido. El negativo seguía igual.

—¿Ya está? —preguntó Dean.

—Creo que sí. —Oliver se encogió de hombros.

—Veamos si ha funcionado —dijo Emalie colocando el negativo sobre la ampliadora. Un brazo de metal sujetaba el negativo bajo una bombilla, suspendido sobre una superficie blanca en la que Emalie colocó una hoja en blanco de papel fotográfico. Instantes después apagó la bombilla, trasladó el papel al lavabo y lo colocó en la primera bandeja de líquido.

Los tres se inclinaron sobre el lavabo: comenzaron a aparecer contornos pertenecientes a la habitación abandonada; las finas piedras en forma de diamante de la lámpara parecían esbozarse solas... y entonces, en la zona donde Oliver debía estar, empezó a emerger el perfil de una figura. Oliver alcanzó a ver la vaga impresión de un rostro, pero en su interior empezó a desanimarse: después de todo aquello, estaba a punto de ver una simple foto suya.

Pero entonces aquella zona de la foto comenzó a brillar en lugar de oscurecerse. Una luz plateada emanaba de la página.

—Esto... —balbuceó Emalie. Oliver levantó la vista, pero ella no estaba mirando la foto: se había vuelto hacia él.

Ahora Oliver lo notaba también: luz carmesí. Miró hacia abajo y vio que algo brillaba con intensidad a través de su sudadera. Palpó bajo ella y sacó el amuleto de Éfira. El cristal ardía desde el interior y la luz se volvía cada vez más brillante.

—Tíos, la foto —dijo Dean con voz quebrada.

Una luz plateada emanaba del papel fotográfico, donde Oliver debía aparecer, formando una espiral que surgía directamente del líquido. Toda la habitación estaba iluminada con luz plateada, pero también roja, ya que el fulgor del amuleto también aumentaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dean, tembloroso.

Una ráfaga de aire silbó en el sótano. Las luces roja y plateada adquirieron tanta intensidad que algunos detalles de la habitación comenzaron a desaparecer. Oliver volvió la vista hacia la foto y, al hacerlo, estalló un *flash* cegador. Dejó de ver y de oír... nada del mundo que lo rodeaba.

Lo siguiente que vio fue la oscuridad, salpicada de luces. Trató de moverse, preguntándose cuánto tiempo había estado inconsciente, pero parecía no controlar sus brazos ni sus piernas. Entonces cayó en la cuenta de que las luces eran las de un

árbol de Navidad, un árbol enorme. También veía laterales de edificios y el cielo nocturno. Estaba tumbado boca arriba y se movía. El árbol de Navidad estaba pasando junto a él, pero entonces se detuvo.

Y apareció ella: la profesora de aquella vieja foto del coro. Joven, viva... humana. Aunque iba vestida de un modo diferente, con un abrigo de lana con el cuello levantado y un sombrero redondo de piel. Pero fue su sonrisa, por encima de todo, lo que Oliver creyó reconocer. Miraba hacia abajo, hacia él, con ternura; su sonrisa le transmitía calidez, seguridad. Aquello no se parecía a nada que hubiese sentido antes aunque, al mismo tiempo, le resultaba tan familiar...

Entonces apareció otro rostro detrás de la mujer, el de un hombre que observaba a Oliver por encima del hombro de ella: sonrió levemente, miró a su alrededor y consultó su reloj. Sus labios se movieron como si estuviese diciéndole algo a la mujer, pero seguía sin oírse nada. Entonces la mujer le habló a Oliver y este observó cómo se movía su boca y como se inclinaba sobre él para besarlo.

Madre, pensó con una cálida certeza. Pero aquello no tenía ningún sentido.

La mujer desapareció y el mundo comenzó a moverse de nuevo; también el árbol de Navidad desapareció de su vista; comenzaron a caer gotas de lluvia que lo golpeaban en la cara. Oliver podía notarlas: era una sensación fría y penetrante. El mundo dejó de moverse de nuevo y la mujer reapareció a su lado jugueteando con un paraguas, pero se detuvo y volvió la cabeza. Entonces Oliver vio pasar al hombre corriendo con aspecto confundido. Se produjo un alboroto...

A continuación el mundo comenzó a dar vueltas; los edificios giraban a los lados: Oliver estaba cayendo hacia el suelo de ladrillo, pero entonces unas manos lo cogieron y lo levantaron. El rostro de su madre apareció de nuevo...

No, aquel era el rostro de Polemonia. Un momento, sí, aquello tenía sentido. Era su madre. Allí estaba, sonriéndole con su cariñosa mirada de siempre... solo que Oliver se sentía distinto. Se sentía aterrorizado. Y allí estaba también el rostro de Sebastian, pero ¿qué tenía en los labios? Era...

La sonrisa de Polemonia se hizo aún mayor y se acercó a Oliver como si fuese a besarlo. Pero él sintió un dolor punzante y profundo.

El mundo de Oliver se puso a dar vueltas de nuevo. Hubo un momento de puro blanco y luego Oliver se encontró mirando desde arriba la misma escena que acababa de vivir: un cochecito de bebé volcado; una mujer, Polemonia, agachada y encorvada sobre el bebé que tenía en brazos; Sebastian de pie a su lado, con la mano apoyada en su hombro; y el bebé primero gritando, luego ya no.

Su rostro se quedó en calma, sus ojos se cerraron y, por un momento, un velo de bruma apenas perceptible pareció rodear la escena para desvanecerse a continuación.

Polemonia se puso en pie sosteniendo al bebé, inmóvil, envuelto en una manta amarilla y con dos marcas rojas en su diminuto cuello. Le dio el niño a Sebastian, quien lo arropó cuidadosamente bajo su largo abrigo. Se fundieron en un abrazo

mientras miraban al pequeño con tiernas sonrisas y, a continuación, desaparecieron en la noche.

Oliver se elevó aún más: el cochecito no estaba lejos del árbol de Navidad, bajo cuyas ramas... yacían dos figuras sobre el asfalto, inmóviles.

—Oh... —murmuró una voz entrecortada. Se volvió...

Emalie flotaba a su lado y también observaba la escena. Estaba llorando. Oliver miró atrás, pero se estaba elevando cada vez más rápido, el árbol de Navidad se hacía más pequeño y los edificios pasaban junto a él a toda velocidad. La noche comenzó a fundirse en una bruma y sus colores a apagarse mientras una luz carmesí inundaba su visión...

Oliver abrió los ojos y vio las vigas del techo del sótano de Emalie, cubiertas de telarañas.

Un rostro apareció sobre él.

—¡Eh! —Dean se agachó y zarandeó a Oliver sujetándolo por el hombro—. ¿Qué ha ocurrido?

—Yo... —balbuceó Oliver.

—¿Qué has hecho? —dijo Dean con tono acusador.

—¿Qué? —respondió Oliver sentándose en el suelo y pestañeando con fuerza. Entretanto, Dean dio media vuelta y se arrodilló junto a Emalie, que también yacía desmayada en el suelo.

—Emalie —la llamó Dean mientras la zarandeaba—, vamos, ¡eh, vamos!

Emalie se estremeció de repente:

—¡Ah! —Se incorporó hasta quedar sentada—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ha sido el amuleto! —dijo Dean señalando a Oliver—. Hubo un rayo de luz y los dos os desmayasteis. ¡Y luego os quedasteis ahí tirados!

Oliver bajó la vista para mirar el amuleto que seguía teniendo colgado al cuello, pero el cristal se había hecho añicos. Todavía quedaban algunos fragmentos en el revestimiento de plata, pero el resto estaban desperdigados por su regazo y por el suelo.

—No era para protegerte —dijo Emalie.

Oliver la miró: sin duda, había estado allí con él.

—No —admitió, sintiendo un profundo dolor interno.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Dean moviendo la cabeza a un lado y a otro para mirarlos a ambos.

—Hemos visto algo —dijo Emalie con cautela. Miró a Oliver para que este prosiguiera.

Pero Oliver no sabía muy bien qué decir. ¿Qué habían visto en realidad? *Lo sabes*, se dijo a sí mismo más ansioso que nunca. *Sabes exactamente lo que has visto.*

—El amuleto era una especie de portal —dijo Oliver estrechando el revestimiento

vacío en su mano. Había oído y leído sobre ese tipo de cosas: la alquimia había avanzado mucho en la ruptura del continuo temporal de este mundo y en los viajes a un momento distinto al presente—. Hemos visto el pasado —prosiguió Oliver. Pero no había sido solo eso. También había sentido el pasado, había estado conectado con él. ¿Quién podría crear un portal tan poderoso? Pues Désirée, por ejemplo.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Dean con impaciencia.

—Hemos visto... —comenzó Emalie, pero se contuvo y de nuevo hizo un gesto hacia Oliver.

Suéltalo y ya está, pensó abatido.

—Eran mis padres... Mis padres humanos.

Emalie y Dean se limitaron a mirarlo. Oliver tragó saliva y continuó:

—Hemos visto... que unos vampiros los mataban y... —No podía creer lo que estaba diciendo— y me engendraban. Yo era humano y... ellos me convertían en...

—¿Pero no es así como se hacen todos los vampiros? —le preguntó Dean.

Oliver negó con la cabeza con la vista fija en el suelo:

—Ya no, desde hace mucho tiempo. Nos crean... Los crean a partir de sus padres. Ni siquiera es posible morder a un niño. Se supone que no, al menos.

—Pero a ti te ocurrió —concluyó Dean.

—No necesariamente —dijo Oliver—. Quiero decir que la visión puede haber sido un truco, una mentira...

—Era real —dijo Emalie con suavidad—. Podría asegurarlo. Me refiero a que pude sentir que ocurría de verdad. Antes eras humano, Oliver. Y tus padres te querían, ellos... —Los ojos se le llenaron de lágrimas una vez más.

A Oliver le sorprendió hasta qué punto la visión había afectado a Emalie. Pensándolo bien, le sorprendía que hubiese formado parte de ella. Pero Désirée había dicho que Emalie tenía poderes, que era vidente, así que al menos una de las cosas que Désirée había dicho parecía ser verdad.

Y también estuvo de acuerdo con Emalie acerca de la visión. Cuanto más deseaba creer que podía tratarse de un truco, de algún tipo de mentira, más seguro se sentía de que había sido real. De algún modo, por muy confuso que estuviese ahora, se sentía un poco mejor: realmente había algo que no encajaba en él, pero no era nada que él hubiese hecho. Era diferente a todos los que lo rodeaban. Le habían mentado durante toda su vida.

¿Cuánta gente lo sabría? Aunque ¿qué más daba? Sus padres lo sabían, y con eso era suficiente. No solo lo sabían, sino que se lo habían arrebatado a sus legítimos padres, unos padres que lo amaban, tal y como Emalie había dicho. *Pero ¿acaso tus padres vampiros no te quieren?* Sí, lo querían, pero no lo bastante como para contarle la verdad sobre su origen; no lo suficiente como para ayudarlo a entender por qué se sentía distinto, o para explicarle por qué necesitaba citas especiales con el médico.

Oliver se sentó en el suelo de Emalie; los pensamientos se arremolinaban en su mente. Notó que ella se ponía en pie, se volvía hacia el lavabo y, a continuación, se

sentaba de nuevo. Cuando levantó la cabeza para mirarla, la vio sosteniendo la foto entre sus manos. Estaba quemada; había un agujero donde antes estaba el borrón de Oliver.

—Entonces —dijo Dean—, ya sé que yo no aparecía en la visión y todo eso —sonaba herido—, pero ¿cuál es el problema? O sea, si eres un vampiro se supone que no te tiene que importar que te hayan mordido, o engendrado, o lo que sea, ¿no es cierto?

—Pero mis padres me han estado mintiendo todo este tiempo —respondió Oliver. Les explicó lo que sus padres le habían contado acerca de los niños, que era lo mismo que creía todo aquel que formaba parte del mundo vampírico. También les contó lo de las visitas al médico.

Emalie parecía concentrada en sus pensamientos:

—¿Hay algo más? —preguntó—. Me refiero a que tú has dicho que oíste decir al doctor que habías sido escogido para algo, ¿verdad? Y que te están preparando para ello.

—Sí, creo que sí.

—¿Sabes algo más acerca sobre lo que podría ser?

—No, pero... hay una carpeta —contestó Oliver pensándolo detenidamente—, un historial de mis visitas al médico. Lo tiene mi padre y se supone que debe mostrárselo a las personas con las que trabaja.

—Seguramente diga algo sobre lo que te están haciendo —añadió Dean.

—Tendríamos que conseguirlo —sugirió Emalie—. ¿Sabes dónde puede estar?

—Es probable que lo guarde en el archivador del estudio —aventuró Oliver.

Estaba a punto de decir que podía buscarlo él solo; que sería demasiado peligroso implicar a Emalie y a Dean una vez más. Pero entonces se dio cuenta de que quería que estuviesen allí. El hecho de que Emalie hubiese participado en la visión del portal había ayudado a Oliver a creer en que lo que había visto era real. No podía hacerlo solo y ahora Emalie y Dean formaban parte de todo aquello.

—Os enviaré un mensaje cuando podamos reunirnos para revisar los archivos de mi padre —dijo por fin. Entonces su voz se apagó—. Solo que no sé qué va a pasar cuando llegue a casa esta noche. Si mis padres saben lo del Subterráneo, tal vez no volváis a verme.

—Bueno —respondió Emalie—, intenta hacer como que no sabes nada, si es que puedes. Y nosotros, bueno, nosotros estaremos esperando a tener noticias tuyas —añadió asintiendo con la cabeza.

Los tres se quedaron sentados en silencio por un instante.

—Debería irme —dijo Oliver poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

—Oliver. —Él se volvió y se topó con Emalie, que se había levantado—. Siento lo de tus padres.

Oliver asintió:

—Ya. —Y a continuación desapareció en la oscuridad sin hacer ruido alguno.

El archivo secreto

Mientras Oliver subía los últimos escalones de la escalera de caracol que conducía a la cocina, oyó el tintineo de los cubiertos y las copas contra la mesa. Caminó despacio: o lo sabían, o no.

Atravesó la cocina vacía en dirección al comedor y entonces oyó la sosegada conversación que mantenían Polemonia y Sebastian:

—Hemos recibido hoy la invitación. Creo que sería agradable —decía Polemonia.

—¿A qué hora? —preguntó Sebastian.

Oliver se detuvo en la entrada del comedor, desde donde podía ver la espalda de Sebastian. Polemonia estaba a su izquierda; Tormento estaba repanchingado en el extremo opuesto de la mesa. Frente a Polemonia había una silla vacía para Oliver. Pensó en dar media vuelta y largarse. ¿Cómo iba a sentarse allí y fingir que aquella era su familia? *Es tu familia*, pensaba. Pero no siempre lo había sido. *No importa, es la única familia que tienes ahora*. Este pensamiento no hizo que se sintiese mejor en absoluto. Tal vez podría, simplemente, saltarse la cena...

—¿Qué hay, Oli? —dijo Polemonia levantando la cabeza... y sonriendo—. Nos estábamos preguntando cuándo aparecerías.

Sebastian se volvió con una media sonrisa. Tormento ni se molestó en levantar la vista. Hasta entonces, todo era normal, así que Oliver no tuvo más remedio que sentarse.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —preguntó Sebastian mientras Oliver retiraba la silla para sentarse.

—Nada —respondió Oliver con la cabeza gacha.

Tormento se rio para sí. Oliver lo miró con los nervios desbocados, pero tenía la vista fija en su plato.

—Charles... —le advirtió Polemonia mientras le pasaba a Oliver una honda fuente de horno—. Entonces... —comenzó a decir mientras él se servía un pedazo de pastel en su plato y trataba de controlar su temblorosa mano.

Aquí viene, pensó.

—¿Algo interesante que contar sobre tu sábado?

Oliver dejó la fuente en la mesa y agarró el tenedor.

—No —dijo fingiendo desinterés. Comenzó a comer, aunque en su interior seguía esperando.

Pero tomó un bocado, luego otro, y nadie dijo nada. Pasó un minuto y Oliver finalmente levantó la cabeza... y se encontró con que el resto de su familia estaba

comiendo. Quería gritar: «¿Lo sabéis o no?».

Por fin, Sebastian miró a Oliver:

—¿Y bien? ¿Algún sueño nuevo últimamente? —sonrió.

—Eh... —La escena de la visión del portal atravesó su mente—. Creo que he tenido otro —mintió Oliver—, pero no lo recuerdo.

—Ah, Oliver —intervino Polemonia con total naturalidad—, estábamos comentando que la fiesta de Noche Eterna de la oficina de tu padre es el próximo viernes. Puedes traer amigos a casa mientras estamos fuera, si quieres. Tal vez podrías invitar a Seth.

—Tal vez —murmuró él.

—Es posible que tenga ganas de salir —prosiguió Polemonia—. Francyne y Edward acaban de recoger a su nuevo bebé. ¡Es una cosita tan preciosa! —dijo para sí. Luego añadió—: Pero estoy segura de que esa casa es una locura desde su llegada.

Oliver se limitó a encogerse de hombros. Un niño vampiro de verdad. Debía de haber sido bonito.

—O —insistió Polemonia— podrías invitar a otros amigos, si quieres.

A Oliver casi se le escapó una carcajada. ¡Claro! Ya se lo imaginaba. *De hecho, mamá, eso suena genial. No te importará que sean humanos, ¿verdad?* Pero lo único que dijo fue:

—Vale.

—Y luego, el sábado —continuó Polemonia— vienen David y Elanor y vuestros primos para la cena y los regalos de Noche Eterna.

—Vale —repitió Oliver.

Siguieron cenando en silencio durante otro rato... y otro... y luego la cena se acabó. Tormento salía aquella noche, y se marchó sin pronunciar palabra. Polemonia regresó a la cocina y Sebastian a su despacho.

Oliver se quedó allí sentado terminando de cenar y sin acabar de creerse la suerte que tenía. ¿De verdad no sabían lo que había ocurrido? Bueno, aún podían averiguarlo, así que todavía no se había librado de aquello. Pero cada día que pasase las posibilidades de que sus padres se enterasen de lo del Subterráneo se reducirían. Y si podía alargarlo hasta el viernes, tal vez fuese capaz de conseguir el historial.

Parecía que Oliver pasaba sus días más insomne que nunca, aunque casi prefería yacer despierto porque, cuando se quedaba dormido, lo invadía la visión de sus padres humanos. Increíblemente, el domingo transcurrió sin que nadie descubriese lo que había ocurrido en el Subterráneo, por lo que Oliver se sintió algo más aliviado, pero todavía tenía que enfrentarse al lunes en la escuela.

Remoloneó mientras se preparaba, en parte porque estaba exhausto. Mientras él y Tormento caminaban por las lluviosas calles, Oliver se quedaba constantemente rezagado. Su mochila le pesaba más que de costumbre. Cuando estaban cerca del

paso del puente y de su estatua del trol, Tormento se detuvo literalmente para que su hermano pudiera alcanzarlo.

Oliver se quedó mirándolo y esperando algún insulto, pero entonces Tormento dijo algo completamente distinto:

—¿Quieres hacer pellas esta noche?

Oliver se quedó atónito:

—¿Qué? —Se puso tenso. Era aquella extraña y fraternal versión de Tormento otra vez; la que lo ponía nervioso mientras esperaba su mofa.

Pero no parecía que fuese a haber mofa alguna, ya que Tormento aminoró el paso y se puso a su altura.

—Ty, Randall y yo vamos al centro, a ver qué podemos encontrar —explicó Tormento—. Puedes venir con nosotros.

—Yo...

—Vamos, tío —lo animó, dándole una palmada en la espalda—. Arreglaremos parte de esa faceta tuya de corderito.

Oliver no sabía qué decir. No se podía creer que Tormento lo estuviese invitando a ir con él de verdad, aunque sus alarmas internas estaban apagadas. ¿Podía confiar en aquel supuesto hermano suyo? Si algo quería era pasar tanto tiempo de aquella semana como fuese posible alejado de su familia.

—Yo... No debería —dijo por fin—. Tengo un examen, yo...

—¡Eh, Tormento! —gritó una voz cercana. Habían llegado al trol y, tras él, los ojos de Ty y de Randall brillaban en la oscuridad.

—¡Qué pasa! —respondió Tormento. Entonces se volvió y tomó a Oliver por el hombro. Aquello también era extraño; igual que lo que dijo a continuación—. ¿Estás seguro?

Oliver se preguntaba por qué le estaba dando la posibilidad de decidir. Normalmente, si Tormento quería que Oliver hiciese algo, sencillamente lo obligaba a hacerlo. ¿Qué le ocurría? Entonces le volvió a la mente aquel viejo pensamiento sobre su hermano. *Lo sabe. Puede que aún no sepa qué ocurre exactamente, pero sin duda sabe que hay algo.* Oliver se encogió de hombros:

—Yo... Debería irme a la escuela.

—¡Tormento! ¡Vamos! —gritó Ty.

Tormento miró a Oliver y sus ojos casi parecieron disculparse:

—Muy bien —dijo, y suspiró con aire realmente decepcionado.

—¿Viene el *pringao* o qué? —gritó Randall.

Tormento le propinó un desgano empujón a Oliver y se volvió hacia sus amigos:

—¡El cordero tiene que largarse a la escuela! —proclamó con sarcasmo antes de desaparecer en las sombras.

Oliver continuó caminando despacio hacia la escuela. Durante todo el camino se planteó la posibilidad de hacer pellas él solo. Incluso mientras subía las escaleras

hacia su clase, seguía dándole vueltas a la posibilidad de dar media vuelta y salir de allí. Pero aquello solo causaría más sospechas, y entonces sus profesores podrían llamar a sus padres. De todos modos, se le hizo un nudo en el estómago mientras atravesaba la puerta del aula. *Vamos allá*, pensó abatido. Estaba seguro de que, gracias a Theo, todo el mundo se habría enterado y él iba a pagarlo.

La mayoría de sus compañeros estaban allí, paseándose por las paredes o sentados en los pupitres formando grupitos. Suzyn fue la primera en verlo, a continuación los amigos de esta y, uno por uno, todos los presentes en el aula dejaron de hablar y se volvieron hacia Oliver. La estancia se paralizó y se silenció por completo, excepto por el sonido de los pasos de Oliver sobre las baldosas del suelo. Levantó la vista y vio a Theo, Brent y el Lombrices encaramados a la pared. Los tres lo miraban y Theo sonreía con malicia. Oliver miró al suelo y corrió a sentarse en su pupitre. Mientras se escurría en su asiento, la conversación en el aula se reanudó.

Oliver miró a Seth, que estaba sentado a su lado.

—¿Qué hay? —dijo con suavidad.

Seth estaba jugando con su baraja de rol y no le respondió.

—Seth —murmuró Oliver.

»No —susurró Oliver con la boca ladeada—. No me hagas esto.

»Me he enterado de lo de tu hermanita...

Pero Seth recogió sus cartas y se levantó de su asiento. Oliver se quedó allí sentado: el caos de la clase resonaba a su alrededor y él no se podía sentir más solo.

A medida que avanzaba la noche el silencio era interrumpido por alguna que otra risita pero, aparte de eso, nadie le dirigía la palabra. Después de un par de horas dejó de molestarle y empezó a rebelarse contra aquello. ¿Qué sabían ellos, de todos modos? Todos eran normales; no podían comprender lo que era ser él. Así que vale, muy bien, como quieran. Aun así, la noche no terminaba nunca.

Oliver se quedó atrás mientras todo el mundo se iba, bajó al primer piso y se dirigió a la clase de Emalie. Zigzagueó entre los pupitres perfectamente alineados hasta el sitio de Emalie, que no era difícil de detectar para el olfato de un vampiro. Sacó una nota de su bolsillo:

Viernes noche. ¿Frente a mi casa a las 3 de la mañana? -O

La dobló varias veces y la encajó entre la parte inferior del pupitre y una de las barras metálicas.

Aquella mañana la cena transcurrió igual que la mañana anterior. También la noche del martes en la escuela. Oliver pasó por el pupitre de Emalie antes de marcharse a casa y allí encontró una nota de respuesta:

Guardó el papel.

El miércoles transcurrió con normalidad. De hecho, a Oliver empezaba a parecerle que había tenido muchísima suerte. Aun así, ¿cómo era posible que todos los niños de la escuela lo supieran y que no hubiese llegado ni una sola palabra a oídos de sus padres acerca de los incidentes en el Subterráneo? Oliver no lo entendía.

El jueves en la escuela fue igual que el resto de la semana. Antes de darse cuenta, Oliver se había acostumbrado a que lo ignorasen. Sus pensamientos estaban puestos en el viernes, en aquel archivo. Cuando llegó a casa, Sebastian llamó para decir que se quedaría en el trabajo hasta el amanecer. Polemonia se marchó poco después de cenar a una reunión del consejo escolar. Tormento acampó a sus anchas en la sala de estar, jugando a videojuegos en línea con Ty y Randall.

Oliver había desparramado sus deberes sobre la isla de la cocina, pero no los estaba haciendo. ¿Qué sentido tenía? No podía centrarse en nada, al menos no hasta que viese aquel historial. Seguía pensando en la noche del viernes y se le ocurrió que, ya que era increíblemente arriesgado tener a Emalie y a Dean en casa, debería asegurarse al menos de que el archivo en cuestión estaba en el cajón para que pudieran leerlo. Entonces, con Tormento absorto en su juego y sus padres fuera, Oliver salió con sigilo de la cocina, pasó junto a la sala y el comedor y se encaminó por el pasillo hacia el oscuro despacho.

Sobre un gran escritorio antiguo que Sebastian había heredado de la dinastía Ming había un monitor de ordenador de fino cristal volcánico. Oliver se sentó ante el escritorio en el sillón de cuero y sus ojos se toparon con el pequeño retrato en carboncillo de la familia que había junto al monitor. Era de hacía diez años; todos tenían una expresión seria y sosegada, como si las cosas no pudiesen ser más normales. Oliver volvió la cara.

El cajón archivador estaba en la parte inferior derecha del escritorio. No tenía cerradura. Se agachó para abrirlo, pero al hacerlo se golpeó con la bandeja del teclado. Una luz azulada iluminó el monitor. Oliver se quedó quieto y aguzó el oído.

—¡No puede ser! —le gritaba Tormento a su juego, al otro lado del pasillo.

Oliver se agachó de nuevo y abrió el cajón archivador. Polemonia guardaba los ficheros muy bien organizados. No estaba seguro de dónde estaría, pero vio «Historiales médicos» y lo sacó. La carpeta era delgada; había facturas de regeneraciones dentales aquí y allá, y de las contadas ocasiones en que Oliver o Tormento habían sufrido una fractura lo suficientemente dolorosa como para necesitar que se la entablillasen en plena noche, pero nada más.

Devolvió el fichero a su sitio y siguió ojeando los nombres de las carpetas. Eran cosas normales, mundanas, y si la información de Oliver estaba oculta en alguna de ellas, iba a llevarle demasiado tiempo encontrarla. Pero entonces, casi al final, vio un fichero llamado simplemente «Nexia». Oliver no estaba seguro del significado de

aquella palabra, pero creía haberla oído en alguna parte. ¿En la escuela, tal vez? La terminación «-xia» se empleaba a veces en los nombres de mundos superiores. Instintivamente, fue a coger la carpeta.

Un campo de fuerza de color verde se iluminó por un momento y desvió su mano. Oliver lo intentó de nuevo y obtuvo el mismo resultado. Trató de tocar la carpeta anterior y pudo hacerlo. Y lo mismo con la siguiente. Tenía que ser aquella. Y tenía que haber un modo de desactivar el campo de fuerza desde algún sitio: tal vez pronunciando una contraseña.

Oliver cerró el cajón. De no ser por el ordenador, el escritorio estaba vacío. Rebuscó en los demás cajones, pero en ellos solo había un montón de material de oficina. Tal vez Sebastian la tenía guardada en alguna parte de su ordenador. Extrajo el teclado y cargó una ventana de búsqueda en la pantalla. Entonces tecleó el nombre de la carpeta: «Nexia». El ordenador comenzó a buscar.

Entretanto, Oliver volvió de nuevo su oído hacia la puerta.

—¡Tengo uno! ¡Tengo uno! —gritaba Tormento en la distancia—. ¡Síiiiiiiiiii!

Oliver miró otra vez hacia la pantalla. La ventana de búsqueda parpadeaba: «Se ha completado la búsqueda. No hay resultados que mostrar». ¿Y ahora qué? Bueno, al menos tenía hasta la noche siguiente para encontrar un modo de desactivar el campo. Se disponía a levantarse cuando la pantalla pitó de nuevo y apareció una ventana de conversación.

Había un mensaje de MAVincent42: «Seb, ¿estás ahí? Les he echado un vistazo a esas fotos que me enviaste y creo que tienes razón».

Da media vuelta y vete, pensó Oliver... pero en lugar de eso colocó las manos sobre el teclado y respondió: «Estoy aquí».

El doctor Vincent contestó: «Deberías traerlo de nuevo aquí. Cuanto antes. Dile que los resultados del ARF son fallidos y que necesitamos repetirlo. Fallo mío».

Oliver pensó qué responder y entonces tecleó: «OK. ¿Puedes enviarme las fotos? Las he perdido... Se estropeó el ordenador».

No hubo respuesta... Pero entonces: «Las estoy adjuntando...».

Oliver se quedó mirando la ventana de conversación mientras un reloj de arena giraba en la pantalla. Entonces apareció la esquina de una imagen grande en el diminuto recuadro. Oliver arrastró la ventana para maximizarla, hasta que la primera foto que el doctor Vincent le había enviado hubo encajado en el marco.

Oliver precisó de unos instantes para creer lo que estaba viendo.

La foto estaba en blanco y negro. Era la imagen de una habitación; la planta baja abandonada de su casa. Allí estaba Emalie, de pie, con el chubasquero que llevaba puesto en su primera visita. Y allí estaba también el borrón de Oliver en el techo. Desplazó el cursor hacia abajo. En la segunda imagen aparecía Emalie tomando fotografías y una presencia borrosa pendía tras ella: cuando había intentado cogerle el pendiente. Bajó más. La siguiente imagen mostraba el borrón de Oliver junto a la ventana después de que ellos se hubiesen marchado.

El borde de las imágenes era redondeado y todas se habían tomado desde un rincón elevado de la estancia: cámaras de circuito cerrado... Claro, Sebastian había hecho instalar dispositivos de seguridad. *Eres idiota*, pensó Oliver avergonzado. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar en eso? Aunque lo cierto era que lo único que importaba era... que lo sabían. Sus padres sabían lo de Emalie; y lo habían sabido desde el principio.

Oliver siguió desplazándose por la pantalla y apenas le sorprendió lo que vio a continuación: en la siguiente foto aparecía su vaga silueta saltando desde la cerca del Subterráneo con Emalie y Dean sobre su espalda. ¿Quién la había hecho? ¿Tal vez algún transeúnte al que aquello le había oído a historia? ¿Alguien a quien sus padres habían contratado? ¿Acaso importaba?

Entonces apareció otro mensaje del doctor Vincent: «¿Puedes traerlo mañana después del trabajo?».

Oliver se apresuró a teclear: «Tenemos planes».

El doctor Vincent respondió: «Seb, creo que no nos podemos permitir esperar».

Oliver ya se estaba levantando de la silla mientras tecleaba: «De acuerdo. Después del trabajo. Tengo que irme. Gracias».

Cerró la conversación, colocó la silla como estaba cuando llegó y salió corriendo del despacho. De vuelta en la cocina, se preguntó qué hacer. Su cerebro maquinaba sin cesar: ¡sus padres lo sabían todo! Y habían estado fingiendo, mintiéndole exactamente igual que él les había estado mintiendo a ellos.

—¡Toma esa! —rugía Tormento desde la otra habitación.

¿Por qué no se habían encarado con él? ¿Por qué no se lo habían planteado, como harían unos padres normales? *Porque lo que no encaja en ti es tan grave*, pensó con angustia, *que tenían que esperar a que el doctor los aconsejase*. No habría modo alguno de evitar la cita del día siguiente; llamarían de la consulta del doctor Vincent para confirmarla, siempre lo hacían. ¿Y entonces qué?

Se le vino a la cabeza una de las cosas que el doctor Vincent había dicho durante su última visita: «Siempre podemos volver a intentarlo». Tal y como lo había dicho, sonaba como si Oliver fuese un experimento. Un experimento que, claramente, estaba fallando. ¿Y qué se hacía con un experimento fallido? Acabar con él y comenzar de nuevo.

—¡Yaaaa! ¡Morid, humanos! —vociferaba Tormento.

Oliver daba vueltas por la cocina. Debía actuar como si todo fuese normal, ¿no? Al menos hasta la noche siguiente... ¿Pero entonces, qué? ¿Ir a la escuela? ¿Regresar a casa para la cena y fingir sorprenderse cuando sus padres lo quisiesen llevar al médico? ¿Qué otra opción le quedaba? No había modo alguno de salir de aquello. Al menos, no se le ocurría ninguno.

Pero no. No. No podía quedarse allí más tiempo, pensando, fingiendo y temiendo a todo. Cogió su sudadera, salió de la cocina sin hacer ruido y se adentró en la noche.

Mientras se deslizaba fuera de la alcantarilla al final del Camino del Crepúsculo,

Oliver volvió la vista atrás para mirar su casa y no pudo evitar preguntarse si volvería alguna vez.

Ensayo general

Oliver se dirigió a casa de Emalie. La lluvia se había mezclado con aguanieve y pequeños fragmentos de hielo rebotaban contra su cuerpo mientras caminaba. Cuando llegó comprobó que el sótano estaba a oscuras, pero claro, eran casi las cuatro de la madrugada. Una parpadeante luz azulada procedía de la sala de estar. Oliver se subió al porche de un salto y escudriñó con cautela a través de la ventana: el padre de Emalie estaba dormido en el sofá, medio tapado con una manta y todavía vestido. La luz del televisor lo envolvía con psicodélicos colores.

Oliver rodeó la parte trasera de la casa y se coló por el sótano. Subió unos destartalados escalones de madera que lo condujeron hasta la cocina; recorrió sigilosamente un pasillo, dejó atrás un cuarto de baño y encontró otra escalerilla que conducía a la segunda planta y terminaba en un pequeño rellano. Allí arriba los techos eran bajos; las paredes discurrían siguiendo la inclinación del tejado. A un lado había una puerta abierta que mostraba un desordenado dormitorio y al otro, una puerta cerrada. Oliver abrió despacio la segunda y se encontró en el cuarto de Emalie.

Había cajas sin desempaquetar en las esquinas, pero las paredes estaban cubiertas con capas de fotografías, como si llevase años viviendo allí. La cama de Emalie estaba bajo el ventanuco del otro extremo de la habitación. La vio durmiendo sobre las mantas y pudo oír su queda respiración mientras dormía. Cerró la puerta y se deslizó hacia la pared. Había una caja grande con un ordenador portátil encima, y un almohadón cuadrado delante, todo ello a modo de escritorio improvisado. Oliver se sentó junto a él, dobló las rodillas hasta la altura de los codos y recostó la cabeza sobre la pared.

Fuera, el aguanieve caía con más fuerza que antes, golpeteando en la ventana y redoblando en el tejado. Oliver se quedó mirando al vacío mientras sus pensamientos fluían. Cayó en la cuenta de que se sentía verdaderamente a salvo; ningún miembro de su familia podría encontrarlo allí sin que lo invitaran a entrar. *De tu falsa familia*, pensó con amargura.

De repente Emalie se agitó sobre su cama:

—¿Qué? —susurraba—. No le hagas daño. No es culpa tuya. —Su cabeza se sacudía adelante y atrás, pero Oliver pudo comprobar que sus ojos seguían cerrados—. Es... —Entonces se quedó inmóvil.

Oliver observó cómo se volvía hacia él y abría los ojos lentamente. Los entrecerró y se frotó su larga maraña de pelo. Oliver se preguntó si debería espectralizarse, pero entonces Emalie habló:

—Hola —dijo, adormilada.

—Hola —respondió Oliver.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No sabía adónde ir —contestó Oliver con franqueza—. Mis padres saben lo tuyo. Lo saben todo.

Emalie apoyó los pies en el suelo y se rascó la cabeza. Entonces se levantó y atravesó el dormitorio hasta una caja abierta que había junto al armario. Hurgó en el interior, sacó una manta, se la lanzó a Oliver y regresó a la cama:

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, deslizándose bajo las mantas.

—No lo sé —murmuró Oliver.

—Pues deberías quedarte —sugirió Emalie—. Yo tengo clase mañana, y después Dean y yo tenemos ensayo general del concierto de Navidad. Puedes pasar aquí el día.

—¿Y qué pasa con tu padre?

—Lo más probable es que esté fuera la mayor parte del día —respondió ella—. Además, eres bastante bueno con eso del camuflaje.

Oliver se echó la manta por encima. Aunque era más áspera, le proporcionaba casi el mismo calor que la tierra de su ataúd. El sonido del aguanieve le resultaba demasiado elevado; era prácticamente imposible oír algo así desde una cripta. Un coche pasó a toda velocidad por la calle y un rectángulo de luz distorsionado atravesó el cuarto. Entonces Oliver reparó en las estrellas del techo; parecían pegatinas fosforescentes dispuestas formando constelaciones perfectas. Distinguió Escorpio, Orión, Casiopea...

Entonces miró a Emalie, quien a su vez lo miraba a él.

—¿Cómo es que no me tienes miedo? —preguntó él.

Emalie se encogió de hombros.

—No lo sé. No pareces tan temible.

Oliver sonrió. Aquello era poco menos que un insulto para un vampiro, pero a él no le importó.

—Bueno —prosiguió Emalie incorporándose un poco y apoyando el codo en la almohada—, o sea, eres temible en cierto modo. No sé, creo que solamente me da miedo la gente que se gusta demasiado a sí misma y cree que siempre tiene la razón. Y tú no pareces gustarte demasiado.

—Pero yo no soy «gente» —dijo Oliver—. Ni siquiera soy una persona.

—Yo creo que sí que eres una persona —respondió Emalie—. Y... es decir, lo fuiste. Naciste humano, exactamente igual que el resto de nosotros.

Oliver echó un vistazo alrededor del cuarto y trató de imaginarse siendo un niño humano; despertándose y mirándose al espejo, y asomándose luego a la ventana para decidir qué ponerse. Después de un minuto, volvió a mirar a Emalie; esperaba encontrársela dormida, pero no lo estaba.

—¿Qué le ocurrió a tu madre? —le preguntó.

Se produjo un instante de silencio y Oliver se preguntó si había hecho bien en preguntar. Pero entonces Emalie suspiró y dijo:

—Nadie lo sabe. Se fue hace dos años. Era auxiliar de vuelo. Una mañana se marchó, como cualquier otro día, y eso fue todo. —Miró a través de la ventana—. Mi padre todavía está triste. Sigue tratando de buscarla, pero no sabe cómo hacerlo.

—Lo siento —dijo Oliver.

Emalie mantuvo la mirada fija en el aguanieve. Unos faros atravesaron su rostro. Cuando comenzó a hablar de nuevo, Oliver creía que sonaría triste, pero no fue así:

—A veces la veo en sueños. Siempre está en algún lugar antiguo, no sé por qué. O sea, a ella le gustaba la Historia y visitar lugares de la Antigüedad. Tal vez por eso pienso en ella en esos lugares. Siempre que sueño con ella es como si yo estuviera dentro de su cabeza, mirando a través de sus ojos. Como si yo fuese ella, o algo así. Es extraño.

—Quizá lo eres —respondió Oliver reflexionando sobre lo que Désirée le había dicho. Se había referido a Emalie como una orani, una vidente. Los orani eran una antigua estirpe humana secreta conocida por sus habilidades para «ver» el futuro de las personas. También se rumoreaba que podían leer la mente de la gente, e incluso comunicarse con espectros y espíritus de otros mundos. Oliver recordaba haber oído que, mientras que la mayor parte de los humanos tan solo poseían una pizca de intuición, los orani podían hacer pleno uso de ella como si se tratase de un sexto sentido. Podían percibir las actitudes, deseos y miedos de la gente, y adivinar lo que harían en el futuro con una exactitud asombrosa.

En realidad, estos poderes habían causado un montón de problemas a los orani a lo largo de la Historia. Con frecuencia habían sido encarcelados y convertidos en esclavos por reyes y gobernantes, y a veces incluso quemados en la hoguera por temerosos aldeanos. Algunos gobiernos habían llevado a cabo horribles experimentos con ellos, de modo que los orani mantenían en secreto su verdadera identidad. Sin embargo, Emalie ni siquiera parecía saber que era una de ellos, pero el hecho de que se hubiese unido a Oliver en la visión del portal probablemente significaba que lo era.

Los poderes de un orani se transmitían de generación en generación, así que a Oliver no le sonaba en absoluto extraño que Emalie compartiese visiones con su madre. Trató de pensar en un modo de explicarle todo esto, pero ella ya estaba cambiando de tema...

—Sí, bueno —dijo, dando media vuelta en la cama—, probablemente esté muerta, o feliz. Sea como sea, se ha ido.

A Oliver no se le ocurría nada más que decir. Si encontraba un modo de salir del lío en el que estaba metido, tendría que ayudar a Emalie a averiguar más cosas sobre su identidad.

El aguanieve se estaba convirtiendo otra vez en lluvia. Una cortina de agua corría por el cristal de la ventana.

—Buenas noches, Emalie —susurró Oliver.

—Gññd —farfulló Emalie. Pronto su respiración se volvió pausada y, como descubriría para su sorpresa más tarde, Oliver también se quedó dormido.

Se despertó a primera hora de la tarde en medio de una pálida luz anaranjada. Yacía de costado, acurrucado en el suelo, y Emalie le había echado por encima su grueso edredón naranja. También se le había ocurrido colgar una manta sobre la desnuda ventana.

Oliver se encontró la casa vacía. Se dio cuenta de que se moría de hambre, así que se dirigió a la cocina. Había pocas cosas que le pudieran gustar a un vampiro, pero encontró unos cereales azucarados llamados Conde Chócula. Frunció el ceño, pero se sirvió en un bol y se dispuso a sentarse, solo que la mesa de la cocina estaba bañada por la luz del sol. Se dirigió a la sala de estar pero se topó con que el sofá tenía el mismo problema, así que acabó comiendo en el cuarto de baño.

Después de aquello se sentía mejor, pero seguía teniendo sed, así que se encaminó al sótano en busca de una rata o, al menos, de un ratón. Luego regresó al piso de arriba y curioseó durante un rato por la casa, pero sin saber lo que iba a hacer. De vuelta en el cuarto de Emalie, trató de dormirse de nuevo, pero no funcionó. Sus pensamientos lo atormentaban cada vez más a medida que pasaba la tarde. Seguro que Polemonia y Sebastian ya estarían buscándolo por el Subterráneo. Tal vez incluso se habrían imaginado que sabía lo que ellos sabían. Oliver deseaba más que nada en el mundo que hubiese algún modo de hacer que toda aquella situación, sencillamente, desapareciese. Pero ¿cómo? No parecía haber solución alguna.

A las cuatro de la tarde Oliver se dirigió a la escuela. Era la víspera de Noche Eterna, así que la negrura ya comenzaba a cernirse sobre la ciudad. Para los humanos era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad. Había una especial agitación en el modo en que se movía todo el mundo. Hacía frío y el viento arrastraba una lluvia suave que pinchaba ligeramente al caminar. Oliver se encaramó a la parte trasera de un autobús que pasaba y no se apeó hasta que estuvo cerca de la escuela.

Rodrigo no había llegado todavía. Oliver entró; la calma reinaba en los pasillos. La alegre decoración navideña aún no había sido sustituida por los grafitis grotesca. Oliver subió a la primera planta y oyó voces suaves y ruido de papeles en el despacho principal. Entonces llegó a sus oídos el débil sonido de un cántico y Oliver se dirigió hacia él.

Al fondo del pasillo había una doble puerta. Se asomó al interior. Todas las luces estaban apagadas excepto los focos, que apuntaban hacia dos tarimas colocadas ante el escenario y sobre las que se situaba el coro, frente a su profesora. Detrás del coro, el telón cerrado y decorado con los copos de nieve recortados del aula de arte ocultaba el escenario. Tras la directora había un grupo de sillas dispuestas en filas ordenadas. Los niños cantaban una alegre canción que hablaba sobre el invierno.

Oliver se deslizó al interior del salón. Se concentró para espectralizarse y escaló

por la pared hasta llegar al alto techo; lo cruzó y se detuvo en el andamiaje metálico que pendía del mismo sosteniendo una canasta de baloncesto. Se dejó caer resbalando por uno de los postes y se sentó en lo alto del marcador.

Emalie estaba en la segunda fila. Llevaba un jersey marrón con capucha y, sorprendentemente, el pelo suelto. Dean estaba al final. Todos los demás tenían la vista fija en su profesora mientras cantaban, pero Emalie miraba de vez en cuando a su alrededor. Oliver se preguntaba si lo estaría buscando a él.

Igual que en el resto del arte infantil humano, según los criterios vampíricos aquel coro no era demasiado virtuoso. Aun así, escuchar aquellas voces preadolescentes era agradable, a pesar de sus imperfecciones. Oliver disfrutaba de cómo sus cánticos resonaban en la caja gigante que era aquel gimnasio. Disfrutaba también de los silencios vacíos entre canción y canción, cuando aún persistía la resonancia de la anterior y empezaba a palpase la expectación sobre la siguiente. Cantaron durante otra media hora, durante la cual Oliver se relajó y apenas se acordó de sus problemas. Por fin, la última pieza finalizó y los alumnos comenzaron a recoger sus cosas.

—Recordad —les decía su profesora— que todo el mundo debe estar aquí mañana a las seis de la tarde para calentar la voz antes de la actuación. No os olvidéis de... —Su discurso fue interrumpido por un sonoro estrépito procedente de la puerta del vestíbulo que había junto al escenario. La profesora resopló y se dirigió hacia allí —. Chicos, os pedí —rezongó— que les dijerais a vuestros padres que os esperasen fuera hasta que yo os diese permiso para salir.

Desapareció por la puerta y Oliver miró de nuevo a Emalie, que lo estaba mirando directamente y lo saludó con un rápido gesto. Los demás alumnos empezaban a encaminarse hacia la doble puerta que salía al pasillo.

Oliver oyó que se abría la puerta trasera y la profesora decía:

—Lo siento, pero la escuela está cerrada y estamos en medio de un... —Entonces su voz se extinguió de golpe. Se oyó un fuerte golpe sordo y un par de alumnos se volvieron en esa dirección.

—¡Muy bien, todo el mundo! —proclamó una voz aguda. Sonaba como la de una chica... no, como la de un chico imitando a una chica...

Tormento y sus amigos irrumpieron en el gimnasio. Oliver se quedó helado. Algunos de los alumnos levantaron la vista, pero no tenían motivo alguno para sospechar lo que realmente estaba ocurriendo.

Tormento portaba un largo bastón; se lo apoyó sobre el hombro y comenzó a dar palmas mientras seguía imitando la voz de la profesora:

—¡Por favor, por favor! ¡Démosles forma a estas canciones!

Los humanos, al menos, identificaron a Tormento y sus amigos como unos abusones y fruncieron el ceño mientras apuraban el paso hacia la puerta. Oliver vio que Dean agarraba a Emalie por el brazo para irse, pero ella estaba mirando fijamente a Tormento.

—¡Vamos, rapidito! —chilló este con voz de chica antes de propinarle un

empujón al humano que tenía más cerca, un chico, y enviarlo al otro lado de la estancia.

Los niños, entonces, empezaron a correr hacia la puerta.

—¡Randall! —ladró Tormento con su voz normal.

Randall tomó carrerilla, dio un salto en el aire y atravesó el gimnasio volando hasta aterrizar justo delante de la doble puerta. Se volvió, cruzado de brazos.

Alguien soltó un grito.

—¡De aquí no se va nadie! —vociferó Tormento—. No hasta que resolvamos unas cuantas cosas.

Oliver se volvió a deslizar poste arriba hasta llegar al techo y se puso a contar: quedaban doce niños en el gimnasio. Todos retrocedían para alejarse de Tormento y Ty, que estaban en un extremo, y de Randall, en el otro, hasta que se apiñaron delante de las tarimas. Ty y Tormento se separaron para formar un triángulo alrededor del grupo.

—Hola, niños —dijo Tormento bajando la voz y esbozando una diabólica sonrisa tras la que asomaban sus afilados dientes—. No tenéis que preocuparos, esto no nos llevará mucho tiempo y ni siquiera duele demasiado —añadió agitando el bastón en dirección a los niños. Oliver nunca había visto aquel bastón. Los humanos guardaban silencio; uno de ellos empezó a gimotear. Tormento volvió la cabeza:

—¡Hola, hermanito! —gritó hacia los recovecos oscuros del gimnasio.

Oliver se pegó por completo al techo, pero ya sabía que no le iba a servir de nada.

—¡Vamos, corderito, sabes que sé que estás aquí!

Oliver intentaba pensar en algo que hacer, pero sus pensamientos estaban borrosos.

—Escucha —continuaba Tormento—, tu hermano mayor está aquí para ayudarte, así que si no bajas de ahí, esto es lo que voy a hacer: voy a matar a cada uno de estos niños, uno por uno, hasta que cambies de idea... ¡Empezando por esta!

Tormento se lanzó sobre una chica de baja estatura que estaba en el extremo del grupo y la agarró. Ella chilló, tiró al suelo su carpeta de música y todas las partituras se desparramaron por el suelo.

—¡Está bien! —Oliver saltó del techo y aterrizó junto a Tormento. Miró a su supuesto hermano con todo el odio del que fue capaz.

Tormento se limitó a sonreír.

—Hola, chico —dijo, empujando a la niña con el resto del aterrorizado grupo—. Sabes que tienes a mamá y a papá muertos de preocupación.

Oliver sacudió la cabeza.

—Sí, bueno —musitó—. Vete de aquí, Tormento.

—¡Ja! ¿Y qué más? Sabía que te encontraría aquí. ¡Era tan obvio! —Tormento se volvió hacia los niños—. Entonces... ¿cuáles son?

Oliver no se arriesgó a mirar, ni siquiera fugazmente, a los humanos.

—No están aquí...

Tormento hizo una mueca de exasperación:

—¡No me digas! Por supuesto que están aquí. Por eso estás tú aquí. Así que vamos, señala a tus amigos vacas. No me obligues a adivinarlo.

—¡Tormento! —le espetó Oliver—. Vamos, ya me has encontrado. Llévame a casa y podrás ser el gran héroe.

Tormento miró a Oliver durante un largo rato y este se dio cuenta, justo entonces, de que no tenía ni idea de lo que se le estaba pasando a su hermano por la cabeza. Por fin, Tormento suspiró:

—No. Necesitas ayuda, hermanito. Por eso estoy yo aquí. Si te llevo a casa, todo va a ser en plan «¿Qué le sucede a nuestro pequeño?». Y estoy sencillamente harto de eso. —Tormento rodeó los hombros de Oliver con el brazo—. No, vamos a enderezarte, aquí y ahora.

Oliver empujó a Tormento:

—Estoy bien. ¡Déjame en paz!

—Créeme, ¡me encantaría! Pero eres el único a quien puedo llamar hermano —respondió él, alargando de nuevo su brazo sobre los hombros de Oliver, esta vez con tal fuerza que este no pudo zafarse—. Y por eso Tormento está aquí, para hacer que todo vaya mejor.

Mientras decía esto, Tormento apuntaba a los humanos con el bastón que portaba. Era de madera sencilla, excepto en el extremo, que tenía una huesuda mano metálica sujetando una esfera de cristal. Oliver nunca lo había visto antes y no sabía lo que podría ser, aunque parecía algo hechizado.

Entonces Tormento giró a Oliver hacia el montón de aterrorizados rostros humanos y le habló suavemente al oído, pero lo suficientemente alto como para que lo oyesen todos los que estaban allí:

—Ahora escoge a uno.

—¿Qué?

—Ya me has oído: escoge al afortunado humano que va a ser tu primera víctima.

Los humanos ahogaron un grito.

—¡Silencio todo el mundo, por favor! —dijo Ty con regocijo.

—¡No! —Oliver luchaba por soltarse—. No voy a hacerlo. No lo haré.

—Vas a hacerlo, hermanito —gruñó Tormento—. Lo harás. A veces hay que crecer de golpe, y eso mismo es lo que vas a hacer ahora. Así que escoge a uno o tendré que escogerlo yo por ti.

Oliver movía los ojos de un niño a otro intentando con todas sus fuerzas no detenerlos en Emalie o Dean. ¿Qué podía hacer? Trataba de pensar...

—Tres segundos, hermanito —anunció Tormento estrujando los hombros de Oliver—. Uno...

Oliver se retorció, pero no le servía de nada. Echó un abatido vistazo a todos los atemorizados rostros y cuando pasó por el de Emalie vio que estaba moviendo los labios. Oliver la miró por el rabillo del ojo. ¿Qué estaba diciendo? Parecía decir

«escógeme a mí».

No, no podía. Probablemente ella se sentía responsable, como si fuese culpa suya.

—Dos... —prosiguió Tormento, muy teatral.

Oliver miró a su alrededor con desesperación. No podía hacer eso, él...

—¡Tres! —anunció Tormento. Dedicó una mirada triunfante a Oliver, se volvió y señaló directamente a Emalie—. La elijo a ella.

—¡No! —chilló Oliver.

—Oh, sí. ¡Ty!

Ty se dirigió al grupo, sonriendo a Emalie.

—¡Muy bien, vale! —gritó Oliver, luchando por liberarse—. ¡Escogeré!

Tormento lo soltó por fin:

—Hazlo ya, cordero —siseó.

Oliver miró al grupo. Por fin se estaba ideando un plan en su cabeza. No parecía muy posible, pero como mínimo necesitaba a alguien que le siguiese el juego. Así que Oliver dio un salto, se lanzó contra el grupo y se abalanzó sobre Dean. Lo agarró por los hombros y los dos cayeron al suelo rodando hasta la pared.

—¡Oliver, no! ¡No lo hagas! —tartamudeó Dean cuando se detuvieron—. ¡Por favor!

—¡Tranquilo! —le susurró Oliver al oído—. No voy a hacerlo. Yo solo... tenía que hacer algo. Ahora grita. —Dean no hizo nada—. ¡Grita! —le ordenó con brusquedad mientras acercaba la cabeza al cuello de Dean para que pareciese que le estaba mordiendo.

—¡Aaah...! ¡Nooo! —chilló Dean. Oliver mantuvo la cara pegada al cuello de Dean pero miraba hacia la doble puerta. Randall los observaba con una amplia sonrisa en el rostro. Tal vez estuviese lo bastante distraído para que Oliver pudiese sorprenderlo. Se dispuso a saltar. Dean seguía interpretando su grito de maravilla, aunque a Oliver le parecía que estaba realmente aterrorizado.

Y pensó con tristeza que tenía motivos para asustarse: y es que, aunque se decía a sí mismo que nunca mordería a Dean, con la cara pegada a su cuello, sus sentidos vampíricos podían percibir su pulso; podía oír la sangre corriendo por sus arterias. Una oleada de desesperanza lo invadió: ¿cómo podía luchar contra lo que era? *No, pensó. ¡Eso no es lo que soy!*

—¡Vamos, Oliver! —le jaleaba Tormento desde atrás. El cuerpo de Oliver se tensó y se dispuso a saltar...

Pero de repente se produjo una explosión de resplandeciente luz turquesa que lo cegó y que solo le dejó tiempo para pensar: *Tormento...* y, de repente, una extraña voz resonó en su cabeza, tan alto que ahogó todos sus pensamientos.

Oliver, no te resistas, hijo. Es la hora.

Oliver perdió la sensibilidad en todo su cuerpo, sus sentidos, la noción del espacio y del tiempo.

La Puerta y la estaca

La luz turquesa se convirtió en oscuridad. Oliver tuvo la sensación de elevarse, de abandonar su cuerpo y la realidad y de viajar a través de los mundos. ¿Era aquello otro portal? Eso parecía.

Barreras de energía flotaban a los lados como si de telones se tratase. Oliver no se podía ver a sí mismo, pero tuvo la sensación de que flotaba, de que se desplazaba por el oscuro espacio a una velocidad de vértigo. A su alrededor ondulaban formas envolventes, como nubes en la noche, y, de vez en cuando, haces de luz blanca brillaban en la distancia.

De repente, Oliver divisó tierra allá abajo; vio un paisaje rocoso de afiladas montañas y cañones de lava ardiente. Se preguntó si aquello sería uno de los niveles del Inframundo, aunque las estrellas resplandecían en lo alto; resplandecían, junto con los planetas y las galaxias, de un modo que él nunca había visto, y parecían estar tan cerca que casi podía tocarlos con los dedos.

Oliver se movía cada vez más rápido. Entonces vio edificios entre las montañas y los cañones, edificios que brillaban como si estuvieran hechos con metales preciosos, aunque se veían borrosos desde allí arriba. En lo alto, más galaxias y nebulosas de fulgentes colores, como arco iris difuminados, plagados de diamantes. Aunque también se veían borrosas.

Oliver, le habló de nuevo la voz. Era tranquila, serena y anciana. Este es tu primer paso hacia un mundo superior.

¿Quién eres?, respondió Oliver en su mente con estupor.

Me llamo Illisius. Soy tu demonio.

Illisius, repitió Oliver con la sensación de que, de algún modo, conocía aquel nombre desde siempre.

Bienvenido.

¿Dónde estoy?, preguntó Oliver.

Estás en Nexia, donde todos los mundos confluyen, el lugar donde nacen las fuerzas y adonde pronto viajarás.

Yo no...

No necesitas saberlo. La voz de Illisius lo envolvía de un modo tranquilizador. *Lo único que necesitas saber es que, cuando estés preparado, viajarás aquí. Entonces abriremos la Puerta y liberaremos de la Tierra a todos los vampiros.*

¿Yo? ¿Cómo?

Te lo mostraré a su debido tiempo. Tú ya has dado los primeros pasos.

Pero yo no soy...

Oliver... Este es tu destino. Eres el único que puede hacer esto, y debes hacerlo. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Cómo...

Pronto volveré a visitarte. Hasta entonces, lo único que debes saber está ante ti ahora mismo.

Oliver miró hacia delante. Serpenteaba entre un laberinto de cañones cuyas paredes rojas se elevaban vertiginosamente a su alrededor. Entonces algo increíblemente brillante relució a lo lejos emitiendo una luz dorada, y plateada, y rosa, y blanca pura.

Oliver salió del cañón. Extensas llanuras de roca rojiza se perdían en la distancia. Vio una estrecha calzada de color negro que zigzagueaba allá abajo. A ambos lados, el horizonte parecía infinitamente lejano aunque, en el cielo, los planetas flotaban tan cerca que tenía la sensación de poder agarrarlos.

Pero aquella luz lejana era asombrosa y, aunque contemplarla lo cegaba casi por completo, aquello era lo único que quería hacer: observarla. Y así lo hizo.

Reparó vagamente en un hombre que permanecía allá abajo, en la lejana carretera, mientras él se elevaba a toda velocidad hacia la luz cuyo color resultaba indescriptible... Y no solo eso: aquella luz parecía viva. Sintió que lo sabía casi con certeza... como si la hubiera contemplado el tiempo suficiente como para distinguir un rostro en ella, en la Puerta...

Oliver, dijo la Puerta en su mente. Su voz también le resultaba familiar. *Has de verme con claridad*. Oliver entrecerró los ojos para intentarlo y casi creyó haber apreciado una forma concreta en la abrumadora luz...

Entonces ya la había rebasado. Trató de estirar el cuello para volver la vista atrás, pero avanzaba demasiado rápido. La tierra roja estaba desapareciendo allá abajo y el espacio regresaba, con sus mundos luchando entre ellos por hacerse un hueco. Oliver se desplazaba más rápido que antes, pero aquella luz seguía brillando en sus ojos, el vestigio de un resplandor que él no quería perder.

La luz persistía. Poco a poco Oliver sintió que regresaba a la realidad, mientras un fragmento de una antigua canción de cuna atravesaba su mente...

Si el sol y la estaca puedes ver,
para no convertirte en polvo a casa debes volver.

Su madre, Polemonia (*¡no es tu madre!*, pensó de repente) solía cantársela cuando lo arropaba por las noches. Oliver sintió un profundo dolor. Polemonia tenía una hermosa voz de contralto que había formado en Viena durante cincuenta años. Cuando cantaba, todo iba bien en el mundo de Oliver. ¿Y qué ocurría ahora con ese recuerdo? ¿Era real? ¿O era una mentira? Parecía tan sencillo... Y quizá por eso se le

había venido a la cabeza. Las cosas ya no eran sencillas; tal vez no volvieran a serlo nunca.

Oliver volvía a sentir las extremidades, y ahora, notaba algo duro contra su espalda: el suelo. Pestañeó con fuerza y el resplandor perdió intensidad y comenzó a dividirse en cuadrados delimitados por líneas oscuras.

Era una gran ventana; la luz que la atravesaba no era aquella maravillosa luz de la Puerta, sino el suave resplandor anaranjado de las farolas. Oliver se incorporó y se dio cuenta de que estaba en su aula, en el piso de arriba, sentado entre las filas de pupitres. Se frotó la cabeza y a continuación la mandíbula: tenía todo dolorido.

¿Qué había pasado? Lo último que recordaba era haber fingido atacar a Dean y prepararse para saltar sobre Randall. ¿Lo había hecho? No estaba seguro, porque entonces se había producido aquel fogonazo turquesa, y luego el mundo rojo, Nexia, la voz de Illisius y la brillante Puerta.

Algo chirrió a sus espaldas. Oliver irguió la cabeza y oyó unos pasos que entraban lentamente en el aula. Se volvió, aunque ya sabía que era Emalie. Se movía detrás de él, con la espalda pegada a la pared, entrando y saliendo de los deformados rectángulos de luz de las farolas. Tenía rota la manga del jersey y el pelo enmarañado alrededor de su rostro. Lo miró y Oliver pudo apreciar sus ojos enrojecidos y su cara empapada en lágrimas antes de que ella desviase la mirada.

—Emalie —dijo Oliver.

Ella se detuvo, se dejó caer deslizando su espalda por la pared, se sentó en el suelo y se rodeó las rodillas con los brazos. Entonces rompió a llorar silenciosamente.

Oliver sintió que se desmoronaba por dentro, pero no estaba seguro del porqué. Aunque algo iba muy mal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, sin obtener respuesta—. ¿Qué estoy haciendo aquí arriba? —Se giró e hizo un amago de ponerse en pie.

—Para —le ordenó Emalie alzando la cabeza y lanzándole una mirada atroz. Descruzó los brazos, temblorosa: tenía una estaca de madera en las manos.

Oliver se quedó paralizado contemplando la estaca. ¿Por qué llevaba aquello a la escuela? ¿Y cuántas veces más la había llevado con ella sin que Oliver lo supiese?

—¿Qué estás haciendo con esa cosa?

—Déjalo ya —respondió Emalie con voz siniestra—. Deja de hablar como un humano. Deja de mirarme como un humano. Tú no eres humano.

El desmoronamiento interno de Oliver se acrecentaba:

—¿Qué ha pasado? Yo no...

Pero el rostro de Emalie se desencajó y comenzó a llorar de nuevo.

Oliver se puso en pie; aguzó el oído, pero la escuela estaba en silencio. ¿Dónde estaban Tormento y sus amigos? ¿Y los demás alumnos?

Entonces llegó a sus oídos un débil sonido desde el exterior, un aullido cuyo volumen se incrementaba: era una sirena. Un terrible pensamiento asaltó a Oliver, que se volvió hacia Emalie.

—Emalie —dijo con suavidad, sin apenas atreverse a preguntar—, ¿dónde está Dean?

El rostro de Emalie se desfiguró aún más y comenzó a sollozar.

—¡Oh, no! —masculló Oliver en voz alta. Comenzó a temblar y apretó tanto los puños que sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos—. Tormento... Emalie, lo siento, él...

—¡No! —le gritó pegándose a la pared y amenazándolo con la estaca—. ¡No lo sientes! ¡Los monstruos no pueden sentir!

—N... no —tartamudeó Oliver—, lo sé, pero Tormento y yo somos diferentes. Yo nunca le haría daño a nadie. Él...

—¡Ja! —le espetó Emalie—. ¡Déjalo ya! —chilló.

—¿Que deje el qué? —preguntó Oliver con desesperación.

—¡Tú mataste a Dean! —gritó Emalie blandiendo la estaca—. ¡Tú mataste a Dean!

Oliver se quedó atónito:

—Yo... Espera... ¡No, no lo hice! Yo...

—¡Deja de mentir, Oliver! ¡Vi cómo lo hacías!

—¿Qué? —Oliver sintió que se le venía el mundo encima. Empezaba a preguntarse si seguía siendo un sueño, o tal vez otro portal. Y esperaba que lo fuese, pero el espantoso nudo que se le estaba formando en el estómago le indicaba lo contrario: aquello era real, terriblemente real.

—Te abalanzaste sobre él y él empezó a gritar —dijo Emalie entre sollozos—. Y le mordiste en el cuello y te quedaste así, mordiéndole, y él chillaba pidiendo ayuda y yo no pude llegar hasta él, yo... —Se estremeció mientras retorció el agujero de su jersey—. Y entonces dejó de chillar. Dejó de moverse... ¡y tú te levantaste y te fuiste corriendo de allí! —Emalie ahogó un sollozo—. Entonces tus amigos dejaron que nos marcháramos, pero yo no lo hice. No podía.

Ahora se oían más sirenas; se escuchaban cada vez más alto, más cerca. Oliver pudo oír voces en el exterior. La gente empezaba a llegar. ¿De qué estaba hablando Emalie? ¿Cómo iba a hacer él una cosa así? Era imposible...

—Emalie —dijo con desesperación—. No recuerdo nada después de saltar sobre él. ¡Pero es imposible! Iba a intentar sacar a todos de allí. Tiene que haber sido Tormento; probablemente él...

—¡Mírate! —vociferó ella.

—¿Qué?

—¡Mira tu cara! —Emalie negó con la cabeza—. Ah, es cierto, no puedes. ¡Porque eres un monstruo!

Oliver se llevó las manos temblorosas a la cara. Se pasó la mano por la mejilla, junto a la boca, y vio que tenía restos de... sangre.

No. ¡No! ¿Cómo podía haberlo hecho? ¿Y por qué no lo recordaba?

—Emalie, yo no... ¡Yo ni siquiera estaba allí! Tuve una visión, pero aun así yo...

Yo no pude... —Sin pensarlo, dio un paso hacia ella.

—¡Detente! Si te acercas más te clavaré la estaca, Oliver. Lo juro. —Sus manos estaban temblorosas y la estaca se agitaba adelante y atrás.

Al sonido de las sirenas se unió un estruendo de motores que rodeaba el aparcamiento. Se oyeron pasos en los escalones de la entrada y las puertas de la escuela que se abrían de golpe.

—¡Aquí dentro! —gritó una voz femenina, la de la directora del coro.

Emalie comenzó a retroceder hacia la puerta.

—Emalie, por favor —le suplicó Oliver—, tienes que creerme...

—¿Cómo has podido? —Rompió a llorar una vez más—. ¿Cómo has podido, Oliver? —Entonces dejó caer la estaca y salió corriendo.

Oliver contempló como la estaca rodaba por el suelo. *Tal vez deberías cogerla, tal vez simplemente deberías...*

Pero entonces oyó el estruendo de botas que subían las escaleras.

—¡Ella ha dicho que está aquí arriba!

Oliver echó a correr hacia la puerta y se fue tambaleando por el pasillo. Pudo oír que en el piso de abajo aumentaba la conmoción: padres, alumnos, personal sanitario. Deseaba desesperadamente, necesitaba bajar allí. ¿Cómo había podido matar a Dean? Él no podía haberlo hecho. Era imposible. Tenía que haber otra explicación... pero ¿cuál? ¿Algún tipo de hechizo? ¿Una trampa? No podía sacarse la voz de Emalie de la cabeza: «¿Cómo has podido?». La había perdido para siempre.

Llegó hasta el armario del conserje, se coló en el interior y se volvió para escudriñar a través de la desvencijada puerta. Dos agentes de policía corrían por el pasillo hacia el aula en la que él acababa de estar. Oliver oyó más llantos en el piso de abajo.

Se quedó inmóvil por un instante, sin saber qué más hacer, pero entonces los agentes salieron y recorrieron el pasillo en sentido contrario, dirigiéndose adonde él estaba. Se dividieron para registrar las dos aulas contiguas.

Oliver se agachó y se abrió paso entre dos estanterías. En la pared del fondo había una pequeña compuerta metálica: un conducto de basuras. La abrió y se zambulló en la oscuridad del conducto, que lo llevó directamente hasta el sótano. Desde allí se escabulló por las alcantarillas a través de la puerta secreta que los vampiros utilizaban durante los meses de primavera y verano.

Finalmente se detuvo en un túnel secundario abandonado y se sentó durante quién sabe cuántas horas. No podía creer lo que había hecho. Y aun así, estaba seguro de que no había matado a Dean, a pesar de lo que Emalie hubiese dicho. Sencillamente, no era posible. *Pero eres un vampiro*, se recordó a sí mismo con amargura. Un monstruo, como Emalie lo había llamado. Así que ¿acaso no era posible? Tal vez aquella visión de Illisius lo había hecho entrar en algún tipo de trance. No, tenía que haber algo más.

Tormento tenía aquel bastón. Y también estaba la luz azul. ¿Qué había hecho

Tormento? *¿O no hizo nada?*

Pasaron las horas y Oliver se quedó sentado sin saber qué hacer. De hecho, ¿adónde iba a ir, siquiera? Aunque solamente le quedaba un sitio, así que se puso en pie y emprendió la marcha.

Noche Eterna

Oliver cerró la puerta y se detuvo en la parte baja de las escaleras. Aguzó el oído: la casa estaba en silencio. Aun así, recorrió el pasillo del modo más sigiloso posible hasta llegar al cuarto de baño. Se encorvó sobre el gran lavabo de piedra que ocupaba el centro de la habitación y se lavó la cara. A continuación se encaminó escaleras arriba. La cocina estaba desierta; probablemente todo el mundo estaría fuera, buscándolo.

¿Y ahora qué? Pero Oliver sabía cuál era su plan, así que no tenía sentido pensar en ello. Iba a sentarse en la sala de estar, jugar un rato a los videojuegos y esperar. Sus padres regresarían, y ocurriría lo que tuviese que ocurrir. Cualquiera que fuese el castigo que le impusieran, no sería nada comparado con el modo en que se sentía. Era un vampiro al que tenían que enderezar.

Y con un destino que cumplir, se recordó a sí mismo. Pero la idea no lo animó en absoluto. Sacó un refresco del frigorífico y puso rumbo a la oscura sala de estar. Se dirigió directamente hacia el televisor.

De repente, las luces se encendieron.

—¡Sorpresa! —Oliver miró a su alrededor y vio a Polemonia, a Sebastian, a sus tíos Elanor y David, a sus primos Nina y Emmett e incluso a Tormento, sentados alrededor de la estancia mirándolo...

Y sonriendo. Oliver no sabía qué pensar.

—Bueno, Oliver —dijo Sebastian poniéndose en pie y dándole palmadas en la espalda—, Charles nos lo ha contado todo. Estábamos bastante preocupados, pero bueno, ahora supongo que lo que toca es felicitarte, ¿no?

—¡Es un gran alivio! —añadió Polemonia uniéndose a ellos y abrazando con fuerza a Oliver. Luego le susurró al oído—: Aunque nos habría gustado que nos hicieras partícipes de tu gran secreto.

—¿Qué? —preguntó Oliver sin comprender.

Sebastian sonrió de nuevo y Oliver pensó que no lo había visto tan relajado ni tan aliviado en mucho tiempo.

—No sabíamos qué pensar cuando empezaste a relacionarte con esos humanos, pero entonces Charles nos explicó que todo formaba parte de tu ingenioso plan para ganarte su confianza y así poder morder a tu primer humano.

—¡Es un prodigio! —exclamó el tío David desde el sofá.

—Y delante de una multitud, nada menos —lo elogió la tía Elanor—. ¡Y el primo de la chica! ¡Eso es casi diabólico!

Oliver quería huir de la habitación.

—Me alegro de haber estado allí para verlo, hermanito —añadió Tormento, repanchingado en una butaca. Oliver se volvió y Tormento le guiñó el ojo con astucia, como si hubiesen sido cómplices en todo aquello.

Oliver quería echarse las manos a la cabeza y gritar: «¡Basta!». Quería explicarles lo que había ocurrido en realidad, pero lo estaban conduciendo a una silla situada junto al árbol de Noche Eterna de su familia. Una de las diminutas lagartijas que se acurrucaban en las pequeñas jaulas plateadas que adornaban el árbol siseó en señal de aprobación.

—Yo me alegro de que todo esto haya pasado —dijo Polemonia mirando a Oliver. Este creyó captar un tono de advertencia en su voz, pero su madre se volvió sonriente hacia el resto de la familia.

Y de este modo transcurrió la celebración de Noche Eterna de la familia Nocturne, como si todo fuese normal. Oliver se quedó allí sentado, aturdido, mirando a todo el mundo: a su familia. En realidad no se creía que sus padres pensasen de verdad que todo iba bien, con todo lo que le habían ocultado hasta entonces. Pero lo cierto era que se esforzaban por intentar que así fuese. Aunque aquello significara que, una vez más, se había quedado solo con sus problemas. Así que abrió regalos con ellos, sonrió mientras escuchaban las historias del tío David y durante todo ese tiempo se sintió como si estuviese observando un mundo ajeno al suyo desde el interior de su cabeza.

Comprendió entonces que tenía que darle las gracias a Tormento porque, a su retorcida manera, había salvado a Oliver en lo que a sus padres y al mundo vampírico respectaba: al tenderle la trampa para que matase a Dean, había creado una excusa perfecta para el extraño comportamiento de Oliver durante los últimos meses; una excusa que permitía a Polemonia, a Sebastian y, probablemente, al doctor Vincent y a todos los demás, comprender lo que Oliver había estado haciendo y hasta sentirse orgullosos de ello. Suponía una hazaña bastante asombrosa y, aun así, Oliver no sentía gratitud alguna hacia él.

—¿No me vas a dar las gracias? —le preguntó Tormento más tarde, cuando coincidieron a solas en la cocina.

Oliver se quedó mirándolo.

—Tampoco es que me esperase todo esto —prosiguió enfurruñado mientras se rellenaba la copa—. A mí no me hicieron una fiesta sorpresa por mi primer asesinato.

—¿Cómo lo hiciste? —siseó Oliver.

Tormento alzó la vista y sonrió:

—¿Yo? —dijo, y sonaba sorprendido—. Lo único que hice fue situarte en el lugar adecuado. El resto lo hiciste tú, hermanito. Todo tú.

—¿Y qué pasa con el bastón? ¿Estaba hechizado? ¿Qué hiciste...?

La sonrisa de Tormento se desvaneció.

—Oye, escucha: tú eres el gran héroe ahora —extendió el brazo y le propinó una

palmada en la espalda a su hermano, aunque un poco más fuerte de lo normal—, así que no lo fastidies. —Dicho lo cual, se marchó con cara de pocos amigos.

Oliver quería gritarle: «¡Yo no maté a Dean!». Quería gritarlo lo suficientemente alto como para que toda la fiesta lo oyera. Seguía estando seguro de que no lo había hecho y, aun así, para su familia no solamente había matado a Dean, sino que además aquello era algo que tenían que celebrar. *Tu familia de vampiros tiene que celebrarlo*, pensó, y una vez más recordó a sus padres humanos. Sin embargo, recordarlos a ellos era igual que recordar a Emalie: ¿qué bien le hacía? Se habían ido. Y él no era humano como ellos; era un vampiro, le gustase o no.

Y a pesar de todo, su cerebro seguía buscando un modo de demostrarle a Emalie que él no había matado a Dean, de recuperarla y, además, de averiguar más cosas acerca de sus padres humanos. No obstante, de momento no había nada más que hacer, excepto sonreír y seguir el juego de las celebraciones.

Pronto se reunieron todos en el comedor para disfrutar del banquete. Luego, Oliver jugó a los videojuegos con sus primos y tal vez olvidó a Emalie y Dean durante uno o dos segundos mientras lo hacía.

Pero aquella misma mañana, aunque mucho más tarde, cuando se metió por fin en su ataúd por primera vez en varios días, ellos irrumpieron de nuevo en sus pensamientos y los añoró terriblemente. Aquello, sin duda, no le iba a dejar dormir.

Tres días más tarde se celebraba la festividad humana de Navidad. En la víspera de dicha fiesta, un grupo de humanos, vestidos de negro de arriba abajo, se congregó en una mañana lluviosa bajo los árboles desnudos para enterrar a un ser querido que les había sido arrebatado. Un vampiro, cuya vida se suponía que duraba siglos, nunca podría entender lo que se sentía al tener una vida tan efímera. E incluso cuando uno de los de su especie se convertía en polvo demasiado pronto, un vampiro no tenía ni idea del dolor que un corazón podía sentir. Sencillamente, no le resultaba posible. A pesar de todo, a la sombra de un enmohecido mausoleo situado en lo alto de aquella escena funeraria, bajo una oscura arboleda de pinos, había un vampiro que observaba en secreto y que deseaba comprender más que nada en el mundo.

Cuando la ceremonia hubo finalizado, Oliver contempló la hilera de dolientes que se dirigían hacia sus coches. Observó a Emalie, que caminaba con la cabeza gacha pero llevaba un llamativo sombrero de punto para protegerse de la fría lluvia, una colorida mancha que la convertía en el único elemento de color en medio de un mundo gris y monótono. Tal vez Oliver no alcanzase a comprender cómo podía ser una vida humana, pero lo que sí comprendió muy bien fue lo larga que sería su existencia sin su amiga.

Oliver regresó a casa aquella noche, ya que sus padres creían que se había quedado a

dormir en casa de Seth. Las mentiras como aquella resultaban aún más sencillas bajo aquel nuevo halo de orgullo vampírico que lo rodeaba: Oliver, el astuto niño prodigio. Nadie quería hablar acerca de aquellas semanas de ansiedad en las que Oliver actuaba de un modo extraño; nadie le había preguntado siquiera si ya dormía mejor. Tal vez daban por hecho que sí, pero no era cierto. En realidad, para Oliver era como haber vuelto al punto de partida, solo que peor.

Pasó junto a Polemonia arrastrando los pies por el suelo de la cocina.

—Hola, Oliver.

Oliver estaba absorto en sus pensamientos y olvidó responder.

—¡Oye! —dijo Polemonia.

—¿Sí? —respondió Oliver, todavía de espaldas a ella.

—Nada —prosiguió su madre—, tan solo me preguntaba qué tal te ha ido durmiendo en casa de Seth.

Oliver asintió, sin volverse:

—Ha estado bien.

—¿Y va todo bien? —preguntó Polemonia—. Pareces un poco depre.

—Estoy bien —iba a emprender la marcha, pero entonces se acordó de añadir—: mamá.

—Me gusta Seth —dijo ella—. Parece un buen amigo. Tal vez te gustaría invitarlo a tu fiesta de cumpleaños de este fin de semana.

Oliver se encogió de hombros. En realidad había olvidado lo de su cumpleaños y, ahora que lo recordaba, cayó en la cuenta de que tenía un nuevo significado. Su cumpleaños era el día en que había nacido para Polemonia y Sebastian, pero también el día en que él y sus padres humanos habían muerto. Ahora le encontraba sentido a la ansiedad que siempre había sentido en aquella época del año: una parte de él no había dejado de sentir el eco de aquella espantosa noche.

—Muy bien —dijo, como ausente, antes de salir de la habitación.

—Cariño —Oliver volvió la cabeza y vio a Polemonia contemplándolo con ternura—, probablemente te sientas un poco raro después de lo de la otra noche.

Oliver hizo un gesto de indiferencia:

—Supongo.

—Bueno, no te preocupes. El primer mordisco puede ser duro, pero a medida que pase el tiempo te sentirás mejor que nunca.

—Vale. —Oliver se volvió de nuevo.

—Estás creciendo muy deprisa —añadió Polemonia con cierta aspereza.

—Ajá.

—Solo quiero que recuerdes que si alguna vez quieres hablar de lo que sea, estamos aquí, ¿de acuerdo?

—Muy bien —murmuró Oliver.

—Porque pase lo que pase —prosiguió ella—, te queremos.

—Yo también te quiero, mamá —respondió Oliver y, mientras salía de la cocina,

se preguntó si se estaría refiriendo a alguien diferente por completo.

Las clases se interrumpieron durante una semana por la festividad de Noche Eterna. Cuando Oliver llegó a la escuela el primer día después de las vacaciones, no sabía qué esperar.

—¡Ahí está! —grito una voz tan pronto como puso un pie dentro del aula. Theo aterrizó ante él envuelto en una ráfaga de viento y se quedó allí parado mientras que, extrañamente, Brent y el Lombrices permanecían encaramados a la pared.

—¿Qué? —musitó Oliver. Por el rabillo del ojo vio que Suzyn y las demás chicas los miraban. Una vez más, con su llegada al aula todas las conversaciones se habían esfumado.

Theo estiró los brazos y empujó a Oliver... pero solo ligeramente.

—¿Por qué no nos lo contaste, bicho raro?

Oliver se encogió de hombros con desgana:

—¿De qué estás hablando?

—De los humanos —respondió Theo—. ¿Por qué no nos lo hiciste saber?

—Ah. —Oliver asintió. Se había acostumbrado al modo en que habían cambiado las cosas en casa, pero no esperaba que allí fuese igual. Toda su familia lo trataba como si fuese alguien de quien sentirse orgulloso. No era solo que creyesen que sus problemas se habían terminado, sino que parecían mirarlo de un modo distinto, como si fuera alguien especial... Casi como si se hubiera convertido en una especie de celebridad.

Y ahora, cuando Oliver levantó la mirada, vio aquello mismo en los ojos de Theo; su desprecio se había desvanecido y casi parecía ¿temeroso? Aquello no era posible y, aun así, era lo que Oliver percibía en él en aquel momento. Así que se creció de nuevo:

—Bueno, ¿por qué os lo iba a decir, chicos? Podríais haber hecho que me descubrieran.

Theo esgrimió una sonrisita pero, una vez más, había cierta incertidumbre en ella.

—Pues qué bien que estuviéramos en el Subterráneo, ¿eh? Te ayudamos un montón desenmascarando a los humanos. Así pudiste lucirte con tu gran huida, esa de la que se habla en toda la ciudad.

Oliver se encogió de hombros. Que en toda la ciudad se hablase del tema era algo nuevo para él, pero aun así le siguió el juego.

—Claro.

Theo seguía sonriendo, pero esta vez alzó la voz para que todos pudieran oírlo con claridad:

—Entonces supongo que fuimos una parte bastante importante de tu plan, ¿no?

Oliver casi estalló en carcajadas. Entonces cayó en la cuenta de que había llegado su oportunidad de hacerle pagar a Theo los muchos momentos de amargura que le

había hecho pasar. Toda la clase estaba escuchándolos, e increíblemente Oliver tenía el poder. Podía aplastar a Theo allí mismo y en aquel mismo instante. Pero en lugar de eso, le dedicó un desganado «gracias» y siguió de largo.

Sintió un montón de ojos clavados en él mientras se dirigía a su pupitre, y oyó que Theo se volvía a encaramar a la pared y, con un tono de voz lo suficientemente alto para que las chicas lo oyesen, les decía a Brent y al Lombrices:

—Lo sabía. Si no hubiese sido por nosotros, no sería la gran historia que es.

Oliver se desplomó en su asiento.

—¿Qué hay, Oliver? —lo saludó Seth levantando la vista de sus cartas.

—¿Qué hay?

—Gracias otra vez por invitarme a tu fiesta —dijo con exagerado entusiasmo.

Oliver tenía que admitir, a su pesar, que la vida era más fácil bajo aquella nueva mentira, según la cual era un vampiro respetado y, tal vez, incluso temido, que había utilizado una artimaña para engañar hasta a su propia familia con el fin de propinar su primer mordisco a un humano...

Aquello, en el fondo, no significaba nada para él. Era como si le hubieran entregado una broma pesada como premio de consolación por la pérdida de lo que más le importaba en el mundo. «¡No lo sientes!». Las palabras de Emalie resonaban en su cabeza. «¡Los monstruos no pueden sentir!».

Pero sí que lo sentía, aunque ella no le creyese. Hasta que encontrara el modo de demostrarle que él no había matado a Dean.

El señor VanWick entró en el aula y las clases dieron comienzo. Oliver se inclinó sobre su pupitre para escuchar, solo a medias, cómo acababa la explicación del tema de los aztecas para pasar a las tribus caníbales del Pacífico Sur. Finalmente, se recostó de nuevo en su asiento.

Su rodilla rozó algo bajo el pupitre que crujió como el papel. Oliver se sentó erguido, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo había oído y deslizó la mano bajo la parte inferior del pupitre. Allí, sujeto entre la tabla y las patas metálicas, encontró un papel doblado varias veces. Lo sacó y lo abrió lentamente bajo la mesa. Entonces, cuando el señor VanWick se volvió hacia la pizarra, lo deslizó entre las páginas de su libro de texto.

Era una fotocopia de un artículo de periódico. El titular rezaba:

TRAGEDIA NAVIDEÑA

Padres asesinados y niño desaparecido.

Debajo había una granulada foto en blanco y negro en la que aparecían agentes de policía acordonando un árbol de Navidad... El mismo que Oliver recordaba de su visión. Echó un vistazo a la fecha que aparecía sobre el titular: hacía sesenta y tres años. Bajo la foto, daba comienzo el artículo:

Seattle, 29 dic. Una joven familia fue atacada a sangre fría la pasada noche. El padre y la madre, los

señores Howard Bailey y su esposa, Lindsey, fueron hallados muertos bajo el árbol navideño de la ciudad. Todavía se desconoce el paradero de su bebé, Nathan, pero la policía ha emitido un comunicado en todos los medios. (*Continúa en la página 4*).

Oliver se apresuró a doblar el papel y se lo metió en el bolsillo. Una oleada de ansiedad lo invadió de nuevo. Conocía los nombres de sus padres, y el suyo propio.

Además supo, por el olor del papel, que Emalie también los conocía: había investigado la visión del portal y le había dejado aquel mensaje, lo cual significaba que aún tenía la oportunidad de volver a verla. La oportunidad de que ella lo ayudase a averiguar más cosas sobre quién era y quién estaba destinado a ser.



KEVIN EMERSON (Cheshire, Connecticut, EE. UU., 1975) es un escritor estadounidense de libros juveniles. Ya de niño, se dedicaba a escribir historias sobre personajes de películas, y continuó escribiendo durante el instituto y la universidad, donde se graduó en Biología y Ciencias Ambientales. Trabajó como profesor de ciencias en un colegio de Boston durante cinco años, y comenzó a escribir historias juveniles inspirado por sus alumnos.

En 2000 dejó su trabajo para dedicarse a escribir, y publicó su primera novela *Carlos is Gonna Get It* seis años después. Ha publicado más de dieciséis libros para niños y adolescentes, entre las que destacan las series de fantasía *The Atlanteans* y *Oliver Nocturne*. También ha sido profesor de escritura creativa para jóvenes en el programa *Writers in the Schools*, organizado por Seattle Arts & Lectures.

Reside en Seattle con su mujer y su hija. Además de escritor, ha tocado la batería en varios grupos desde la adolescencia. Actualmente, es cantante y batería de los grupos Northern Allies and Math and Physics Club.

Notas

[1] N. de la t.: Los Anemoi eran dioses griegos del viento que se correspondían con los puntos cardinales. <<

[2] N. de la t.: Hades era, según la mitología griega, el dios del Inframundo y hermano de Zeus. <<

[3] N. de la T.: La Space Needle («Aguja Espacial») es el símbolo de Seattle. Es una torre de 184 metros de altura con un restaurante giratorio en lo alto, desde el que se divisa toda la ciudad. <<

[4] N. de la t.: *Yomi* es la palabra japonesa para denominar el Inframundo. <<